

joaquin edwards bello

mitópolis



biblioteca popular nascimento

MITOPOLIS

10(244-3.)
JOAQUIN EDWARDS BELLO

MITOPOLIS

Introducción de
ALFONSO CALDERON

EDITORIAL NASCIMENTO
SANTIAGO DE CHILE 1973

EXPLICACION

Primeramente, este libro se llamó *El Subterráneo de los Jesuitas*, título sugerido por la Editorial Zig-Zag, en reemplazo del original: *Mitópolis*, que nació de Joaquín Edwards Bello y que corresponde, verdaderamente, al rastreo temático.

Resurge, ahora, con el título genuino. Se ponen en el apéndice, tomados de la prensa, una serie de "mitos aplicados", si cabe el término. Es decir, informaciones o crónicas que caen en la zona perceptible de las mentiras adobadas y que, en su momento, registró Joaquín Edwards en su sismógrafo.

Nos permitimos reproducir un fragmento de entrevista con J.E.B. Parte del material que corresponde a los años 1965 a 1967 y que, en varias oportunidades, completamos con una *melange* de artículos y crónicas del escritor y de trozos sueltos, encontrados después de su muerte y parte de las *Memorias* que, algún día, pondremos en su totalidad en manos de los lectores.

A. C.

—*Don Joaquín, comencemos por su infancia.*

—Vine al mundo, en Valparaíso, en la calle del Teatro N^o 47. Diez de mayo de 1887. La calle del Teatro se llamó así por estar situado en ella el Teatro Odeón, inaugurado por el empresario Smechia el año 1870. Ahora la calle se llama Salvador Donoso.

Los ruidos de la mueblería de Hozven, en los bajos, me parecían una música mezclada con pitazos de trenes.

Mis tiernos hombros llegaron cargados de catástrofes: el cólera, la salida del Tranque de Mena, un diluvio de ocho días, la demolición del Puente de Cal y Canto, el fusilamiento de Cumming, la sublevación de la Escuadra, Lo Cañas, La Placilla, Concón y el suicidio de Balmaceda. ¡Ah, y el entierro del obispo Gandarillas!

Tuve nodriza italiana, de nombre Assunta. Oí decir a mi madre que era natural de un pueblo llamado Agropoli. La estimaron mucho en casa. Era robusta y bien parecida. Había llegado entre los inmigrantes italianos que trajo Balmaceda. Como la mayoría de ellos, partió a Buenos Aires. Argentina era ya la Tierra Prometida de los italianos.

Acordándome del tiempo en que nací, describiéndolo para personas de hoy, temo parecerme al loro de Humboldt, en el villorrio de Venezuela. Este loro "hablaba" en la lengua de una tribu desaparecida hacía muchos años...

—*¿Cuáles fueron sus primeras lecturas?*

—Recuerdo el agradable olor del papel cromado de los libros

ingleses de cuentos. Mis primeros nutridores fueron los ingleses; después, Calleja, el inolvidable Calleja, ilustrado por Méndez Brin-ga, dibujante inmortal parecido a Doré y a Catania. Sus imágenes del *Feísimo Lentejilla*, *El Hambre de un Millonario*, *La Nobleza de un Artesano*, permanecen frescos en mi memoria. Después Verne completó la ilusión de mis sentidos infantiles dándome una visión grata del mundo.

Tengo presentes los libros de lectura del segundo y del tercer año. Me parece estar recitando en la clase del señor Boetger:

—*A la sortie de l'école une dizaine de petits garçons...*

En otro texto se leía:

—*Le vieux chasseur Maurice avait dans sa chambre un étourneau.*

En el colegio hacían circular unos cuadernos pornográficos, impresos en Barcelona: *Leche en Porrón*, *Las Trece Noches de Juanita*.

Mis lecturas, desde 1900 a 1904, se condensaban en los textos de estudio y en los periódicos ilustrados de España y de Chile. Empleaba todos mis centavos en comprar *La Lidia*, *Barcelona Cómica*, *Madrid Galante*, *La Lira Chilena*, *Instantáneas*, *Luz y Sombra*, ¡qué sé yo! Leí asimismo la novela malagueña *Cartucherita*, de Arturo Reyes; *El Nido de Cigüeñas*, y *El Hijo de la Noche*, novela de capa y espada.

En casa de mi abuela, en Santiago, había una edición maravillosa de *Gil Blas*, en dos tomos, ilustrada en colores. Salvo dos páginas prohibidas, lo leí de un tirón. *The Graphic*, *Le Théâtre*, *La Ilustración Artística* y *Le Figaro Illustré*, llegaban a casa. En *The Graphic* me imponía de la guerra anglo-boer.

—*¿Qué otros libros leyó, más adelante, útiles para conocer su formación de escritor?*

—Todo libro, aun el más insignificante es útil.

Viajé a París en 1904. Primera novela francesa, y la más profunda impresión literaria de la adolescencia, fue *Cruelle énigme*, de Paul Bourget. El mismo año, tuvo lugar el descubrimiento de Mau-passant, y después de *Nana*, por Emile Zola. Apoteosis de la literatura. Iba a dar vueltas entonces por los alrededores del Gran Hotel, en una de cuyas piezas murió Nana, en tanto el público gritaba: "¡A Berlín! ¡A Berlín!"

Mi lectura favorita fue el mundo, el *fait divers* en la vida y en los diarios.

Las novelas más impresionantes que he leído, después de los cincuenta años, son *Los Hermanos Karamazov* y *Los Endemoniados*, de Dostoievsky.

—*A propósito de París. ¿Cuál fue el mundo que usted encontró, qué cosas recuerda, de qué manera las impresiones de entonces permanecen en usted?*

—París de 1904. Llegamos al Hotel du Louvre. Por la calle Rivoli, donde está la puerta del hotel, pasaban los vendedores de tarjetas postales. Gritaban *L'Angelus et les Glanteuses de Millet, Willy, patron de Claudine*. Vendía un cuadro de éxito: en él se veía a Chopin tocando un Nocturno.

Eran los últimos tiempos del fiacre. Pasaba por los Campos Elíseos el coche tirado por mulas de la Rejane. En el Mahurins cantaba la Otero. Se entonaba *La Tonkinoise*. En el Petit Casino triunfaba *Ça n'avaut pas l'amour*. En el Ambassadeurs un gordo entonaba al aire libre: *Amusez vous donc, amusez vous...*

Era el tiempo de *La Valse Bleu*. Cantidad de vales con nombres divinamente cursis: *Tu seras toujours mon amour; Si tu savais comme je t'aimais; Le petit coeur de Ninon*. Siempre Ninette y Ninon. Las parejas lloraban abrazadas delante de un *café au lait*, mientras los violines tocaban *Si tu savais...*

—*¿Y las figuras de entonces, los héroes proustianos?*

—Willy, el marido de Colette la francesa, era de las grandes figuras de entonces, figuras de aquel París que ahora está en el osario. Willy, Santos Dumont, Duval, Boni de Castellane, la bella Otero, Lyane de Pougy, Polaire, Polin, Dramem, Fragon, Deroulide, Combes. Todo esto mezclado *pele mele*, y mucho más, con música de *La Valse Bleu* y de *Quand l'amour meurt*, era el *tout Paris*.

—*¿Y el descubrimiento del idioma?*

—Aprender a hablar en francés es una de las inolvidables aventuras de nuestra vida. Al principio nos entra por la vista. Se trata de los letreros de las tiendas: *Coiffeur, Tailleur, Modes, Robes et Manteaux*. Al mismo tiempo los figurines de la mamá en las revis-

tas ilustradas de París. Luego el teatro y Frégoli con su famosa canción:

Je suis Juliette, la plus coquette...

—Después de la muerte de su padre, me parece que se va usted a vivir a Inglaterra...

—El año 1905. Yo entré con mi ropa negra, de luto, por mi padre. Inglaterra era un mundo nuevo. Los niños eran tan distintos que creí verlos por vez primera. Un niño inglés es niño hasta los veinte años sin darse cuenta. El sexo no se siente en Inglaterra, por lo menos no se habla de él. Nadie se burla de nosotros ni quiere hacernos daño, pero a un chileno esto le hace falta como una costumbre antigua que se asemeja a la amistad. Yo me sentía solo. Era un pájaro desconocido encerrado en jaula inglesa.

La casa a donde fui destinado para estudiar latín y griego, pertenecía al Rev. A.J.P. Shepherd, santo hombre, acompañado de su esposa e hijas, que preparaban jóvenes para su posible ingreso en Oxford.

La señora de Shepherd era humilde y cariñosa. Era ese lado amable de la vida inglesa que el corazón de Dickens encontró. Me miraba con ternura y tal vez con algo de compasión. No sé por qué. Tenía una cara delgada y larga, como la de Virginia Woolf.

En esa casa de campo, de cuya fachada y jardín conservo un *sketch*, no había gas ni electricidad. Para ir a la cama, cada alumno tenía una palmatoria y una vela. Estaba situada cerca de la aldea de Theale, a 40 millas de Reading, por cuyas calles pasé muchas veces en bicicleta, silbando o comiendo chocolates. En el campo, en Berkshire, se ven conejos, ardillas, venados, que apenas se asustaban de las bicicletas. Los jardines ingleses son los más hermosos del mundo. El señor Shepherd me hacía ir todos los domingos a la misa católica de Reading, sin dirigirme jamás la palabra respecto a la diferencia entre su credo y el mío.

El domingo debíamos vestirnos de negro. La servidumbre no hacía nada. La comida era fría y servida por nosotros mismos. Recuerdo que al atardecer de los domingos, en Londres, pasaban vendedores de panecillos, al son de una campanita, por cuanto estaba prohibido pregonar.

—¿Eran esos aborrecibles domingos que todos hemos vivido?

—Se ha desacreditado el día domingo. Se ha dicho que es moralmente aburrido. Depende. En mi niñez los domingos eran encantadores. Los esperaba. Ropita nueva, levantarse tarde, proyectos de excursiones y matiné en el Teatro Odeón. Salida de misa. Pasteles en la Gasseaud. Pololeo en la plaza. Las diosas y los dioses de entonces eran la Celimendi, la Toscano, Zapater y Paco Hernández. ¡Lindos domingos de antes! Los aburridos ahora somos nosotros. Recuerdo cómo eché de menos en el colegio de Inglaterra los domingos chilenos.

—Sin embargo, en algún momento usted se volvió más bien escéptico, renegó de la política y trazó una especie de índice de calamidades, un censo del mal en el mundo.

—Es natural que los individuos nacidos a fines del siglo pasado seamos un poco escépticos. Hemos crecido escuchando y leyendo asuntos de guerra. Cuando yo era una mezcla de niño volteriano, adornado de frases satánicas y medio tontas, cuando viajaba desde 1908 hasta 1918, se diría que mis pasos iban al encuentro de las revueltas y hasta de la guerra. Empecé viendo los cadáveres del almirante Bautista das Neves y del oficial Alves de Souza, en Río; luego escuché el estampido de las bombas en la Baixa y en la Plaza de los Restauradores. En 1915 vi llegar a París trenes chorreando sangre del Iser y de Champagne.

—¿Y la política chilena?

—Se dice que hay en Chile demasiados partidos políticos. Para mí hay uno solo, original y viejo: es el bochinche. Creo que las palabras históricas de mayor franqueza suramericana fueron las que pronunció Miranda cuando le entregaron al jefe español Monteverde. Miranda dijo: "Bochinche, bochinche. No saben más que bochinche".

La primera condición para triunfar en el mundo de la política consiste en ser mediocres. La segunda en ser camaleónicos, sin posibilidad de brillar en absolutamente nada fuera de la política.

¿Salvación? Trabajo ante todo. En épocas de crisis, solamente el trabajo intenso puede fortificar la moneda. Gastar menos de lo que se gana. Vender más y comprar menos. Dejarnos de grandiosi-

dades. Nada de embajadas ni de comisiones al extranjero. Los políticos son demócratas durante las elecciones. Una vez elegidos son autócratas. El parlamentarismo y la democracia son apariencias cuando no hay presupuestos equilibrados ni moneda estable, ni educación. Creer que un Presidente de por sí puede significar progreso es error infantil. Creer en magias financieras es tontería. Sí. Hay una magia: el trabajo, el orden, el método, el ahorro, la honestidad.

—¿Cuáles son sus ideas religiosas?

—No creo en Dios, pero creo en la Virgen. No puedo creer que Dios es bueno. Si hay un terremoto, caen las iglesias antes que los prostíbulos, porque son más altas.

—Da la impresión de que es muy cierto lo que dijo de usted la Mistral, aquello de que "hijo más reprendedor" no le había salido a Chile.

—Se me suele criticar por mis generalizaciones, pero a mí me han escamado siempre los que dicen que la fruta chilena es la mejor del mundo; la mujer, la más bonita, y el pueblo, el más fuerte. Creo que se preparan a hacer cosas de cuidado, y es preciso ponerse en guardia.

Para comenzar, como todos los suramericanos, vivimos en escenarios fatalmente empequeñecedores, los cuales tienden a aplastar lo sobresaliente. Nos bañamos en un optimismo de pato, que no es otra cosa que la nivelación por abajo. El chileno es *the wrong man in the wrong place*.

Siempre vivimos en las zonas más oscuras de la imprevisión, que puede resumirse en dos frases. Después de las cuchipandas: "¡Deme bicarbonato!" Al caer de la primera lluvia: "¿Dónde quedaría el paraguas?"

Lo otro, lo de siempre. Estafa, zorzales puestos en la mira, robo fiscal. En Argentina decían: "El chileno, si no se lleva la mula, se lleva el freno".

—De aquí, posiblemente, se derive el culto de lo feo y/o el invunchismo.

—El *invunche* sobrevive en forma de deformaciones morales, en tergiversaciones de hechos referentes a personas y en el acto de degenerar o de viciar las leyes y las costumbres europeas al poco tiem-

po de haberlas adaptado a nuestro modo de vivir. *Invunche* es el niño robado por brujos de raza india y deformado bárbaramente. Le tapan los orificios, le tuercen la cabeza y le ponen los pies en la espalda.

Si alguien descubrió el culto nacional de la fealdad antes de 1922, entonces le concedo la prioridad.

Sus símbolos visibles: el raigón vacío, vulgo diente que le falta a Verdejo, en la caricatura de Coke. Los hoyos destripados en aceras, plazas y calles. Los figones en el palacio llamado Casa Colorada. Los embadurnadores que pintan de negro las estatuas. ¡Píntame angelitos negros, sí! En toda calle chilena hay un perro durmiendo. Por las mañanas, de punto fijo: comienza la hora nacional de la escupida por las calles. Gargarismos hipócritas que van a rematar en salivazos atómicos. Desayunos de los perros en los tachos de la basura, disputándolos a las Municipalidades.

Vivimos saludando lo desagradable y lo feo, casi con regocijo. Como los filatélicos ante un sello defectuoso. El otro día vi un retrato de don Andrés Bello. Parecía un discípulo o adepto de Onán.

—¿Y los mitos?

—La mitomanía es un vicio suramericano. Poseemos una enorme capacidad para demoler los hechos verídicos y cubrir el lugar con una pátina de leyenda, de magia, de ultratumba. El mito es un fruto de infancia de los pueblos. Una compensación. Una explicación equivocada, como aquella que me dio un camarero en un hotel de Madrid, 1915:

“Camarero, hay manchas en las sábanas”. “Usted no va a poner la cara en ellas, sino el culo”.

Yo quiero ser recordado como un destructor de mitos, como una persona que se pasó la vida bombardeando con muchos negatones la mediocridad, la chatura, la esterilidad de sus compatriotas.

Como un hombre que se negó a vivir amurallado en Mitópolis, el país o la ciudad donde los mitos crecen y se preparan, como las moscas contra el Tanax, para desplazar a la verdad, soldaditos de juguete de una mala causa.

MITOS

Goncourt, en la crítica de cierta persona de novela, dice: "Una prodigiosa imaginación de lo falso le salvaba de la experiencia, le conservaba la ceguera y la infancia de la esperanza, ilusiones restaradas y credulidades idiotas que le infundían siempre una confianza rabiosa. Llevaba en todo tan lejos el sentido de lo falso y la ausencia del olfato de las cosas, que entre todos los trabajos que se le presentaban no escogía los serios y razonables, sino los fantásticos que no le serían nunca pagados".

He conocido gente así. Si alguno pretende contarles la verdad sobre las cosas y las gentes, se espantan y hacen un gesto desolado como si ahuyentaran a la muerte: "No, no. Eso no es cierto. Eso no es cierto".

Benditas ilusiones de los pueblos niños. Y al fin, ¿qué es la verdad escueta, sino la muerte?

MITOS PERSISTENTES

Yo no había nacido en la época del combate de Iquique, de manera que mi documentación depende de lecturas y de oídas. Había oído decir y leído que no solamente don Arturo Prat, sino también Condell y Riveros estaban retirados de la Marina en 1879. Entiendo que al estallar la guerra con Bolivia hacía muy poco que Prat había regresado de Argentina para dar cuenta al gobierno de los resultados de una misión que le confiara.

Acepto con placer la rectificación que me hiciera un pariente del héroe, y paso a otro tema de intensas ramificaciones. He tratado otras veces de él y no me cansaré de agregarle comprobantes, por cuanto podría darnos la clave de ciertos fenómenos sociales.

La noticia de que Prat estuviera retirado de la Marina en 1879 es un engaño. Este engaño, propagado y aceptado por muchos, pertenece a la especie de mitos nacionales cuyo origen nunca se conoce. El mito es la manigua de la imaginación, o imaginación en estado silvestre, sin freno. El inventor de mitos es el antepasado del novelista, como el pitecantropo lo es del homo sapiens.

Corre la historia de que Bolivia era gobernada por el dictador Melgarejo en 1889. Este dictador ofreció una recepción al cuerpo diplomático e invitó a su querida. Ordenó al mismo tiempo que la concurrencia se inclinara delante de su querida y le rindiera honores de soberana. El ministro británico se negó a hacerlo y protestó. Entonces dispuso Melgarejo que pusieran a dicho ministro, como a Lady Godiva, encima de un asno, con la cabeza vuelta para la cola y en esta forma lo expulsaran de la ciudad. En castigo, el gobierno británico habría borrado a Bolivia del mapa.

Este hecho, referido nada menos que por un historiador chileno, es falso.

Para empezar, según leo en un desmentido boliviano, Melgarejo fue depuesto el 15 de enero de 1870. Nunca hubo dificultades entre los gobiernos de Bolivia y el de S. M. británica como no fuera una ligera desavenencia en el año 1849, entre el presidente don Manuel Isidoro Belzú y el coronel inglés Mr. Lloyd, quien llegó a Bolivia con la intención de apoyar a Santa Cruz. Lloyd anunció su retiro de Bolivia, y el ministro Valdivieso empleó la frase "tengo el agrado de adjuntarle", etc. Dicha frase desagradó a Mr. Lloyd. Nada más ocurrió. Lo del ministro desnudo y montado en un burro es falso.

El duelo de don Baldomero Dublé Almeida en aguas de Valparaíso con un francés cuyo nombre no se conoce, es un puro capítulo de novela de Rocambole. Parece que el mito fue urdido en el duelo real de dos franceses que se odiaban y terminó con la muerte de uno de ellos, el conde d'Espinville, cuya tumba se puede ver en el cementerio principal de Valparaíso.

Del supuesto duelo de don Baldomero, que no necesitó de esta clase de adornos falsos, no hay un solo detalle exacto. Se dice que comenzó en el Teatro Odeón; se dice que en el Nacional. Se dice... No se conoce nombre de un solo testigo,

ni del francés muerto. Entraron en una chalupa "una mañana tranquila pero fría"... "¡Así tira un francés!", exclamó disparando el marino. "¡Así tira un chileno!", respondió el alférez Dublé..., "y de un pistoletazo le rompió la cabeza"...

Estamos en pleno folletón de Fernández y González.
Todo mentira.

* * *

La supuesta humillación de nuestra bandera en San Francisco de California, para desagraviar a los norteamericanos con motivo del incidente del *Baltimore*.

El marino chileno Alfredo Santander desmintió el asunto.

El mito consiste en un viaje de la *Chacabuco* a San Francisco para saludar la bandera yanqui. Se decía que después del saludo el *teniente de navío* don Carlos Peña se suicidó.

Todo mentira. No hay teniente de navío ni hubo Carlos Peña en nuestra Marina. **Todo mentira.**

* * *

Joaquín Murieta, bandido chileno, jamás fue chileno. Se trata de la historia de un bandido mexicano, de Sonora, adaptado a Chile en una versión del señor Morla (?).

* * *

El duelo a bisturí entre los doctores Charlín y Barros Borgoño, con muerte de ambos, destrozados por horribles heridas.

Hasta el año pasado todo el mundo creía en la efectividad del truculento episodio. Algunos miembros de la familia Charlín creyeron que un desmentido no quitaría ningún lustre a la memoria del sabio doctor.

* * *

En marzo de este año, don Carlos Acuña probó que la estatua llamada Caupolicán y atribuida a Plaza no es chilena ni es de Plaza ni se llama Caupolicán, sino "el último de los mohicanos", y pertenece a Estados Unidos.

* * *

Nuestra isla de Juan Fernández sirvió de refugio a un marino portugués de ese nombre. No hay prueba de que la habitara el famoso náufrago de la novela. La isla de Robinson se encuentra en alguna parte del trópico.

* * *

Durante la revolución del acorazado *Latorre*, cuya tripulación fue soliviantada por los politiqueros mientras estuvo en Inglaterra, se hizo famoso durante varios días un tal sargento Paz. Se habló de él en la Cámara de Diputados; se le ascendió en sesión especial. Se decía que él mató a ocho sublevados y en seguida se encerró en la santabárbara, amenazando con volar a todo el mundo.

¡Mentira! El sargento Paz padecía de gripe. Mientras los santiaguinos exaltaban su heroísmo, él, arropado y tiritón, tomaba sudoríferos.

* * *

Estos son los mitos más famosos que recuerdo.

Si me pusiera a narrar parte de las engañifas o invenciones de grandeza que ruedan en nuestra sociedad respecto a antepasados, no tendría por dónde comenzar.

Mitos de amistades en las cortes de Europa, mitos de amores de reyes y de reinas, mitos de antepasados cortesanos... Mitos de cuadros célebres encontrados en iglesias antiguas, mitos de aventuras, de inventos, de bailes, de saraos...

Ningún hecho, ni siquiera los más recientes y controlados, escapa a la capacidad creadora de los mitómanos.

Veamos, por ejemplo, el crimen del departamento 29. Empieza a lo Pérez Escrich. El padre mata al seductor para salvar la honra de la hija. Es bastante dudoso salvar eso con balas, sobre todo en tratándose de una niña cuyo solo retrato produce inquietud.

El público, sugestionable y buscador de mitos como trufas, aceptó la historia de la seducción. Lavado de honra y sacadu-

ra de plata no se avienen mucho; sin embargo, la versatilidad de la masa aceptó de buen grado. El caso era bonito; la niña también es bonita. ¡Pase!

Llegaron los abogados, y ahora el folletón de Escrich se transformó en novela de Dumas, con subterráneos, encapuchados, bombas, dagas y venganzas espantosas.

El niño, el eterno niño que hay en la masa, obtuvo su cuento maravilloso para pasar el rato.

La masa es mujer, al cabo; no ama la razón, ni la triste experiencia, sino la ficción. La ficción se define doblemente en ignorancia y niñez. ¿Qué es la inocencia, sino ignorancia? Inocencia es la cantera de los sueños, o mentiras. De ahí proviene el poder creador de los niños destruido por la educación represiva del siglo pasado.

MENTIROSOS Y MITOMANOS

Agosto, 1941

Disraeli escribió: Hay tres clases de mentiras: Simples mentiras, Malditas mentiras y Estadística.

El profesor Laird aseguró que el príncipe de los mentirosos, el famoso barón Münchaussen, fue solamente un exagerado, aun en la historia de su viaje a caballo en un proyectil.

¿Qué diferencia existe entre el mitómano, el exagerador y el novelista? ¿Por qué a algunos hombres les da por inventar vida? ¿Por qué Bonaparte, en su cesantía, antes de ser el protegido de Barras, quiso convertirse en novelista? ¿Por qué han cundido los mentirosos en los últimos años? ¿Qué diferencia hay entre las contradicciones de los estadistas y la mentira? ¿Hay mentiras útiles?

Vamos a ver:

Hace poco tuve deseos de contar cómo fui llevado a un regimiento de zuavos durante la guerra europea pasada y cómo viví en calidad de zuavo durante tres meses, pero dio la casualidad de que un amigo comenzó a contar cómo se había robado, en la Catedral de Lima, la momia de Pizarro. Entonces no me atreví a contar mi aventura verídica, no obstante la existencia de testigos y documentos.

Comprendí que delante de mentirosos no se puede colocar un

cuento real. En la sociedad de mentirosos habituales se establece una psicosis de maravillas inverosímiles, de absurdos y fábulas. Soy de los que se ponen colorados cuando se habla de robos u otras cosas por el estilo. Dotado de una sensibilidad así, el hecho de encontrarme delante de mentirosos "profesionales" me quita el aplomo para contar la más simple realidad en que haya actuado. En cuanto digo que don Ramiro de Maeztu me hizo su confidente literario, y, más tarde, me escribió largas cartas, me pongo tan zurdo que cualquier mentiroso me tomará por inexperto y torpe imitador de su brillante género.

Don Ramón del Valle Inclán y Montenegro, marqués de Bradomín, o Ramón Peña, a secas, con quien tuve el honor de comer, en Fornos, allá por 1919, en compañía de Teresa Willms, de Alfredo Sierra Valle, Cesáreo Alvarez de la Rive-ra y otros, pasaba por monarca del mito. El genio bien puede permitirse eso y más. Nos hizo el regalo, en dicha comida, de un relato inédito respecto a la pérdida de su brazo en México.

¿Mentía don Ramón o novelaba? ¿Es lícito novelar de palabra? ¿Sabía él que todo el mundo estaba enterado de las causas que motivaron la pérdida de su brazo?

En achaques de amor, la mentira es un ardid, una flecha. Conoci-do es el cuento del huaso que se puso de acuerdo con su capataz para darse méritos delante de la muchacha de sus pretensiones.

Según el pacto, él iba a simular modestia extrema, pero ahí estaba el capataz para las exageraciones.

—Tengo una chacrita —dijo con voz dulce a la novia.

—¡Chacrita! —exclamó el capataz—. ¡El medio fundito que tiene!

—Sí. Ahí hay algunos animalitos —aceptó el huaso ladino.

—¡Animalitos! ¡El tremendo ganado vacuno y caballar que tiene el patrón!

De pronto la novia pregunta, mirándole la mejilla:

—¿Qué tiene en la nariz?

—Un granito —dice el huaso.

—¡Granito! —replica el capataz—. ¡El feroz furúnculo que no se lo han podido reventar!

En esta tierra las mentiras o mitos más corrientes se refieren al origen de las familias, a las relaciones que tuvieron en Europa y cosas por el estilo. Abundan los descendientes de conquistadores, de capitanes deportados a causa de haberseles sorprendido en la alcoba de una reina, de hijos naturales de reyes y qué sé yo. Otros manifiestan la vanidad al revés, o modestia olímpica: son hijos de sus obras; vendían diarios, su padre era carretero, su madre pedía limosna en las calles.

Por lo que juzgarse puede, la mentira proporciona placer al que la emite; es un estímulo, y muchas veces nos sentimos tentados de colaborar con sus autores, sobre todo si son damas y cuentan éxitos con manifiestas falsedades. A lo mejor hemos inventado la mitoterapia.

Entre jugadores, el mentiroso es corriente, se trata del individuo que juega diez o quince pesos y pretende haber perdido sumas fabulosas. Otras personas —y con cierto talento— dicen cosas absurdas, con aire plácido y algo humorístico. Al final uno se pregunta si se tratará de bromas o mentiras, por cuanto el verdadero mentiroso es el que se sugestiona a sí mismo. De tal categoría debió ser el inventor del "héroe de Talcahuano". Este mito que duró varios días, que dio lugar a discursos parlamentarios y declamaciones teatrales, hace meditar en la consistencia del hecho histórico. Si ahora, en el siglo de las luces, pudo arraigar una mentira llena de colorido y detalles como ésa, uno se pregunta cuánto héroe de Talcahuano se ocultará en la historia universal. La pequeña historia chilena abunda en duelos, amores, hazañas de sociedad y aventuras falsas. La superchería de Becker o crimen del canciller de la Legación alemana, en 1909, permite suponer otras patrañas que los métodos del mundo antiguo no dejaron aclarar.

Hay mentiras que entretienen.

De esto no hace mucho. Me encontraba en casa de un amigo, bastante exagerado. Abrió un ropero, extrajo algunas prendas de vestir y de pronto mostró un chaqué viejo. Su rostro, en ese instante cambió de expresión; tomó ese aire de dignidad estirada que precede casi siempre a las grandes mentiras.

—¿Ves este chaqué?

—Claro.

—¿Sabes por qué lo guardo? Voy a contarte: es lo más extraordinario que me haya ocurrido en mi carrera diplomática. Me encontraba en España, entonces, en misión especial. Yo me había mandado hacer este chaqué muy apurado, donde Pinaud, ¿te acuerdas? Un día el camarero del Hotel París, en la Puerta del Sol, donde vivía, llegó a mi cuarto con una cara consternada y me dijo:

—Señorito. Señorito..., ahí... en... la puerta..., ahí abajo...

—¿Qué! Hable de una vez. ¿Qué pasa?

—Entonces el camarero, andaluz de origen, cobró el resuello y me largó:

—Na, señorito. ¡El delirio! Que el coche de su majestá le está aguardando abajo. ¡El coche de palacio!

—Salté de la cama y me vestí en un momento —siguió diciendo mi amigo—. Había olvidado que el rey, pocos días antes, me dio cita a esa hora en palacio. Salí como una tromba y me introduje en la carroza de gala, donde me aguardaba el mayordomo de la Casa Real. Esas carrozas, doradas, con adornos de concha e incrustaciones de marfil, tienen pisaderas muy altas. Cuando llegué a palacio, en el momento de bajar, sentí que mi ropa crujía. No tuve tiempo de meditar en el asunto. Un edecán me llevó a la sala Barberini, donde me encontré con su majestad doña María Cristina, la reina madre. Era ésta una dama imponente. La llamaban doña Virtudes. Besé su mano y mandó que me sentara frente a ella.

—Su majestad el rey vendrá en un instante —me dijo, sonriendo.

—Después se puso de pie y me llamó a su lado. Yo no sabía de qué se trataba. Calcula mi sorpresa y turbación cuando veo a doña María Cristina, reina madre de España, que toma una aguja, la enhebra delante de mí y, sin decir nada, se pone a echar puntadas en la rotura de este chaqué. Ahora compren-

derás por qué lo guardo y lo conservaré toda mi vida. Instantes después entró el rey. Yo estaba colorado como un tomate”.

Diciendo así, mi amigo me hizo que mirara en el viejo chaqué de Pinaud el lugar exacto donde se posaron las augustas manos.

—En efecto —observé—, haces bien en conservarlo. Ahora dame un vaso de agua, de vino, de lo que tengas.

EL MITO EN LA POLITICA

Octubre, 1942

¿Existe el mito en política? No pasa mucho tiempo sin que la opinión pública experimente un trastorno como si de pronto la vida fuera a cambiar y nos aprestáramos para ingresar en un paraíso. En las calles alguien nos ataja y nos dice con voz cautelosa de conspirador: "Ahora tenemos al hombre". Otro dice: "Basta estar cerca de él para sentir la atracción del genio". "Se parece a Napoleón", añade un lector de *El Peneca*.

Los partidarios acérrimos echan a correr bolas fenomenales. Unos dicen a otros al oído: "Se trata de tú con Mussolini". "He visto una carta de Churchill en que le pide su opinión". "Roosevelt le quiere contratar".

El mito político determina el contramito personalizado en el líder que gozó los favores de la mitomanía en períodos anteriores.

Entonces comienza el match entre los mitos o genios políticos. El país hace las veces de ring donde estos mitos se boxean.

El deseo del público de que haya un genio y su orgullo por haberlo descubierto y exaltado engendran en el político

el deseo de lucirse y de justificar el anhelo de su clientela electoral. Estos políticos ansiosos de lucimiento son los responsables de no pocas catástrofes en sus diversos turnos.

El público que los levantó es impaciente. Quiere ver al gallo en la cancha "y al tiritito". Los criollos creemos todavía en la improvisación y en los genios que pescan las cosas al vuelo.

Entonces el seudogenio en vez de ponerse a sanear el sistema parlamentario, lo cual sería vulgar como una lavativa, se dedica a poner inyecciones morrocotudas y de dudosa eficacia para los males nacionales. La sobrecarga de leyes que sufrimos proviene de la ya mencionada necesidad de lucimiento y justificación de promesas electorales.

Nunca he podido comprender cómo hay gente que cree en el advenimiento de paraísos de origen político, a menos que se trate de candidatos a canonjías. Tan absurdas me han parecido las ilusiones preelectorales como las desilusiones de más tarde que cualquiera persona madura habrá previsto. La exuberancia de las luchas electorales en nuestra tierra es pariente cercana de la Fiesta de los Estudiantes. Son explosiones o desahogos de un pueblo ausente de esperanzas en sus propias actividades. Espera la salud de la fábula del "entierro", de la lotería, de los carreras y los cambios de gobierno. Las desilusiones del pueblo después de las luchas electorales, cuando comprende que las rivalidades exaltadas de los candidatos eran falsificaciones momentáneas, se transforman en estados de silencio taciturno, más peligrosos que las crisis mismas.

El campo de la política se divorcia del país y se convierte en ring para ver cuál de los políticos es más fuerte.

—El parlamentarismo —que es de tradición británica— ha tendido a degenerarse en las naciones latinas o hispanoamericanas. El político olvida que está, no en un país conquistado por él, sino en medio de un electorado que le llevó al poder para que cuidara sus intereses.

Entre muchos deberes del periodista, uno de los primeros

consiste en generalizar conceptos. Los jóvenes han de saber que la era de las hazañas del Estado terminó en 1891. Esta era comenzó en la Independencia. En adelante no existe campo de lucimiento para estadistas, por cuanto Chile se vio cortado de manera irreparable en su salto biológico y constreñido a llevar vida mediocre dentro de sus posibilidades de pequeña nación inexorablemente limitada por circunstancias fatales.

En Chile no hay problemas graves, a menos que los inventemos. Durante esta guerra se trata de hacer más equilibrios que Blondin en la cuerda. Pero en política y negocios en general, la única ley, como la del despachero, consiste en vender más y comprar menos. Los problemas de mecanización, de navegación, de surtimiento de industrias, de alimentación y otros no son de magnitud o envergadura propias para hacer célebre a nadie. Así, el estadista a lo Napoleón, el que pretenda lucimiento estelar, lo hará a expensas de la nación, mediante esos trastornos a que nos tienen habituados y que trajeron por etapas al pobre peso hasta su mísero estado actual.

La ruina de nuestra moneda es debida, en mucha parte, al mito del genio financiero, que en el concepto criollo estuvo representado por el hombre rico cuando no por el concurso de hombres interesados en negocios de exportación.

El hombre rico no es buen financiero de la colectividad, sino de sí mismo. Me repito. Stinnes fue pésimo financiero para el pueblo alemán. Los financieros más famosos del mundo actual son: Hitler y Stalin. Ninguno supo ganar un peso para sí en su vida. Todos los héroes de la revolución universal eran poco menos que vagabundos desde 1900 a 1914.

Todo el valor revolucionario del momento reside en Rusia, Italia, Alemania y Turquía. Inglaterra y Estados Unidos obran a manera de *ralementisseurs* o amortiguadores, pero saben los políticos ingleses que, después de la guerra, la revolución del valor hombre contra el valor oro será victoriosa de todas maneras. Ellos luchan solamente para impedir que se realice la

unidad de Europa bajo la espada alemana y por la hegemonía alemana.

Un escritor recordó que Arteaga llamó a los periodistas secretarios de los acontecimientos. Creo que en muchos casos son secretarios a la manera de Maltrana, el héroe de la novela de Blasco Ibáñez. Son secretarios de hombres fachadas o Pachecos que ponen su firma en los proyectos de Maltrana cuando les parecen propicios para lucir en su plumaje. Estadistas de brillo sobraron en nuestra América mientras hubo necesidad de reforzar los cimientos de los edificios republicanos y poner los mojones en las partes limítrofes. Brasil es y seguirá siendo fecundo en estadistas, porque la naturaleza de sus problemas reclama hombres de hierro, como Río Branco y Ruy Barbosa. Brasil es un continente.

El presidente Vargas se empeñó, antes de abordar otros asuntos, en resolver problemas que una nación pequeña como la nuestra desconoce. El primero de ellos consistió en la unificación y pago de la deuda pública. Algunos Estados tan lejanos como si fueran países independientes en el sistema federal, habían pedido préstamos de dos millones de dólares; no habían visto en efectivo más de seiscientos mil y pagaban intereses usurarios. La unificación de la deuda suprimió esa clase de corruptelas.

Nuestros problemas, comparados con los de Brasil, son insignificantes. Respecto a la guerra, se trata de observar y de procurar, poco a poco, cierta unidad en la opinión pública. Todo lo demás se define en la tesis general de atajar el despilfarro y arrebatarse a los parlamentarios la facultad para aumentar los gastos, inflar las plantas, repartir pensiones indebidas y otras corruptelas por el estilo.

Además de eso y por sobre todo, nuestra política debe sacar el mayor partido práctico de la situación universal, sin hacer caso de ideologías individuales, ni de temas sociológicos que nadie tomará en cuenta en las grandes potencias, ni ahora ni después de la guerra.

MITOS EN LA ARAUCANA

Hemos crecido oyendo hablar de minas fabulosas y de riquezas súbitas. La mina era un encantamiento. Los conquistadores españoles del siglo XVI habían leído libros de caballería. No sé si alguien ha notado el parentesco de *La Araucana* con el *Orlando Furioso*. Algunos nombres creados por Ercilla, o modificados, recuerdan la literatura que encantó a Don Quijote, entre otros Guaticolo, Leucomande, Orompello, Mareguano, Caupolicano. Véase este verso en el Canto XXV de *La Araucana*: "Delante de la escuadra, pues, venía el mozo Galbarín sargenteando".

No sé si será por ignorancia, el caso es que este Galbarín es eufónico pariente del Palmerín en la novela de caballería del siglo XVI atribuida al portugués Francisco Moraes.

Numerosas son las ficciones comprobadas de *La Araucana*. Dice Encina, en la página setenta y tres del primer tomo de su *Historia de Chile*: "El pueblo se denominaba a sí mismo mapuche (gente de la tierra). Los españoles le dieron el nombre de araucanos, inventado por Ercilla. Latcham, padre, cree que es una corrupción de Raghco, nombre de la comarca en que actuó Ercilla". Etimológicamente, arauca significaría yegua chúcara (de mi diccionario araucano español por

el padre misionero fray Félix José de Augusta). Según el mismo Encina, el episodio de doña Mencía de los Nidos es una ficción de Ercilla basada en la actitud heroica de Juana Jiménez, la última concubina de Pedro de Valdivia, cuando le notificaron la orden del despueblo de Concepción en 1552.

EL MISTERIO DE CAUPOLICAN

Junio, 1942

Los pieles rojas se ponían diademas de plumas en las frentes y pintaban sus rostros con materias colorantes rojas que les duraban pocos meses. Esto lo hacían para verse más viriles, para producir respeto y, a la vez, atraer la atención de las mujeres.

Humboldt cuenta cómo hacían los caribes de ciertas tribus venezolanas para pintarse los rostros de rojo. Los caribes, los quechuas, los guaraníes y los pampas se adornaban la cabeza con plumas de pájaros.

En Chile los indios no se emplumaban. Por esta razón, la estatua de Caupolicán, por Nicanor Plaza, se prestó a discusiones y sospechas.

No tengo *penchant* por la polémica, y no volvería sobre asunto tan peliagudo como éste, si no fuera que mi amigo Gracián, a quien se podría otorgar el premio de buen camarada, intervino.

Voy a añadir lo que aprendí respecto a la escultura que nos ocupa. No se trata de un indio araucano ni de Caupolicán. Luego, al decir que dicha estatua es otro mito nacional, no me engaño ni promuevo a engaño.

El escritor y poeta Carlos Acuña publicó un artículo respecto al asunto que nos ocupa, en marzo de este año. Recordaba que el cacique Huayquimir no reconocía en la estatua de Plaza a un congénere, ni por el físico ni por las plumas de la frente.

No se explicaba dicho escritor por qué razones nuestro gobierno y el pueblo adoptaron la escultura del gran Plaza como símbolo de la raza aborígen. Según él, habría llegado a Chile en 1891, a manera de obsequio del escultor para el presidente Balmaceda. Contaba que el cientista señor Thayer Ojeda removió cierto día la placa de la estatua, donde decía Caupolicán, y vio que debajo de ella apareció la inscripción del nombre con que se la conoce en Estados Unidos: *The last of the mohicans*.

He aquí el verdadero nombre de la estatua de Caupolicán.

El señor Acuña supone que el escultor Plaza pudo tomar parte en cierto concurso del gobierno de Estados Unidos, para premiar el mejor boceto del símbolo destinado a perpetuar la memoria del último de los mohicanos.

Un concurso de escultura para conmemorar la raza aborígen de Norteamérica ¡y en París! ¿Hay quién pueda creer en ello?

No sólo me parece improbable, sino absurdo y ausente de lógica. En Estados Unidos hubo siempre buen número de escultores nacionales, y no es en la patria de Franklin donde les agrada preferir la industria extranjera. No es aceptable la teoría del concurso parisiense y el triunfo del escultor chileno. Se ha dicho otras veces que los norteamericanos se tomaron para sí la escultura chilena y transformaron al Caupolicán en mohicano.

Tampoco es aceptable.

En Nueva York existe una estatua famosa de autor no americano: la Libertad Iluminando al Mundo, por Federico Augusto Bartholdi, escultor francés famoso. Este monumento arquitectónico colosal, en forma de mujer y en cuya cabeza tienen cabida varias personas, fue obsequiado por la Repúbli-

ca de Francia a Estados Unidos en el centenario de la Independencia, 1886. Es de sobra conocida de todo el mundo. En cambio, nadie supo que existiera en algún pueblo la estatua simbólica del piel roja, debida al cincel de otro extranjero, esta vez un chileno, ganador del supuesto concurso.

Los mohicanos eran indios de una de las veinte tribus, o más, que poblaban el norte del Nuevo Mundo antes que llegara Colón. Vivían en la región del que es actualmente río Thames, en Connecticut. Mohican significa lobo; los franceses les llamaron indios lobos. Durante la penetración de Inglaterra en la América del Norte, los jefes británicos usaron a los mohicanos como aliados pasajeros para exterminar a los más feroces y más numerosos indios pequots, en 1637. Los mohicanos fueron extinguidos más tarde, y si quedaran rastros de ellos, habría que buscarlos en Massachusetts, Connecticut o Pensilvania. Estos indios eran robustos, de perfiles aguileños y elevada estatura.

Los cónsules chilenos en Estados Unidos podrían dar la clave de este problema extraño. Y al final me pregunto: ¿Quién me meterá en líos tan peligrosos?

MITO DEL COLOCOLO

Noviembre, 1955

¿Por qué le pusieron Colo Colo a nuestro equipo nacional? ¿Qué es un colocolo? En La Serena, lagartija. En Talagante, ratoncillo. En Quella, avechucho parecido al murciélago. En Coelemu, animal dañino que nadie ha visto. En Los Angeles, cierta casa antigua fue semidestrozada, según escribió su dueña a Omer Emeth, por un colocolo. Según Julio Vicuña Cifuentes, el colocolo es un mito. Ercilla puso este nombre a uno de los personajes de *La Araucana*. Suena bien en un libro de caballería influenciado por el *Orlando Furioso*. Mareguano, Colocolo, Galvarino, Orompello, Caupolicano y Guaticolo se parecen como hermanos a Leucomande, Sacripantes y Gracolano. He oído a gente de campo lo siguiente: "Colocolo come solo y no convida". Un campesino contó al señor John A. Wolffsohn el siguiente caso: "Un colocolo (laucha sin cola) peleó con un gato. Durante la pelea perdió la cola y los ojos se le inyectaron de sangre. El gato murió con horribles convulsiones". El señor Wolffsohn, cientista, atribuyó el cuento a ignorancia. El colocolo tiene pequeñísimos dientes que no pueden perforar ni el cutis de la mano de un hombre. El colocolo es un marsupial, el único de Chile. Gé-

nero: Marmosa. Subgénero: *Thylamys*. Especie: *Elegans*. Este enano se parece a la chinchilla. Según el señor Wolffsohn, y antes que él Ricardo E. Latcham, el pueblo confunde la yaca con otras especies. El colocolo es la yaca que habita en cuevas bajo las raíces de los árboles. El mito del colocolo es común en las clases campesinas. No es raro oír: "El ranchito está fatalizado por la maldición del colocolo". Si un tísico se muere, dirán: "El colocolo le chupó la sangre". Los mapuches llamaban Kod Kod a la huiña o gato montés (alzado). De Kod Kod pudo derivar el nombre colocolo. Konkón, o concón, es el búho, en mapuche. No digo en araucano, por cuanto Arauco y los araucanos nacieron en la mente del poeta Ercilla. En Chile hubo lenguas indígenas, y en primer lugar el mapuche, mezclado con expresiones quichuas, kechuas, o kechwas y aymaraes. Hace poco la señorita Ursula Junge trajo de Concepción nueve diminutos colocolos. Decía este diario: "La superstición más siniestra que se conoce respecto de ellos consiste en la muerte de toda la familia de la casa cuando los colocolos salen de las cuevas a dar su vueltecita". Se trata de llacas, o yakas. El colocolo, repetimos, es un mito. Hay solamente la llaca, o yaca, mamífero marsupial diminuto. Joya zoológica de inmenso valor.

EL INVUNCHE

Octubre, 1959

Vi en un diario de ayer la fotografía de la estatua de un niño destrozada en partes y desfigurada. Dice al pie de la fotografía: "Obra artística destruida". Debiera decir: "Obra artística metamorfoseada en *invunche*". Se trata de la estatua llamada *El Eco*, hermosa obra de mi parienta, la escultora Rebeca Matte Bello. *El Eco*, representado por un hermoso niño, es hoy un *invunche*.

—¿Qué cosa es el *invunche*? —preguntará algún lector.

El *invunche* ha sido descrito por escritores indigenistas, dos de ellos a mi alcance, Julio Vicuña Cifuentes y E. J. Cavada, el primero en el libro *Mitos y Supersticiones*, y el segundo en el libro *Chiloé y los Chilotes*.

Se trata de un acto horrendo, repulsivo e incomprensible para una mente culta de ahora. Este acto, practicado por brujos mapuches o araucanos, consistía en robar niños hermosos y bien conformados para desfigurarlos monstruosamente mediante operaciones inimaginables por su estupidez y crueldad, hasta convertirlos en diabólicos y repelentes engendros.

El *invunche* es llamado asimismo *Vuta*, o *Vuta Macho*. El Marqués de Sade nos parece un niño educado y tímido si le recordamos cuando leemos este horrendo capítulo de los *in-*

vunches. Para el brujo, avezado y astuto en la caza de criaturas, el niño blanco es la presa de preferencia. No se trata de destruir al niño, ni de comérselo. Eso sería ingenuo y corriente. El brujo es un refinado cultor, o doctor, proveniente de un conjunto de buscadores y de halagadores de la fealdad absoluta. Feísimos ellos, nacidos y criados en un nivel méfítico de degradaciones, de imperfecciones y de fracasos, niegan las formas de superioridad en cuanto manera creen descubrirla. La exaltación de todo lo feo, lo fétido y lo gangrenoso surge en ellos sin cesar. Es la rebelión o revancha. En una palabra, la reacción de la envidia.

Descripciones satánicas del *invunchismo*:

"Para transformar a los niños en *invunches* los brujos les cosen los portillos del cuerpo. Les ponen la cara vuelta hacia atrás y una pierna adherida a la espalda. Les echan desnudos a un pajonal, manteniéndolos con carne de difuntos que roban en el panteón. Les dan de beber agua de *picochibuan*". (Obra de Vicuña Cifuentes).

Escribiendo atrocidades así se despeña en mi mente un vocabulario de sobrenombres alusivos a fealdades corporales: el machucho, el coltau, el guallipén, el piguchén, el lampalagua...

Me digo no pocas veces: la industrita gangrenosa y cada-
vérica de los antepasados brujos ha sido lo suficientemente
enérgica para perdurar, modificada en el medio moderno. El
espíritu de destrucción, la jactancia por la fealdad personal
y el aparente desprecio ante ciertas formas de belleza huma-
na, emparentados están con la brujería y la fealdad nativas.

Hay brujos fabricantes de *invunches* disfrazados de perso-
nas modernas. Juegan al cacho y hasta escriben en los dia-
rios. Viajan y llevan portadocumentos. ¡Cuidado!

En sus ojos, en sus palabras, en sus pullazos, afloran los
deseos de convertirnos en *invunches*. El nivel muerto de la
fealdad es su meta. La fealdad so capa de virilidad. Cierta
alarde de grosería y de torpeza en la expresión prestigia al
brujo entre sus congéneres.

"Atentados vandálicos" es un título constante en los diarios. Escribí "El antiguo deseo de destruir". Hoy, en el bus de la Empresa de Transportes, vi nuevos tajos, o puñaladas, en los cojines. Costaría menos dinero viajar si no destrozarán. Se trata de brujos cobardes. Puñaladas en los cojines. Destruir, hacer *invunches*. Incendiar la correspondencia en los buzones de correos es otra hazaña de los *invuncheros* de hoy.

Resucitar la pena de azotes pidió aquí don Darío Poblete. Muy bien, si se aplica por arriba y por abajo.

Las leyes de azotes en Chile fueron publicadas en *El Araucano* el 3 de agosto de 1876 y en el *Diario Oficial* el 10 de septiembre de 1883.

Quedaron abolidas en julio de 1949. Publiqué crónicas relacionadas con dicho tema en 1924 y en 1949.

En Francia, durante el terror sembrado por la banda Bonnot Garnier, el escritor Alfred Capus escribió pidiendo la pena de azotes. *Il faut se defendre ou capituler*. (Defenderse o rendirse).

En 1925 y en 1938, en Londres, fue aplicada la pena de azotes, *cat-o nine tails*, a malhechores con buena posición social.

Los azotes en público aterran a los más crueles bandidos. Pueden desafiar con soberbia la celda, el destierro y cuanto castigo les impongan, pero tiemblan ante el azote que imprime huellas permanentes en las carnes y en los espíritus.

Punishment in the Navy, 1825-1892, por Commander C. N. Robinson R. N.

Punishment under the School Board, The Graphic, dic., 1892.

IMBUNCHE O INVUNCHE

Noviembre, 1959

De una carta al director de *El Diario Ilustrado* de este viernes 30 de octubre de 1959.

"IMBUNCHE"

"Señor Director:

"El distinguido escritor don Joaquín Edwards Bello, en su último artículo —sabroso e imaginativo como todo lo de él— habla, entre otras cosas, del "invunche", así, con "v" corta y sin "eme", lo que no está de acuerdo con el Diccionario de la Real Academia, ni tampoco con la expresión usada por los chilotes en sus comentarios y escritos.

"La palabra es "imbunche", un brujo o ser maléfico, según la docta definición de aquel instituto.

Ignacio García H."

Respuesta:

Señor don Ignacio García H.

Distinguido señor :

Decir *imbunche* en vez de *invunche* es como decir *imbier-no* en vez de decir *invierno*. Se trata de un vicio de pronun-

ciación corriente. Por desgracia, esta vez el vicio pasó inadvertidamente ante los señores encargados de filtrar, de dar lustre y esplendor a la lengua y se coló muy orondo en la majestad de la Real Academia. Espléndido sería para mí si don Pedro Lira Urquieta, bellista desinteresado, pusiera su inteligencia y cultura en estas líneas, *only one minute*.

Otro error académico consistió en agregar que la palabra *imbunche* proviene de la lengua araucana.

Según Encina y Latcham (el viejo), los españoles dieron a los mapuches el nombre de araucanos, inventado por Ercilla.

La voz *imbunche*, corrupción derivada de *invunche*, o *ivunche*, no es de origen mapuche ni araucano, sino originaria de la lengua veliche. Don Alejandro Cañas Pinochet estudió la lengua y las costumbres de los indios veliches, o chilotes, allá por el año 1887. Hablan esta lengua algunos ancianos de las islas Apiao, Alao y Chaulinecy. La palabra *invunche* proviene de las voces veliches *ivún*, pequeño ser, y *che*, hombre, esto es, hombrecillo.

La transformación de niños sanos y hermosos en monstruos horrendos no es un incidente más o menos verificado de nuestra prehistoria. Se trata de una manifestación reiterada de índole negativa, envidiosa y vengativa en determinados estratos de la sociedad indígena. Además del *invunche*, el poder para hacer daño dio alas a otros monstruos, y me remito a la obra del señor Cañas Pinochet *Estudios de la lengua veliche*. En la página 287 dice: *Hueñauca*, entre los chilotes, cortesano del dios del infierno. Anda a saltitos en una sola pierna. Disloca una pierna a los muchachos bonitos que puede coger.

En la página 325 de la misma obra aparece el *Trauco*. Otro horrendo engendro de una vara de alto, terror de madres y de niños. Vive en cuevas. Anda a saltos, en busca de niños sanos. Si pilla a uno le rompe las extremidades, le quiebra el espinazo y las costillas. Le desfigura la cara, le corta las orejas y le abandona en despoblado.

Lo esencial de estas líneas es probar que es más correcto escribir *invunche*, o *ivunche*, y no *imbunche*.

Don Julio Vicuña Cifuentes, a quien cité en la crónica anterior, poco más abajo del título *Imbunche* pone:

"*Invunche*, o mejor *Ivunche*, como pronuncian en Chiloé, es un ser deforme y contrahecho, con la cara vuelta a la espalda y que anda con una sola pierna por tener la otra pegada a la espalda".

Pude poner estas explicaciones en la crónica anterior. No lo hice ni lo hago, a menos que me obliguen los contradictores. *Condito sine qua non* del periodista es condensarse sin pedantería. Una crónica es esencia de lectura, o lecciones filtradas en gotas.

LOS CONQUISTADORES Y LOS REYES DE ESPAÑA

Octubre, 1958

Las mejores películas chilenas son las cortas y sin pretensiones. Vi una excelente de la Antártida. El público aplaudió.

Voy a poner un reparo a la película. Se trata de la presencia fugaz de cierto detalle revelador de un error histórico repetido e inveterado. En dicha película aparece S. M. el rey de España, en su trono, en el momento de nombrar a Pero Sancho de Hoz gobernador de las nuevas tierras que descubriera, con exclusión de Chile. Este Pero Sancho había sido socio de Pizarro. Tales contratos se ventilaban mediante el Consejo de Indias, en nombre del rey, pero nunca con el rey en persona.

El origen de los conquistadores es obscuro y humilde. Superaron con sus proezas a los soldados españoles de su tiempo. Sus hechos asombraron y continúan asombrando a los investigadores que se interesan en ellos. La Conquista es, según Lumnis, "la más grandiosa, la más larga y sorprendente hazaña de la historia".

No sé si a dichos héroes, de origen plebeyo, les hubiera agradado que los historiadores les agregaran *domes* y *des* y sus nombres.

Valdivia sentía natural repulsión por la gente titulada de España. Pizarro, analfabeto como Almagro, no supo que, casi un siglo después de su muerte, uno de sus descendientes sería convertido en marqués.

El origen de los conquistadores es obscuro, y laudable es nuestro propósito de ennoblecerlos agregando, desde luego, un *de* entre nombres y apellido, además del *don*. "Don Quijote *endonó* a la maritornes de Tolosa y a las mozas del partido", dice Rodríguez Marín. No es raro que nuestros quijoscos historiadores hayan *endonado* a las concubinas de los conquistadores. Ercilla encantó a una de éstas con nombre de Libros de Caballería. Me refiero a la tercera y última concubina de Valdivia, Juana Jiménez, a quien adornó el cantor de *La Araucana* con el nombre de doña Mencía de los Nidos. Estas transformaciones nobiliarias echaron raíces en nuestras tierras. Asombrábase de ello Santa Teresa. En carta de Sevilla, en 29 de abril de 1576, dijo: "Cuanto a lo de *dones*, todos los que tienen vasallos de Indias se lo llaman allá, que es vergüenza".

Extremadura, la región de donde se desgajaron los conquistadores, es la más atrasada de España. Don Mariano José de Larra, el inconmensurable cronista, viajó por dicha tierra en diligencia, allá por 1834, y nos dio un cuadro inolvidable del país cuyos habitantes son llamados vulgarmente *choriceros*. Otros les llamaban *corsarios*. Es seguro que así como los vio Larra fueron los antepasados de nuestro pueblo. Larra pasó por cierta parte del camino, entre Mérida y Badajoz, donde hay unas hondonadas llamadas *El Confesonario*. En dicho terreno los bandoleros *confesaban* a los aterrados pasajeros. Los siniestros Cerrillos de Teno, en Chile, son descendientes del *Confesonario* extremo.

Sigo con mi asunto. Es seguro que ningún rey de España tuvo tratos personales con los conquistadores o contratistas en el Nuevo Mundo. Ni les oyeron ni leyeron sus cartas. Es seguro que don Felipe II no conversó con Ercilla, ni antes que viniera a estas Indias, ni después, cuando el soldado

poeta se estableció en Madrid. El rey don Felipe II no leyó *La Araucana*.

Ercilla era un vasco nacido en Madrid. Los vascos eran solicitados para el servicio de los nobles y de los ricos. Eran famosos como "mozos de espuelas". En dicha condición acompañaron alguna vez a los reyes en sus viajes compuestos con numerosos carruajes y gente montada.

Respecto de la dedicatoria de *La Araucana* al monarca, dice Medina: "¿Cómo recibió esta dedicatoria el monarca español? ¿Leyó la obra, o siquiera la dedicatoria? Es probable que ni una ni otra cosa".

Poco antes de su muerte escribió Ercilla, refiriéndose a su pluma: *Siempre ha dado en seco y en vacío...*

En asuntos atingentes a los nuevos dominios ultramarinos se ocupaba el Consejo de Indias. Después de leer los voluminosos tomos del doctor Marañón, titulados *Antonio Pérez*, comprendemos mejor la indiferencia de los monarcas españoles hacia los asuntos de estas tierras.

Mitos, mitos y mitos.

Cuando don Pedro González de Mendoza conoció el nuevo Estatuto hecho en Guipúzcoa, en que impedía que fueran allá "a morar o a casar", desde otras partes de España, exclamó: "¿No es de reír que todos, o los más enbían acá sus hijos que nos sirvan de mozos d'espuelas y que agora no quieran ser consuegros...?"

La carta de don Pedro de Valdivia, la del pie del Santa Lucía, ni la escribió Valdivia ni la leyó don Carlos V. Fue escrita por el "secretario de cartas". Según don Germán Riesco, junior, la calefacción en los antiguos inviernos consistía en leer la carta de don Pedro de Valdivia; donde dice que en Chile nunca hace frío.

¿Cómo se pondría de orondo Valdivia si pudiera mirar a la tierra en este 12 de octubre de 1958 para presenciar la caravana que le resucita vestido con utilería de teatro, en primer actor joven, cerca de linda Inés Suárez! La caravana del fundador en las calles de Santiago es la realidad transformada

en cuento de hadas. La realidad de los soldados sucios, prietos de sol y de lodo, andrajosos, seguidos por indios en miserables filas.

La historia más graciosa de la indiferencia de los reyes respecto de los americanos es la que contó el indio peruano González Lobo. Llegó a España a fines de 1679; esperando en ver al monarca. Después de tres años, mediante aventuras de novela picaresca, por entre laberintos de pasos, de pasadizos y de escaleras, después de sufrir innumerables plantones, conoció a otro que aguardaba como él, un aspirante a jardinero de palacio. Ambos recorrieron cada día el dédalo de pasillos y de antesalas. Le remitieron a casa de la baronesa Berlips, conocida por el apodo de *La Perdiz*. Todo el patio de la casa era antesala. "El poder de los magnates se medía por el número de postulantes que aguardaban en sus puertas". Finalmente, doña Antoñita Núñez, enana de la cámara del rey, se apiadó de él. Sólo quería besar los pies del monarca. Regaló a la enana un cintillo. La enana le llevó de la mano, por escalones, antesalas y retorcidas filas de palacios y guardias, hasta una puerta enorme y doble. Por fin. Estaba en presencia del soberano más poderoso de la tierra. Don Carlos II de España, hijo de Felipe IV y de doña Mariana de Austria. El indio González Lobo describió al soberano como sigue:

"Su Majestad estaba sentado en un grandísimo trono, sobre un estrado, y apoyaba los pies en un cojín de seda color tabaco, puesto encima de un escabel. A su lado reposaba un perrillo blanco. El encaje de Malinas que adornaba el pecho del rey estaba humedecido por las babas que fluían de sus labios. Todo él despedía un fuerte hedor a orines. Sus piernas eran increíblemente flacas. La enana Antoñita se le acercó al oído y le habló algo. Su Majestad me miró, pero en ese instante saltó un mono y distrajo su Real atención". (*El Hechizado*, por Francisco Ayala).

En *La Historia de los Agustinos en Chile* leí lo que contó en su estilo imponderable, el obispo Villarroel, de su viaje

en España. Dijo que los deseos de los criollos de inclinarse ante los reyes expiran en los umbrales del palacio real. Vituperó el celo de los ministros para alejar a los criollos del rey de España.

El marqués de Viana, palaciego, íntimo servidor y amigo del último rey, se jactaba de no querer conocer hispanoamericanos. Entre la verdadera nobleza madrileña la presencia de criollos rebajaba el nivel de distinción de las fiestas.

He dejado para el fin el asombroso caso de Hernán Cortés. Pobre, solo y olvidado, hallándose en la corte sin poder ver al emperador Carlos V, le aguardó a que saliera y se colgó del estribo de su coche. Fue alejado por los guardias, mientras el emperador, asombrado, preguntaba:

—¿Quién sois?

Cortés respondió:

—Soy el hombre que os ha ganado más provincias que ciudades os legaran vuestros padres y abuelos. Soy Hernán Cortés.

ESTATUAS DE CONQUISTADORES Y OTRAS

Agosto, 1961

Sufrimos invariablemente la desgracia de desear el cambio de todo cuanto nos rodea. Lo óptimo nos cansa y termina por fastidiarnos. Deseamos estrenos. Ortega y Gasset dijo que vivimos celebrando estrenos. Como niños malcriados, despanzurramos el juguete para ver lo que trae dentro. Total: destrozamos sin ton ni son. A veces dichos destrozos son iniciados mediante decretos de las autoridades competentes. Recordemos la destrucción oficial del magnífico edificio histórico —el mejor de todos los monumentos coloniales—, el puente de Cal y Canto, 1779-1888. Con todo el progreso material de ahora, con las enormes grúas y palas mecánicas, con hierro y cemento, podemos levantar buenos edificios, pero nunca lograremos repetir otro puente parecido a aquel que dio señorío al escuálido Mapocho.

Ahora, nuestro afán de cambio y de estreno se condensó en los monumentos de Baquedano y en el de los cocodrilos de la Plaza de Armas. El argumento para derrocar y poner otro en el lugar de este último consiste en la necedad repetida: "En Chile no hay cocodrilos".

En Londres, el tonto nacional diría: "Hay que cambiar el

escudo británico, por cuanto en Inglaterra no hay unicornios". En Venecia, diría con tamaña boca abierta: "Es preciso quitar los leones alados. En Venecia no hay leones".

El monumento raro, amenazado de muerte, me gusta. El monumento viejo de la Plaza de Armas es como un amigo evocador, muy distante. Era yo niño cuando hice la pregunta que han dirigido a sus padres cientos de niños: "¿Qué significa?" Es un monumento patinado por miles de días de sol, de neblina o de lluvia. Es un pedazo de la Plaza nuestra, y, por lo tanto, es nuestro, de nuestra sorprendente aventura que es la vida. Además de eso, tiene misterio.

¿Por qué han de quitarlo? ¡Ah, sí! Quieren poner en su lugar una estatua de don Pedro de Valdivia. Hay ya una estatua del ilustre fundador en la piedra heroica, en el Cerro de Santa Lucía. Se trata de una estatua fantástica, como todas las estatuas y los retratos que se hagan de un hombre que nunca vimos. En efecto, nadie podría decirnos cómo era y cómo vestía el conquistador extremeño. Ponerle gorguera en el cuello, como han hecho hasta ahora todos sus retratistas, es un absurdo. La gorguera, cuello de lienzo, plegado y alechugado, era un adorno caro y difícil, para lechuguinos perezosos de la corte. Mediten los pintores y los escultores. Durante la conquista no hubo almidón ni lavanderas de fino. En el asombroso ensayo de Germán Arciniegas sobre la *Vida del Conquistador Jiménez de Quesada*, leí lo siguiente: "Los conquistadores que ya saben de América abandonan los cascos de hierro y las cotas de malla. Visten armaduras de algodón. Parecen payasos o enormes figuras de relleno. Se adaptan al nuevo clima y la nueva guerra. Toman un aire mixto de nuevos indios".

Han pasado más de cuatrocientos años. En Cali levantaron un monumento al fundador don Sebastián de Belalcázar. El escultor español Victorio Macho hizo la estatua con apostura marcial, pecho levantado... y cabeza de Ramón y Cajal. Premio Nobel de Medicina.

Nadie podría afirmar que el conquistador Belalcázar era o no parecido a don Santiago Ramón y Cajal.

El Pedro de Valdivia del pintor Ignacio Zuloaga se parece a otro Premio Nobel, de España, a Juan Ramón Jiménez.

De don Pedro de Valdivia, del verdadero, sabemos poco. Desde luego, nunca obtuvo despacho del rey para poder llevar el título de don. En esto y en lo del retrato se topa con Cervantes. Ni fue don ni hay de él retrato auténtico. El ilustre cervantófilo Rodríguez Marín negó la autenticidad del seudorretrato de Cervantes atribuido al pintor J. Jáuregui, en 1600. En dicha fecha el pintor tenía diecisiete años, y no había empezado. El académico Pérez de Guzmán acompañó a Rodríguez Marín en la negación.

¿Cómo eran los conquistadores?

Un episodio, contado en la prosa agradabilísima de Ventura García Calderón, nos alumbra. Don Pedro de Alvarado viajó a la corte y regresó a Nueva España casado y con deseos de casar a sus compañeros de aventuras. "Nietzsche ha dicho que la mujer está destinada al reposo del guerrero".

Don Pedro ha llevado a Nueva España unas lindas españolitas, amigas de su mujer. Serán presentadas a los conquistadores. En una vasta sala esperan las posibles esposas a los conquistadores. Las lindas mocitas observan de hito en hito a sus pretendientes. De pronto, una de ellas, con mezcla de risa y de espanto en su cara prorrumpe con estas crudelísimas palabras:

—¿Con estos viejos podridos habíamos de casar? Doylos al diablo. Parece que escapan del infierno, según están estropeados, unos cojos y otros mancos, unos sin orejas y tuertos, otros con media cara, y el mejor librado la tiene cruzada una, dos y más veces.

Lo dicho. Es difícil hacer retratos o estatuas de celebridades anteriores a la ciencia fotográfica.

La estatua ecuestre de O'Higgins por el francés Carrier Belleuse es una adaptación del mariscal Ney a la historia chilena. De Waterloo a Rancagua. La estatua de Carrera es

una adaptación del general prusiano Blücher, por el escultor alemán Christian Rauch.

El colega don Luis A. Baeza me ha escrito unas líneas muy actuales respecto de la transformación de plazas con mudanzas de estatuas. Dice que el gasto subiría de 300 millones. Mejor estaría gastar dinero en obras más útiles, a saber: terminar el Matadero de Lo Valledor, transformar la Plaza Almagro, empezar el Metro, construir una nueva Casa de Correos, remozar el edificio de la Ilustre Municipalidad...

ROPAS DE LOS CONQUISTADORES

Octubre, 1940

En la *Explicación de América en el Siglo XVII*, por Germán Arciniegas, encontré diversos motivos de entretenimiento, de meditación y nutrición mental. Dice Arciniegas: "Le he oído a don José Ortega y Gasset exponer la tesis de que la Independencia de América empezó en la época de la Conquista. El ha estudiado las modificaciones que el idioma fue sufriendo en el momento mismo en que se redactaron las primeras crónicas".

En efecto, esas modificaciones en el español trasplantado provenían de la euforia de América, o aura americana. Así hemos llamado en diversas ocasiones a la naturaleza novísima que infundió el vergel del Mundo Nuevo en los invasores.

"En realidad —comenta Arciniegas—, el español que se fuga de la Península, que sienta en América el pie para hacer vida nueva, es un español que se emancipa".

Pero no tan sólo se emancipa el español que pone pie en América para quedarse y explorar. Parece que América hubiera esperado a los españoles o presentido su esencia para entregárseles, dejándoles al mismo tiempo prendados y arraigados en ella. Así, vamos a las pruebas: en 1861 el general Prim fue lanzado, mediante la Santa Alianza, a la conquista de

México. Pues bien: al poco tiempo el general español se penetró de las razones mexicanas, las alabó y se volvió a España para dar parte a la corte de sus decisiones americanistas. En Argentina ocurrió igual cosa al general Pinzón, cuyo encargo consistía en "bajar el moño a las repúblicas emancipadas de España" y, en cierto modo, devolverlas a la corona.

En la nota que Pinzón mandó a España, después de su entrevista con Mitre, manifestó su concordancia con la tesis del prócer argentino en lo que a ciudadanía de españoles en América se refiere. En efecto, el presidente argentino impuso su punto de vista, que en un principio era opuesto de fondón al punto de vista español, y consistía en lo siguiente: "el español radicado en Argentina dejaba de ser español para convertirse en criollo". Pinzón supo convencerse de que no se trataba de aforismo patriótico pedante, sino de realidad social en el Mundo Nuevo.

Cuando uno estudia de manera minuciosa los detalles de la historia en la precedencia al bombardeo de Valparaíso, se da cuenta de que muchos marinos hispanos reprobaban la política de Madrid. Sin embargo, no fueron siempre los funcionarios oficiales, los cortesanos o capitanes quienes más pronto se americanizaron, sino los colonos, los labradores, los artesanos y obreros diversos en campos y pueblos.

Según Arciniegas, más pronto amó a América el que trajo la primera pareja de cerdos que el portador del real sello, del auto inquisitorial o la bula papal.

Respecto al traje y aspecto de los españoles que se radicaron en América, me ocurrió comentar hace algunos años el caso con el joven dibujante de las obras históricas de Díaz Meza. En esos dibujos los conquistadores y sus damas aparecen vestidos a la usanza cortesana o guerrera de Europa.

—Están bien estos dibujos —le dije—, se ven muy hermosos esos conquistadores y sus damas, pero la verdad histórica es otra. Ninguno vestía de tal manera; no podían vestir así. Salvo para contadas ceremonias, los conquistadores apenas recordaban a las tierras de donde salieron. Ni en el atezado de sus rostros, ni en la reciedumbre de sus barbas y ca-

belleras, ni en la grosura de sus miembros y vientres, ni en sus armas o ropajes, se parecían a los peninsulares.

En efecto, basta meditar a medias en los hechos históricos conocidos para comprender que los invasores hispanos se vieron constreñidos a adaptarse a las escaseces, a los períodos largos de ausencia de comunicaciones, al clima, a los productos naturales y al contacto de los indígenas, cuyo poder de resistencia y absorción es notable.

El poncho, los colchonetes fibrosos de vegetales, las mazas de madera, las lanzas de coligüe, los estribos de madera, los pello-nes de cueros de ovejas y vacunos reemplazaron a las brillantes armaduras, las tizonas y arzones de antaño. ¡Y qué decir de la soldadesca hispana de Chile! Por algo nos llamaron rotos; esta última palabra es españolísima; Cervantes la usó a menudo.

Poco a poco el español se hizo americano, amó al continente nuevo y criticó de áspera manera las leyes no adecuadas y los nombramientos de personajes no americanos ni familiarizados con la tierra descubierta. Así se gestó la emancipación en carne española.

Respecto a los alimentos, la adaptación siguió un curso paralelo al de costumbres y vestimentas. El maíz constituyó la base de los elementos nutritivos en los neoamericanos. El maíz sagrado de los incas, cuyo cultivo, y es lo más maravilloso en la cultura del mundo antiguo, reemplazó las ollas, paellas, condumios o manjares de la Península.

En el admirable estudio del señor Arciniegas creo encontrar un pequeño error: consiste en la creencia de que los europeos no usan en su cocina "el maíz". En realidad no usan ni consumen en sus mesas "el maíz" europeo. Es preciso anotar que el maíz americano es de otra condición superior. Si el maíz de España constituye alimento de cerdos, de aves de corral u otra clase de seres inferiores, ello proviene de su pésima calidad, su mal gusto y dureza. En cambio, el maíz americano, en cualquiera de las formas en uso para el consumo, es de los *manjares más exquisitos al paladar humano.*

LAS MUJERES DE LOS CONQUISTADORES

Julio, 1949

Los indios acogieron a los españoles pacíficos o perseguidos como amigos. La diferencia de la constitución moral y social de la América del Norte con la nuestra consiste en que la del Norte fue colonizada, y la nuestra conquistada. Los indios fraternizaron y colaboraron con los españoles amigos, pero no con los verdugos ni con los saqueadores. Las pruebas abundan. El engaño y la humillación que sufrirían más tarde los indios en manos de los conquistadores se perciben en la primera carta de Colón a los reyes de España, cuando después de alabar la dulzura de los indios cuenta cómo "por blancas nuevas daban todo cuanto tenían". "Así todos, hombres como mujeres, después de haber el corazón seguro de nos, venían que no quedaba grande ni pequeño, y todos traían algo de comer y de beber, que daban con un amor maravilloso". Más tarde los engaños, los robos, los raptos de indias y los trabajos forzados cambiaron el amor en odio. En Madrid es corriente todavía la expresión "hacer el indio", esto es, dejarse uno engañar con ingenuidad. Dicha expresión proviene de la Conquista, así como "vale un Perú", "oro de Indias" y otras.

— El español solo, antes de las depredaciones en masa, era no solamente un huésped de honor en ranchos de indios, sino un modelo. No pocos españoles, en mayor número andaluces, intermedios de blancos y negros, encontraron acomodo entre los indios mediante el amor de las indias. A estos desertores por docenas se deben en mayor parte de lo que creen los historiadores las primeras victorias de los indios sobre las armas castellanas. Cuando llegó Almagro a Chile ya había en este país dos españoles, Calvo Barrientos, en el valle de Aconcagua, y Antón Cerrada, en Conchalí. Calvo Barrientos era de Sevilla, jugador, enamorado y tal vez ladrón. En el Cuzco había sido condenado a la pena de azotes y a perder las orejas. En la prisión de dicha ciudad se hizo amigo y confidente del inca en desgracia, Atahualpa, cuyas órdenes eran obedecidas en todo su imperio, en los tambos y templos. En Colina, donde ahora están los baños, había un templo quechua dedicado al Sol. Atahualpa dio a Calvo Barrientos su insignia imperial, el alkamari, la borla y una malla de metal que le dio fama de inmortal y que no se sacaría ni para dormir. Además de eso Calvo Barrientos obtuvo para compañera una india de doce años, de la que se había enamorado. Tanto Cerrada como Barrientos vivían rodeados de hijas e hijos mestizos.

Cuando desembarcó Hernán Cortés en las costas de México, supo de seis españoles que vivían en buena armonía con los indios de Yucatán. Uno de ellos, Jerónimo Aguilar, se embarcó en una de las naves españolas para volver a ser soldado del rey. Había otro, un marinero de Palos de Morguer, casado con hermosa india. Se negó a seguir a los de su tierra. Estaba contento con su mujer y sus hijos. No olvidemos la extremada juventud de los conquistadores en la primera etapa. Las indias quedaron seducidas por la presencia de los jóvenes barbudos, de miradas centelleantes; su preferencia por ellos antes que por los indios es un hecho histórico, prolongado en las criollas. Se trata de blanquear y de entrar en el orden europeo. Del otro lado del problema, o

encima, el español manifestó mayor simpatía por las indias y por las mestizas que por las mujeres europeas. Era más fácil gobernar y ser gobernados por indias. El caso es que muchas veces repudiaron a las mujeres blancas por su costumbre de tratar con indias. Cortés, como Valdivia, demostró afición indudable por las mestizas o por las españolas mestizadas antes que por su esposa española.

Cortés no hubiera conquistado México tan fácilmente sin la inteligencia silvestre, la agilidad y la magia o sexto sentido de los habitantes del Nuevo Mundo, concentrados para él en la gracia femenina de Malinche, o Marina, su querida. ¡Qué opaca, pobre y desesperante por su ausencia de inquietudes y de horizontes debió parecerles a esos jóvenes españoles la vuelta a su Extremadura, dominada ya por el caciquismo, los vedados y la rutina implantados por la ociosa nobleza! Hernán Cortés tuvo seis hijos, entre legítimos y naturales. Además de Marina, tuvo por querida a otra india tabasqueña. En hombres así es casi absurda la esperanza de un acomodo con el hogar a la castellana, normal y dirigido por el ama legítima. La llegada de doña Catalina Suárez, la esposa legítima de Cortés, es un desastre impuesto por las buenas costumbres. El choque final proviene de las pretensiones de doña Catalina para usar de los criados indios sin intervenciones de terceros. Quiere ser el ama a la manera burguesa. Doña Catalina llora con desesperación. ¿Para qué vivirá una? ¡Quiera Dios llevarme de este mundo! La misma noche se escuchan en el palacio de Cuernavaca gritos y golpes. Las criadas y esclavas encuentran a doña Catalina muerta. Ha sido estrangulada por el conquistador. Hagamos un esfuerzo mental para entender que esos hombres ya no podrían ser lo que fueron al salir de España; vivían como sobrecogidos o deslumbrados en los imperios que forjaban donde todo era suyo hasta donde podían abarcar con los ojos para dondequiera los pusieran.

Las indias en ese mundo nuevo les resultaban más equilibradas con su nuevo género de vida, con el clima y con la

geografía. Sobre todo, más dóciles y respetuosas. Todavía eran un poco divinos e inmortales en cierto sentido para las naturales de América. No es raro que Valdivia se resistiera a traer a su burguesa del sórdido y terroso pueblo donde él mismo hubiera vuelto a no ser absolutamente nadie.

La historia de la atracción de las indias por los españoles y de éstos por ellas es larga. Pedro de Candia, especie de periodista en la expedición de Pizarro, dice: "Muchos de sus hombres quieren desembarcar en Túmbez. Molina declara que él se quedaría para siempre casado con una docena de indias". Hay indias jóvenes, inalterablemente amables, finas y sonrientes.

Viven sin leyes, como aletargadas. América es la *sieste éternelle du genre humain*. Pájaros maravillosos cruzan por los aires, y hacia todas partes se abren horizontes esperanzados; los ruidos de las aves, de los insectos, de los animalillos y de los cazadores se conciertan en melodías encantadoras. En las diversas regiones las indias sirven de intérpretes y de aliadas. Hernando de Soto, en 1539, al pasar por los terrenos pantanosos de Everglades, encontró a un indio desnudo, tatuado, con plumas en la cabeza. Se llamaba Juan Ortiz y era sevillano como Barrientos. Había pertenecido a la tropa de Pánfilo de Narváez en la Florida. Prisionero de los indios, debió la vida a las muchachas indias. Según dijeron, era "demasiado joven y hermoso para perecer". Se casó con la hija del cacique.

El viaje de Alonso de Monroy al Perú, excitante como película de cowboys, nos brinda nuevos aspectos. Cerca de Copiapó la expedición de Monroy sufrió el ataque de los indios; perecieron los españoles, menos Monroy y Miranda, que fueron conducidos prisioneros delante del cacique. Vivía entre los indios un desertor español llamado Francisco Gasco. Una india se interesó por los prisioneros y les salvó la vida. Gasco tenía hijos mestizos de india (1541).

A Valdivia se le conocieron tres o más concubinas, entre otras Inés Suárez, María Encío y Juana Jiménez. Los inven-

tores de blasones procuran darles origen nobiliario a las tres. Hay datos para creer que María Encío fuera mestiza o mulata. Inés Suárez provenía de Tierra Firme y no hay datos precisos respecto de su origen. Valdivia era enemigo de los nobles, jugador y mujeriego. En Andacollo, 1554, el andaluz Andrés de Alcántara Cepeda tuvo hijos de la india Taliguina.

Don Alonso de Ojeda, conquistador a las órdenes de Colón, tuvo por concubina a una india llamada por él Isabel. Murió en Santo Domingo, dejando algunos hijos de ella. Lo enterraron, y en su tumba la india amiga se recostó para no levantarse; los frailes la encontraron abrazada a la piedra sepulcral: muerta.

Pizarro tuvo en Angelina, hija de Atahualpa, un niño a quien se bautizó con el nombre de Francisco. En doña Inés Huaylas o Yupanqui, hija de Manco Cápac, una niña. Nunca quiso casarse. Por real cédula los hijos de Pizarro fueron declarados legítimos. Pizarro era plebeyo y ahora los genealogistas, inventores de abolengos, le han pintado escudo de oro con piñas, lobos empinantes y pizarras en trono (Ricardo Palma).

Según Encina, fue una india la mujer que salvó la vida de don Alonso de Ercilla, cuando imploró la piedad de don García Hurtado de Mendoza. A dicha india debemos el milagro llamado *La Araucana*. En el proceso que se instruyó a don García en Lima, en 1561, hay dos cargos interesantes para esta relación: Uno: había escrito de su letra que valía más gobernarse por una india que por una p... soberbia. El historiador don Miguel Luis Amunátegui agrega: ¿Lo diría por Inés Suárez o por María Encío? El cargo 147 dice que don García se gobernaba por una india.

En 1601 el mestizo de español y de india Lorenzo Baquero, natural de Quito, y resentido por malas palabras y mal trato, se sublevó con setecientos indios contra los españoles en Osorno y los derrotó. En 1620 el alférez Diego Ruiz de la Ribera, de 16 años, casó con la hija de un cacique por consejo de su capitán.

En 1600 Quiñones calculaba en sesenta el número de soldados españoles que se habían pasado a los indios. El clérigo Juan Barba se enamoró de una india, desertó y se convirtió en director de indios (Encina). Jerónimo Bello y Juan Sánchez, españoles, cayeron en 1600 con cuatro mil indios sobre Valdivia. Estos españoles eran resentidos. La palabra resentido tendrá más tarde un significado incalculable. Comenzaban las luchas de castas, las personas se miraban de manera inquisitiva concediendo creciente importancia al aspecto físico y al cutis. Las mestizas más blancas se creían superiores, más decentes, y se daban importancia. Les agradaba rodearse de criadas y de esclavas. A los hombres aficionados a las indias, a las mulatas y a las mestizas muy marcadas, les llamaron *chineros*, nombre expresivo que hasta hoy se conserva y es un antídoto defensivo de las mujeres de la clase alta. María Encío se hizo llamar la atención de la Audiencia por andar trayendo amuletos que tenían la virtud de devolverle el cariño del marido, abuelo de la Quintrala, y apartarle de las indias. Don Gonzalo de los Ríos se adivina como precursor de los *chineros* en Chile. Se decía que el hombre que probaba india no podía en lo sucesivo gustar de blanca; quedaba como embrujado.

VASCOS Y EJECUTORIAS DE NOBLEZA

Agosto, 1949

Es preciso encontrarnos algunas veces con personas inteligentes, despojadas de complicaciones y de vanidades, para comprender ciertas cosas como son. A estas personas les atribuyen los franceses una gracia divina llamada *esprit*. He tenido la suerte de enriquecer mis datos referentes a las familias próceres chilenas, gracias al conocimiento de dos personas de la ilustre familia de Amunátegui, tan nombrada por el talento y la bondad de sus varones, como por la belleza de sus mujeres, ninfas inolvidables en el paisaje santiaguino. Claro que hay excepciones en todo. Me refiero en este caso a don Domingo Amunátegui Solar, caballero que fue amable en su sabiduría y generoso en la expansión franca de sus conocimientos. Don Domingo no hacía méritos vizcaínos con ejecutorias dudosas de nobleza, derivados de su apellido de carátula, sino que recordaba la parte africana de uno de sus antepasados por el lado materno: don Domingo Valdés y González Soveral, nacido en Lima y vecindado en Santiago, donde casó, en 1730, con doña Francisca de Borja de la Carrera y Ureta. Aparte de rodeos, el caballero limeño era un vivo símbolo de la natural simbiosis colonial de blancos y de negras. En suma: un arrogante mulato.

A veces los apellidos que llevamos inducen a errores y falsas apreciaciones. Un señor puede ser conocido del público el nombre ultrancieramente vasco de Inchaurrendieta, proveniente del padre, sin tener casi nada del carácter ni del tipo de los verdaderos vascos, por el hecho de que sacó los rasgos físicos y el carácter de algún antepasado de la línea materna. Un Inchaurrendieta y Zugaznabarreta puede ser en la realidad biológica menos vasco que un Smith cuya madre descienda por línea paterna de un abuelo de Vizcaya.

Creo que el pleito social entre las personas con apellidos vizcaínos y las personas con apellidos extremeños o castellanos es absurdo, por cuanto ni los primeros parecen vizcaínos, ni los segundos parecen extremeños o castellanos. Después de la tercera generación no conservamos de la Península ibérica otra cosa que el idioma, la soberbia y el catolicismo, bastante diluido. El criollo no ha podido ser católico fanático y blasfemador como el español. Conozco a una dama chilena, no muy observante, pero bien educada, que pidió separación de su esposo español por no poder tolerar las veces que su esposo lanzaba expresiones deshonestas referentes a Dios, al copón y a otros símbolos litúrgicos. Es demasiado decir que las características raciales se pierden en la tercera generación. A veces los rasgos europeos se pierden en el emigrante a los pocos años de respirar el aire andino. Lope de Aguirre, el vasco de Oñate, se sublevó contra Felipe II después de descubrir que ya no era de allá, sino de aquí; Aguirre era pequeño, flaco de carnes, bullicioso y charlatán. En 1567 proclamó que "se desnaturalizaba de los reinos de España". No cabe una expresión más directa y precisa para indicar el proceso de americanización, que a la vez implica el fin del orden europeo, al que nunca más lograron habituarse los conquistadores. Los vascos que exploraron y conquistaron las maravillas de la América virgen superaron a los vascos de España, con o sin blasones. En cierto período histórico, las condiciones de vida en Vizcaya fueron duras para los segundones y para los desposeídos de señoríos; por

lo mismo los jóvenes emigraban a Madrid, a Sevilla y a las Indias; no sentían reparos para ofrecerse en calidad de mozos o de pajes a los nobles castellanos y a los reyes; era un pretexto para acercarse a los poderes y conseguir ulteriores situaciones. El secretario de Isabel la Católica, Hernando del Pulgar, escribió al cardenal Mendoza una carta con motivo de haber prohibido los guipuzcoanos que sus familias entroncaran con judíos conversos. Dice así: "*Sabido avrá S. S. del nuevo istatuto fecho en Guipúzcoa en que ordenaron que no fuésemos allá a casar ni morar... ¿No es de veír que los más enbían acá sus hijos que nos sirvan de mozos de espuelas, y que no quieran ser suegros de sus servidores?*"

Los pajes eran a veces mozos de espuelas; pertenecían a la servidumbre y no podían usar espada mientras duraba dicho estado. Don Alonso de Ercilla no usó espada mientras sirvió de paje, en medio de cientos más, seguramente sin divisar al rey sino de bastante lejos, durante el viaje de éste a Londres. Ercilla se formó aquí. Sin Chile no hubiera volado a la inmortalidad. Lo curioso es que de vuelta, en España, se convirtió en prestamista de dinero sobre alhajas. Sin duda, Chile recogió de él lo celestial, y le dio alas.

Los vascos se ennoblecieron en Chile; esto es exactamente lo contrario de lo que buscan los genealogistas. Pretender que todos los vascos son nobles de nacimiento es solamente un juego de palabras; he visto en Guipúzcoa mozos, labriegos, gañanes, villanos, señoritas y ayudas de cámara como en todas partes. El mismo apellido puede gastarlo un ignorante, un sabio, un tabernero y un gran señor. Los primeros gemelos (colleras) de oro que tuve los empeñé en Valparaíso en *La Bola de Oro*, donde me despachó el propio dueño, un señor Ugarte, de muy buen aspecto. En nuestro país la familia Ugarte es de primera fila en la aristocracia vasca. En agosto de 1944 fue asesinado por otro español el dueño de la agencia *El Vapor*, en Valparaíso, calle Cajilla; este agenciero se llamaba Aguirre Bilbao, otros dos apellidos de los que en Chile han conseguido ejecutoria de nobleza. Tengo para mí que

en 1960 la imaginación fecunda de nuestros genealogistas hará descender a la familia Yarur de Mahoma. *En attendant* tenemos el Libro de Oro de la colonia árabe.

La gente de Vizcaya es esbelta y bien formada. En España las mujeres más elegantes son las bilbaínas; elegantes y sencillas. Durante el veraneo en San Sebastián, las más ricas van al Paseo de la Concha con boinas y alpargatas. El gran señor vizcaíno se parece a los lores británicos, como ocurre con algunos Larraínes y algunos Echeverría chilenos que han conservado los rasgos esenciales de los vascos. Las chilenas más bonitas de la clase alta son las de origen afrovasco, esto es, las que proceden de cruzamientos entre descendientes de vizcaínos y de mulatas, o de mezcolanzas con las familias que ahora han blanqueado bastante, pero en cuyos rasgos persisten las señales de los antepasados africanos: Egaña, Valdivieso, Montt, Cuevas, Blanco, Zañartu, Gandarillas, Valdés, Casanueva... Se trata, como vemos, de apellidos brillantísimos, y al enunciarlos se derrumba la leyenda de la supremacía de los blancos en América. Casi todos nuestros presidentes tuvieron la dosis africana que equilibra y entona. Otras familias de origen vizcaíno entroncaron en el bosque semítico: Matte, Jordán, Hertz, Salomón, Pinto.

La Bolsa, las antigüedades, los Bancos, la bibliofilia, son atracciones semíticas; la música, la heráldica, los títulos pomposos y las tendencias monarquistas, son afinidades africanas. Lo vasco es lo acérrimo: la soberbia, la gravedad, la elegancia corporal, la virilidad y un tono general duro, con tendencias a la burla demoledora.

Don Gabriel Amunátegui, hombre que hizo prodigios para destruir su natural distinción y talento, sin conseguirlo, suele decir:

—Los Amunátegui llegaron después de la Conquista. Sintieron hambre después que los otros.

Es difícil sintetizar con menos orgullo un record de familia. Hay chispas de humorismo británico que le permiten reunir y distribuir las palabras con gracia y elegancia. Tiene

cuatro colores por lo Amunátegui, lo Swinburn, lo Jordán y lo Valdés. En ciertos casos es difícil definir a las personas por los apellidos: nos inclinamos a estudiarlas en sus tics, en sus expresiones, en las formas de sus narices y de sus labios. Del reverso de tantas mezclas y condiciones suele salir lo menos lógico: Gabriel Amunátegui piensa y vive como un francés.

Lo peor que se puede afirmar de los negros africanos en Chile es que el clima los destruyó. Si dijeran que vinieron pocos y que de pronto no vinieron más, sería mejor. Atribuyo en parte la vitalidad de las familias de origen vascongado a la saludable cantidad de tónico negro que han ingerido. La fortaleza de la sangre negra preserva al europeo del clima andino, del proceso de evolución enfermiza que a no pocos enloquece. El shock andino se transforma en energía; la sangre europea recibe la combinación negra; aquí en Venezuela una pequeña dosis de sangre negra ha sido benigna. Las personas más eufóricas y activas de nuestra sociedad contuvieron esas chispitas de salud. Los vascos dotados de sangre negra son los más vascos legitimistas, y un fenómeno latente de esta naturaleza sólo podría entenderse si decimos que esa sangre ha servido para dar relieve y vida a la parte europea del individuo que el clima andino se esforzaba en destruir.

La prueba de que los vascos se ennoblecieron y prosperaron en Chile consiste en que los apellidos de más fama en dicha lengua son los chilenos y si hubieran permanecido en Vizcaya languidecerían en sus villorrios tan anónimos u oscuros como cuando salieron de allá.

Lo que nos falta ahora es ser sencillos. En vez de pelear unos y otros, los de origen vasco, los de origen castellano, los indoandaluces y los afrovizcaínos debieran darse las manos. Conversar hace blanquear la dentadura; pelear hace cariar las muelas. Dijo Marcel Proust: "El rasgo más sobresaliente de la princesa Matilde Bonaparte es en efecto la sencillez con que habla de todo lo atingente al nacimiento y a

la clase social. ¡La Revolución Francesa! Le oí decir una vez:
“¡Sin ella, yo estaría vendiendo naranjas en las calles de Ajaccio!”

¡Cuántos de nosotros, vascos o castellanos, si no fuera por la conquista de América, estaríamos vendiendo alpargatas en Guipúzcoa, o barquillos en Sevilla!

LA BELLEZA DE LA QUINTRALA

Noviembre, 1949

Entre las diversas clases de bellezas, la primera, la más importante e inmediata, a manera de cédula personal y a la vista, es la física. Personas hay que guían sus apreciaciones respecto de los caracteres humanos por el aspecto de las cabezas. El obispo de Santiago contemporáneo de la Quintrala, don Gaspar de Villarroel, fue requerido por el historiador de la Orden de los Agustinos en Lima, padre Bernardo de Torres, para que le diera datos de su vida. El obispo Villarroel dijo así: "Nací en Quito en una casa pobre, sin tener mi madre un pañal en que envolverme, porque se *había ido a España mi padre*. Dicen que era yo entonces muy bonito, y, a título de esto, me criaron con poco castigo".

El extracto que tomo de lo escrito por un religioso de tanta reflexión y experiencia como Villarroel contiene pasta como para fabricar abundantes caldos históricos. Primero lo de bonito y después la huida del padre para no regresar nunca, ni dar noticias; a estos padres se los traga la tierra, y su frecuencia es un importante factor social americano. Es el mismo de la vida de Gabriela Mistral, para citar otra cele-

bridad. Español el padre de Villarroel. Se casaban por necesidad con indias; más tarde se arrepentían, o anulaban sus matrimonios americanos (que ya se dieron casos en la Conquista), y se marchaban a España como nuevos. El niño bonito es otro punto que nada tiene que ver con éste. El niño bonito es la obra maestra de la madre; en América mucho más si es rubio y de ojos claros. En el niño bonito todas las reacciones serán diferentes o sui géneris. Hay personas "como los burritos", lindas en la niñez y feas en la madurez. El caso es más corriente en nuestra América por efecto del clima devorador del europeo. Las personas, en los dos sexos, cuando pierden la belleza natal suelen manifestar su despecho en formas diversas, siempre violentas, así sean internas y disimuladas, o exteriores y visibles. Las mujeres ricas que fueron bonitas y aduladas, cuando dejan de ser bonitas se resisten a creer que se trata de algo fatal, inevitable y personal; antes al contrario pretenden que la sociedad entera es víctima de un desastre. Según ellas, todo se ha vuelto feo: las costumbres, la sociedad, la educación y el gobierno; recuerdan sin cesar sus tiempos dichosos, sus antiguas amistades y las buenas maneras de los hombres de su juventud, comparándolas con la grosería del presente, y achacan la indiferencia o frigidez sexual de los hombres modernos para con ellas a la decadencia general. Estas damas, agriadas y agresivas, descargan de preferencia sus iras en las personas más jóvenes y de aspecto feliz. Finalmente se recluyen en sus aposentos o se enclaustran. Es el caso de la célebre condesa de Castiglione, bella intrigante politiquera y espía del Segundo Imperio, que al final de su vida se cubrió el rostro con un velo espeso de musulmana para que nadie pudiera verlo nunca más, y así paseaba como un fantasma del Imperio por la calle que hoy lleva su nombre. Trescientos años antes que la Castiglione, una chilena politiquera y severa como ella huía de Santiago a sus cerros de La Ligua, cubierta con el antifaz de sus *antojos* para que nadie la importunara, lejos de las miradas lancinantes y burlescas. El descontento del físico per-

sonal es una enfermedad de los cerebrales, tanto en las mujeres como en los hombres.

Pierre Loti cuenta que para la celebración del matrimonio de una de sus hermanas le pusieron un traje de pajecillo, con cuello de encaje, y en el trayecto escuchó que decían: *Il est gentil*. "Nunca pude olvidar esta frase de elogio —dice Loti—, por cuanto *yo no soy mi tipo*. No me gusto nada, y uno de mis mayores deseos consistiría en cambiar de físico". Lo peor en estos artistas como Pierre Loti consiste en que el aspecto corporal decae casi siempre en la proporción contraria al encumbramiento espiritual. La lucha para equilibrar al cuerpo con el espíritu es grotesca, y de ello emanan no pocas desgracias. Loti era pequeño, de pie breve y de aspecto extraordinariamente vulgar. A veces una fealdad de Cuasimodo, diabólica y capaz de asustar a los niños, vale más que una figura vulgar e inofensiva. Todos hemos conocido hazñas de ciertos chiquitos feos de irresistible gancho para las mujeres.

La literatura o vida interior de Loti es como un anhelo profundo de ser otro, y no él mismo. Ante todo deseó volverse turco, algo así como sultán quimérico. En su casa se hizo arreglar una mezquita para dormir y soñar en ella. Pero no tuvo nunca la majestad de un turco. Entre mis libros hay uno de Francis Jammes, que cuenta cómo vio a Loti. Veamos: "Tenía Loti más o menos 45 años. Es la única vez que le vi. Su imagen vive en mis recuerdos. Fue en vísperas de una fiesta que daban en honor de Natalia de Servia y de su hijo Alejandro. Loti dio orden de que le llevaran a su cuarto un vaso de leche pura y un huevo crudo. En seguida subió para mudar de ropa; cuando bajó a las diez había reemplazado el traje gris por el uniforme de marino, tan constelado de cruces y de medallas que sobrepasaba el ridículo. Parecía uno de esos guerreros japoneses cantados por los parnasianos; un crustáceo incrustado con piedras preciosas. Su nariz se proyectaba entre los pómulos pintados y en sus ojos redondos un abismo se abría en quién sabe cuál negra noche.

Esos ojos reflejaban la compasión y el recelo, y hacían olvidar el maquillaje. Con el cuello tieso caminaba lentamente, encima de sus tacones elevados, mecánico y solemne. Al día siguiente, antes de retirarse, lamentó que en Francia no pudiera vestir de beduino como tenía costumbre de hacerlo en el desierto de Sahara". La verdad: esos hombres chiquitos producen pena solamente cuando disfrazan su pequeñez. Otra parte de la genialidad de Napoleón consistió en que nunca tuvo miedo de ser chico. El poeta Heine estuvo presente cuando las tropas francesas ocuparon Dusseldorf, con Napoleón al frente montado en *Marengo*. Llevaba un piro colgado del cuello. Le hubiera bastado silbar para que todos los príncipes de Prusia y los magnates gigantescos de Alemania le hubieran entregado sus castillos.

Hemos sacado expresamente entre las figuras del Grevin de la memoria este grupo, con la intención de poner en medio un retrato imaginario de la Quintrala. Es imprudente dar crédito a las reconstituciones históricas, y lo más valioso en dichos casos es el autor, a causa de su poder intuitivo, sus estudios de la materia, la hondura de su reflexión y la experiencia. ¿Cómo era físicamente la Quintrala? Mi parecer me dice que era fea, pequeña y finalmente antipática, lo cual no implica que yo desprecie las tesis contrarias. El "retrato" de la Quintrala publicado en *El Mercurio* de octubre de 1942 y que dicen fue encontrado en la chacra de Tobaraba, además de haber sido ignorado por la modelo, esto es, por la propia Quintrala, muy minuciosa en sus inventarios, carece de veracidad en el indumento y en el peinado, y nada hay que abone la seriedad histórica del hallazgo. Esta ausencia de datos directos nos constriñe al descubrimiento de los caracteres físicos de nuestra Catalina mediante métodos que nos recuerdan el del célebre astrónomo Le Verrier, en su acierto respecto de la existencia y posición del planeta Neptuno. En pocas partes de la tierra las personas se observan unas a otras tanto como en nuestra América. La observación de unos a otros peca de objetiva.

Por lo mismo es extraño que nadie fijara en su retina la belleza de doña Catalina de los Ríos (Quintrala). No hay mención de ella, y sorprende, por cuanto las mujeres bonitas, lejos de caer en los osarios del olvido, dejan en las generaciones contemporáneas un perfume agradable que se transmite a las herederas, y es el agradecimiento de muchos ojos que se complacieron en su contemplación. Antes que por otros detalles diferenciadores, la historia califica a las mujeres por su aspecto físico. Sabemos así que eran bonitas Helena, Friné, Aspasia, Cleopatra, Beatrice d'Este, La Fornarina, Ninon de Lenclos y madame Récamier. El tiempo de nuestra infancia se prodigó en bellezas femeninas algo más aparatosas que las de ahora; los cuerpos bien alimentados y con tendencias a la inflación prestigiaban los vestidos que traían de París las hormigas de la moda con nombres tan evocadores como Georgette; nosotros admirábamos las bellezas de entonces, con fanatismo respetuoso, y corríamos para verlas pasar con sus esponjadas y frufrutantes campanas de rasos y de encajes. Vestido que no sonaba no valía. No pronunciamos sus nombres para no envejecerlas, aunque los retenemos, y es raro, por lo mismo, que ningún historiador haya dicho la palabra bella o siquiera bonita en tratándose de tan principal mujer como la Quintrala. Las mujeres feas son más hacendosas que las bonitas, y eso sí distinguió a la Quintrala: el espíritu adquisitivo, administrador y severo. Las mujeres feas cuidan su hacienda, que es su fuerza. Las bonitas agradecen que uno alabe lo que menos tienen: orden y poder creador. el carácter de las bonitas es apacible o contento: las feas suelen agriarse. De los Estados Unidos trajeron la noticia de un sistema novísimo para regenerar a cierta clase de malvados incorregibles y con defectos físicos humillantes. El sistema consiste en hacer con ellos experimentos de cirugía facial para embellecerles. Parecido es el sistema de "componer" las caras de las locas en los manicomios mediante cuidadosos maquillajes, y en seguida ponerlas de manera sorpresiva frente a buenos espejos. La inquietud vengativa y la es-

tritez casera de la Quintrala no son propias de las bonitas; se torturaba demasiado, y por lo mismo ardía en inquietudes matadoras. Es entretenida como un incendio. Sus llamaradas alegraron la crueldad callada de la Conquista. En cierta ocasión afirmé lo mismo que estoy diciendo: era *foa*. Las personas mal informadas, que siempre están al acecho, replicaron: "Era preciosa: los hombres se morían por ella". Quiero que un estudioso, con la historia en las manos, me pruebe una sola ocasión en que a la Quintrala no le haya ocurrido todo lo contrario, esto es, *ir tras de los hombres que no la querían a ella, sino a otras*. El drama finca en eso precisamente: en la persecución por ella de hombres jóvenes y blancos, gobernadores, hijos de gobernadores o capitanes. Era chilena de cuatro generaciones, con un tronco maternal indio, y por eso buscó desesperadamente la manera de perpeutar la parte blanca de su sangre. Finalmente fondeó en un hombre viejo, apocado y con hijos naturales. Matrimonio de *raison*, de intereses. Campofrío fue un justificativo de su nombre.

Pequeña y tal vez gruesa. ¿Por qué razones? El apeadero en la puerta y el piso de plata para encaramarse en el caballo. La sangre india trae piernas cortas y rollizas. ¡Perdóname, oh Quintrala de los dibujantes y de los poetas, vestida como en los cuentos de Calleja, con terciopelos, plumas y escarpines de seda, yo te veo en cama, en el rancho abierto, con ventanas sin vidrios y puertas de cueros velludos, con una caña larga en la mano para espantar las gallinas! No eras bonita ni elegante, pero valiente, altiva, sufrida y dura como piedra fundamental de nuestra sociedad. En ti se batieron todos los gérmenes mejores de todas las mujeres chilenas; no fuiste caso aislado, sino parte inicial de la serie, o producción a la *douzaine* del stock femenino nacional. Fuiste la mujer superior entre hombres debilitados por las guerras y el mestizaje. No te merecieron, y tan física era en fin de cuentas tu belleza como la otra.

ORIGEN DE LA PALABRA QUINTRALA

Junio, 1948

A veces estas crónicas son extractos, substancias, o Liebig, obtenidos después de estrujar las materias. Para poder describir algo aproximado a nuestra famosa Quintrala, el cronista deberá leer lo menos diez libretos, empezando por la historia de los agustinos en Chile. Es indispensable asimismo leer algo de gramática y de costumbres mapuches o araucanas. Después podremos ir acercándonos a la meta para dar un *placé*, sin salir por eso de perdedores. Se ha dicho que la palabra Quintrala deriva de quintral, nombre de un parásito vegetal, o muérdago, nocivo para la agricultura. Esto me parece falso. Voy a decir mis razones.

La raíz quin, o quim, en araucano, es usada casi siempre para dar firmeza a la expresión siguiente. De mis lecturas entiendo que quin significa que puede, que sabe o que conoce. Así, por ejemplo, quintil es un fruto que sirve para teñir. Quintil es fruto del algarrobo; se usa como medicina y se extrae de él una substancia para hacer tinta. El quintral es una especie de muérdago de flores rojas que se usan para teñir y para hacer "liga". Este muérdago, parásito de ciertos árboles, pasó a convertirse en peligro para la agricultura a-

gunos siglos después de la existencia de la Quintrala, especialmente cuando llegaron los primeros álamos. Si en tiempos de doña Catalina el quintral era usado en la industria de tejidos, en la del tocador y en la cetrería, es absurdo pensar que le dieran un nombre derivado de esa mata, con intenciones peyorativas u ofensivas. Ni lo hubieran usado para con ella sus familiares, como ocurrió. Tampoco se podría creer que derivara de un diminutivo de Catalina; a las Catalinas les dicen Catas o Catitas. Pensar que el diminutivo pudiera derivar en Catrala es poco aceptable. En casa de doña Catalina debieron conocer tanto el castellano como las voces nativas americanas. Para entenderse con su servidumbre, en el campo sobre todo, es seguro que usaban expresiones vernáculos. El lenguaje mapuche o araucano es poco preciso. Se ha dicho que una misma palabra es empleada de una manera en tal familia de araucanos y de otra manera en la familia que vive poco más allá. Cuando no hay autoridades encargadas de fijar valores precisos a las palabras, éstas se convierten en sonidos caprichosos y variables conservando solamente intenciones primitivas de onomatopeya. Así, por ejemplo, Llollehue se convirtió en Lolloe; Tralca se convirtió en Talca. De otra parte, diversos idiomas indígenas americanos influyeron en nuestro territorio. Antes de la llegada de los conquistadores españoles, Chile había sido conquistado hasta el Maule por los emperadores peruanos. Como vemos, ya estamos medio internados en el entretenido laberinto. Los encomenderos hacían poco caso de pragmáticas y leyes de Indias, las que eran percuridas en el trayecto y burladas en la arribada. Vivían como reyezuelos y se amaizaban, o americanizaban.

En Cuba dicen aplatanarse por la persona foránea que se deja embrojar por las costumbres de la vida. En Brasil, en Colombia y las regiones amazónicas hablan del embrujo llamado amaniguamiento. Se trata de la querencia por la manigua o selva, no obstante sus peligros y asechanzas. La familia Lisperguer me hace el efecto de haber sido embrujada

por la tierra, en La Ligua. Primero embrujados; después brujos. Vivían, vestían y pensaban como caciques y cacicas. Por lo mismo, Catalina llevó con orgullo su nombre de la tierra.

Quintrala, Catrala o Catralca, según mis intuiciones, deducciones y lecturas, significa una personalidad prodigiosa, agresiva y vigilante, que suele producir estruendo, algo reunido entre vigía, mujer de fuego, persona que conduce armas terribles y que puede producir mortíferos fogonazos. Kin, quim o quin, da fuerza a la palabra Tralca, o trala, Kim, que conoce, que domina o maneja. Kinmapu quiere decir tierra que resuena. Así como en los idiomas antiguos la idea de fuerza y de violencia condensaba en bla, bal o bel, así en lenguaje de indios chilenos la fuerza, la violencia, el trueno y el estallido de las armas de fuego condensaba en la voz Ka, y más acentuada en tralka, o tralca. Talcahuano proviene de Tralkaweño, trueno de Dios. Tralka significa asimismo arma de fuego. Es como el burdulka de los vascos.

Según Zozaya, la expresión bal, bel, bala y palo tiene el mismo origen bélico. En el lenguaje araucano, el estruendo requiere el aumentativo ca o ka. Al cazador de pájaros le llaman tralcatufe. De todo lo cual se infiere lo antes expresado: Quintrala, Catrala y Kimtralka, como quieran escribirlo, se traduce en mujer cazadora, mujer armada, o mujer temible, capaz de producir descargas. En suma, la *mujer de fuego*, la justiciera, la vigía, la que no se deja calumniar ni robar impunemente. Algo muy curioso en la Quintrala parece haber sido su espíritu evasivo de las reglas y las normas sociales santiaguinas. No le agradaba meterse por los caminos trillados.

EL COIPO

Abril, 1956

El coipo ha sido tema de nuestras charlas de sobremesa. Uno de los contertulios nos tiene amenazados con traernos un coipo doradito, con su marco de papas cocidas, ajos, cebollitas y arroz. El coipo, según él, es mejor que el chanchito de leche, o cochinitillo, que dicen en Madrid.

En la última reunión dijo el mismo coipófago que la hembra del coipo tiene las ubres en el espinazo. Unos le creyeron y otros.

Hasta ahora no se me había ocurrido preguntar al único que conoce a fondo de estas cosas: el archivo.

Aquí estoy frente a él. Veamos: coipo, coipu. Cómo debe decirse: ¿coipu o coipo?

En el Larousse dice: "Coipo o coipu, de Chile. Roedor grande llamado en otros países perro de agua y quiyá".

Muy deficiente.

En el Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano de 1912 no hay noticias del coipo.

En el diccionario de la Enciclopedia Sopena dice: "Coipo. Del araucano coipu. Nombre que se da en Chile a un mamí-

fero anfibio, parecido al castor. Es el *myopotamus coipu* de los naturalistas”.

En el Diccionario Araucano-Español del misionero apostólico capuchino en Chile padre Félix José de Augusta, sale coipo con K. El padre germanizó un poco el idioma que en realidad no es araucano, sino mapuche. Según Encina y Latcham, Arauco fue una invención de Ercilla. Dice el misionero don Félix José de Augusta: “Koipu, mamífero roedor que tiene sus ubres laterales. *Myopotamus coypus*”.

En la obra *Animales Salvajes de Chile en su Clasificación Moderna*, encontré la noticia más inteligente y más completa del coipo; autor, P. Rafael Housse.

Dice así: “Coipo o miopotamo. De la familia de los octodóntidos, pertenece a la tribu de los promyinas, precedente a las ratas. El nombre genérico rata-castor, que le dio Molina, es menos apropiado que la denominación myopotamus, equivalente a rata de río, pues tiene cola de rata y no de castor”.

Copio solamente fragmentos del libro de Housse.

Respecto de las ubres dice: “Dorsales son las tetas de la hembra, cuatro o cinco por cada lado del espinazo e impares con frecuencia. Otra rareza anatómica es la de tener el intestino grueso tres veces mayor que el delgado”.

Las pieles y los sombreros finos de “castor del Canadá” que nos venden las tiendas del “centro” son, en realidad, de coipo. El vello del coipo se llama “fino fieltro importado” en las sombrererías. La cacería inmisericorde aniquila rápidamente al coipo.

“La carne es comestible. Menos sabrosa que la de conejos y liebres. Seca y fibrosa, guarda un olorcillo a cieno”.

La dama coipa es tan amante del marido que daría lecciones a las humanas. Se vio en la ciénaga de Purén una coipa dejándose morir de dolor en el mismo sitio en que el cazador le había matado al esposo.

La *vieja polémica del Nuevo Mundo* es el título de una obra, cuyo autor, Antonello Gerbi, reunió resúmenes de las teorías denigrantes para América. Según esta teoría, plantea-

da en primer lugar por Hegel, en Alemania, y por Buffon, en Francia, América es un continente inmaduro, impotente y genéricamente inferior al Viejo Mundo. Según dicha Leyenda Negra, las especies animales de América meridional son pequeñas, degeneradas y cobardes. Solamente Chile escapó, en parte, a la teoría demoledora de la degeneración de los europeos y de todos los productos del Viejo Mundo en el suelo inmaduro, "sin orden ni simetría", de América.

El padre Molina, o abate que decimos, defendió la fauna chilena, a veces con errores o mitos excusables en su fervor patriótico y en su destierro de Chile en plena juventud. Salió con veintisiete años y vivió ochenta y nueve (1740-1829). A los sabios que pregonaban la pequeñez y la mutilación natural de los animales americanos opuso Molina la existencia de una enorme bestia como el hipopótamo en los ríos y en los lagos de Arauco. Un hipopótamo con pies palmiformes "como las focas", y con una piel cubierta por un pelaje muy suave y muy blanco.

Posiblemente se trata de un mito ponderativo basado en el coipo. Un monstruo mixto de coipo, de piguchén, de pincoya y de trauco. La palabra coipu deriva del mapuche co, agua, e ipún, barrer, imagen que representa la natación del animal (Housse). Las palabras indias coipa, coipulabquén, coipín, coipomó y coipué están relacionadas con coipu o copo.

En el *Libro de las viejas polémicas*, con más de trescientas páginas, aparecen citas de los sabios chilenos que acudieron en defensa de los americanos, entre otros, don Miguel Luis Amunátegui y don Manuel de Salas. La tesis de la debilidad fue rechazada. Contra las versiones hegelianas y buffonianas de la naturaleza de América, sostuvieron la de la esplendidez de Chile, país el más adecuado para la humana felicidad, capaz de todas las aclimataciones de animales de Europa, donde no se conocen fieras, insectos ni animales venenosos.

EL MITO DE MANUEL RODRIGUEZ Y LA BATALLA DE MAIPO

Abril, 1955

La historia ha de atreverse a decirlo todo, según Tácito. Maurois recomendó prescindir de simpatías y de antipatías personales. Sé poco más o menos lo que dirán en este aniversario del día cinco de abril glorioso y a la vez plagado de obscuridades. Sé de memoria lo que dijo San Martín cuando comenzaba la batalla: "El sol por testigo y la tontería de Osorio". Sé lo que dijo al final, ante los cadáveres de sus pobres negros y de sus simpáticos rotos. La batalla nos ofusca. Pensamos en penachos, en alegorías, en enormes pinturas murales para escolares y en versos marciales. Los estrategas hicieron especulaciones guerreras a posteriori. Notaron los errores de San Martín, de Primo de Rivera y de Ordóñez. Descubrieron que San Martín no debió ir por ahí, sino por acá. Me parece que ya es tiempo de ir descubriendo algo de lo que ocurrió antes, pero un mundo antes de la definición sangrienta en el campo de batalla, que según unos se llama Maipo y según otros Maipú. A ver, una pregunta: ¿Por qué razones llegaron jefes argentinos a darnos la libertad y no fuimos nosotros a dársela a ellos? No serían tan ler-

dos San Martín, ni Las Heras, ni sus granaderos, ni sus negros mendocinos, cuando ayudaron a nuestros bravos rotitos, a O'Higgins, a Freire y a Bueras, para salvar a nuestra patria. ¿Qué había ocurrido en Chile en 1818? ¿Cómo se comportaban los hombres chilenos de los primeros rangos durante los años anteriores a dicha batalla? La respuesta en síntesis se resume: *intriga*.

Esto es, impedimento sistemático por parte de vanidosos que condensaban su vitalidad en el aforismo: "¡Quítate tú para ponerme yo!" En el magistral estudio sobre O'Higgins, de Encina, tomo séptimo, encontré esta pepa de oro, página 299: "Si don José Miguel Carrera hubiera tenido algunas aptitudes de gobernante, de organizador y de general, O'Higgins, ahogando sus antipatías de temperamento y su repugnancia moral, se habría convertido espontáneamente en instrumento suyo, como lo hizo con San Martín y con el mismo Carrera cuando participó de la creencia en su imaginario genio militar.

He leído todo cuanto alcanzaron mis ojos respecto de Cancha Rayada y de Maipo. Barros Arana, Zapiola, Vicente Pérez Rosales, Abel Rosales, Mitre, y entre los más modernos Encina, Blanchard Chessi, Díaz Meza y abundante crónica con la última de Manuel Gandarillas, ilustrada y con citas de Antonio Bizama Cuevas. El gran poeta y colega Gandarillas ha recordado el uso del aguardiente en la batalla de Maipo. El documento del aguardiente apareció antes en un *Zig-Zag* de 1906 ó 1907. El uso del alcohol u otros excitantes en las batallas ha sido universal. En Venezuela el guarapo ayudó a la independencia. En Waterloo, al final, Blücher hedía como un odre de alcohol. El general francés Marchand, héroe de Fachoda, al escultor que le hacía el busto, dijo: "A quien debieran levantar un monumento es al general Pinard". En argot *pinard* es *vino*.

El ataque nocturno de Cancha Rayada, que dispersó las tropas de San Martín y dejó herido a O'Higgins, se debió en parte a la fiesta que celebraban, o santo de San Martín.

El San José estuvo a punto de terminar con el ejército patriota si no hubiera sido por el general Las Heras. El argentino prefiere el mate al aguardiente. El militar Cruz se asombró al ver dispersos y derrotados esa noche a los mismos soldados vencedores en Chacabuco y denodados asaltantes en Talcahuano. ¿Hay un misterio de psicología en el asunto? Según Mitre, los negros de Cuyo fueron los mejores soldados en Cancha Rayada.

Después del desastre nocturno, la situación en Santiago era aterradora. Creyeron que se repetiría el caso de Rancagua. Las Heras salvó la situación. Dejemos al lado lo simbólico y monumental para imaginar cómo llegaría a Santiago el general Las Heras, bragado y de mirada terrible. Chamuscado y patilludo, insomne, casi en cueros. Sable en mano daba órdenes como truenos y amenazaba de muerte a los desertores. La desertión era otro enemigo, tan terrible como los Burgos y Talaveras. Las Heras estaba cocinándose un charqui frito, cerca del mate, en el momento de la sorpresa. ¡Ahijuna! Con feroz energía, el hombre de las cejas como cerdas montó y se hizo obedecer en las sombras de la noche triste chilena. No aflojó. Libró a tres mil quinientos hombres, base de la libertad. De un galope llegó a Santiago y acampó en La Pampa, lo que ahora es el Matadero. En llegando quedó esperando órdenes. Llegó San Martín y le dio diez pesos para que comprara un uniforme. La ciudad de Santiago había pasado una noche de pesadilla. Saqueos, tiros perdidos, gritos de auxilio, estertores de agonizantes. ¡Misericordia! ¡Misericordia! Zapiola contó que los batallones de milicianos, formados de prisa, no sirvieron. Unos huían de noche a remoler. Otros huían a engrosar el ejército... de Osorio. La población, en un noventa por ciento, no sentía la guerra. El pánico de Santiago ha quedado descrito por testigos como Pérez Rosales y Zapiola. No hubo mulas ni caballos suficientes para los que huían a Mendoza. Los partidarios del rey se quitaban las caretas y los ladrones se dedicaban de preferencia a asaltar las casas de los patriotas. Los monarquistas esperaban

los resultados como en la copla de *La Mascotta*: "En la batalla estar detrás mientras pelean los demás, y en la victoria estar al frente... ¡Es conveniente!" Hubo indiferentes de gran calidad, como don Diego Portales. Zapiola le llamó "Machiavello de chingana".

Zapiola era por su origen un poco resentido. Nos dio detalles que otros escritores de su tiempo escondieron con el pretexto del patriotismo. Zapiola era hijo natural de don Bonifacio Zapiola Lezica, argentino, y de una criada, o "allegada", de la casa de doña Pastoriza Zapata, llamada Carmen Cortés. Don Bonifacio Zapiola se fue a su tierra, dejándole abandonado de cortos años. Don Bonifacio Zapiola era hermano del general. El libro de Zapiola *Recuerdos de treinta años* es el documento más franco y libre de su tiempo.

Pérez Rosales dice: Espantaba ver el gentío, de a pie y a caballo, que se lo llevaba todo por delante, en el camino de los Andes. La familia de Pérez Rosales pagó catorce mil pesos por unas mulas. Su madre estuvo a punto de morir despedazada en la cordillera.

Manuel Rodríguez, un mito nacional, según Encina y según toda persona franca que conozca la historia, deseaba la derrota del ejército de San Martín y de O'Higgins para quedar, con Carrera, dueño de una pequeña tropa, sin valor militar, pero que se imponía a la primitiva imaginación popular. Los soldados de Rodríguez usaban una divisa espantable, compuesta de una calavera de trapo blanco en fondo negro, como la que usan nuestros niños piratas de primavera. Eran como coro de zarzuela con uniformes de Húsares de la Muerte. Un cuco. En todo, quinientos de caballería. Estos salvadores de la patria tenían más ganas de molestar a O'Higgins que de combatir a los españoles. Los oficiales eran en su totalidad carrerinos.

Conozcámonos. En estas condiciones, con O'Higgins herido gravemente y Rodríguez en sus espaldas, preparaba San Martín la batalla decisiva. La noche anterior, dice Encina, "llegaba hasta los escasos transeúntes el murmullo de las ple-

garias que desde los hogares subían al cielo, rogando por el hermano, el marido, el padre o el novio que estaban en el campo de batalla”.

Amaneció el día milagroso: 5 de abril de 1818. Copia feliz del Edén. Cielo limpio, cantos de diucas, olor a frutas y flores.

San Martín tenía dos amigos seguros en Chile, a los que nunca olvidó: el huaso Estay y O'Higgins. Era O'Higgins el más capaz de reconocer jerarquías, de obedecer y de organizar, virtudes que a veces parecen ser ajenas a nuestra raza. Esta capacidad de obediencia y de organización fue obstaculizada por personas que tuvieron un concepto silvestre personal del patriotismo: los carrerinos. Manuel Rodríguez era el cónsul general o representante del carrerismo en Chile, el año 1818, en ausencia de los ídolos. San Martín era para los carrerinos un patán cuyano, y O'Higgins un guacho bruto.

Veamos la conducta de Rodríguez. Dice Zapiola: “El regimiento de Rodríguez no concurrió a la batalla. Esperaba la llegada de Juan José y Luis Carrera, cuya libertad creía inminente. En todo caso, contaba con don José Miguel. El regimiento de húsares sería la base de *una revolución contra aquel orden de cosas*”.

De Encina: “A Manuel Rodríguez lo único que le interesaba era que el nuevo desastre de San Martín, que creía indudable, lo encontrara en el poder”. “Era incapaz de organizar nada. Armó al pueblo para dejar vacíos los almacenes, de manera que San Martín no pudiera rearmar a sus soldados”. “Después de eliminar a San Martín y O'Higgins, barrerían de Chile a los españoles, si antes no huían aterrados con las proclamas que don José Miguel sabía lanzar”. “La intensidad del odio anulaba todo ideal”. “Ellos se retirarían a Coquimbo con caudales y con todo lo que pudieran acarrear”. “El Ministro del Interior Miguel Zañartu comprendió, después de Cancha Rayada, que el peligro no estaba en el desastre mismo, sino en Manuel Rodríguez”. “Los realistas y los carrerinos contaban con la derrota de San Martín”.

La victoria llegó, gracias a San Martín, a Las Heras y a O'Higgins, en gran parte. O'Higgins levantó a un muerto. El resto lo hicieron el roto chileno y los argentinos. Al finalizar el año 1817, el ejército constaba de dos mil setecientos argentinos y seis mil quinientos catorce chilenos. La formación de este ejército, dice Encina, da a San Martín títulos para ser considerado el primer general y el máximo libertador de América. Sin sombra para Bolívar, el genio.

Datos son éstos más útiles, en 5 de abril, que los discursos, los cañonazos y las charangas. Es una manera de espejo de ayer para mirarnos la cara de hoy. Si ha crecido Manuel Rodríguez en el corazón popular es a causa de un apego entrañable a la oposición y a lo que llamamos bochinche. Ya dijo Miranda: *Bochinche, bochinche, no saben más que bochinche*. Últimas palabras antes de la prisión. Bochinchero típico, enemigo del orden jerárquico, fue Urriola, y hay calle Urriola en todo pueblo chileno. Mi padre decía que entre la maldad y la virtud no hay términos medios. "Son como el permanganato y el chocolate".

Las mentiras, o mitos, traen familia y aumentan sin cesar. Nuestro buen pueblo ha engordado la gloria de Manuel Rodríguez. En ello influye la emotividad de la muerte. Muerte violenta. Asesinato y animita. El eterno revolucionario es endiosado. Se dijo que San Martín había huido a Buenos Aires, que O'Higgins estaba en cama y que Rodríguez a la cabeza del pueblo, había derrotado a Osorio en Maipo. Lo creyeron así durante algunos años. "Corrió en textos de enseñanza".

De mi parte digo: soy apolítico. Nunca voté desde 1920. No odio bastante a una persona como para desearle que vaya a La Moneda a servir de pararrayos de pasiones como la vanidad, la envidia y la codicia. Es imposible contentar a mi tierra desde el Poder.

San Martín escribió a un amigo de Buenos Aires lo siguiente, desde Santiago: "Me hago violencia en habitar este país: en medio de su belleza, todo me repugna en él; los

hombres, en especial, son de un carácter que no confronta con mis principios, y me producen un disgusto continuado que corroe mi triste existencia". "Dos meses de tranquilidad en el virtuoso pueblo de Mendoza me volverían la vida".

San Martín quiso ser amigo de Manuel Rodríguez. Este lo sabía y recurría a él en los momentos difíciles. Los enemigos de San Martín inventaron la fábula de su intervención en el asesinato de Til-Til. Navarro, el matador, urgido para que declarara contra O'Higgins, confesó que había recibido la orden del coronel Alvarado y de Monteagudo. San Martín se esforzó sin cesar para atraer a Manuel Rodríguez. Tenía simpatías por el eterno guerrillero.

MITOS DE SAN BRUNO, DE MARCO DEL PONT Y DE LOS TALAVERAS

Octubre, 1952

Cuando se refiere al presidente Carrasco, dice Zapiola: "Este personaje ha sido desfigurado por contradicciones infieles o por motivos pueriles". Carrasco, y esto era común en los hombres blancos, prefería los amores de una negra de su servicio antes que las blancas. Esto no es un pecado. Ahora pienso en cuantos personajes de nuestra historia habrán sido desfigurados. Así, por ejemplo, San Bruno. Me lo figuraba por el estilo de los ogros de los cuentos, barbudo, musculoso, de mirar feroz, con cejas pobladas. Nada de eso. San Bruno era un joven alegre y simpático, como de cuarenta años, de estatura mediana y de nariz aguileña, de ojos hermosos y agradables. Su bigote era rubio. Su celo en el desempeño de sus funciones, en una ciudad en que se cometían dos asesinatos todos los días, por lo menos, le valió la fama de bruto, que más tarde heredarían Bilbao, don Rafael, intendente, y Portales, ministro. San Bruno tenía suerte con las mujeres, como casi todos los españoles, inclusive los Talaveras, y otros realistas. La familia Arlegui, que vivía en la Plaza, recibía con júbilo las visitas de San Bruno. Además

de lo dicho, era San Bruno valiente y temerario. Se metía en las chinganas y arreaba a los infractores como un pastor su rebaño (Zapiola). San Bruno vivía en los altos de los Tribunales. Estos españoles, o godos, casi siempre tocaban la guitarra y entonaban cantares amartelados.

A Marcó del Pont, que era un hombre fino, de los mejor educados y de excelente tronco, algo raro entonces, le dieron fama de afeminado, simplemente por su limpieza, su elegancia, y el pecado de haber traído ciertos adelantos a una ciudad cuyo estado entonces era indescriptible a causa de su atraso y suciedad. En Santiago no había vidrios, ni letrinas, ni más alumbrado que el de las velas de sebo, sostenidas en pelotas de barro que sacaban a mano de las acequias. El entretenimiento de los niños era la pedrea. Lo que ahora llamamos guate, de W. C., era el zambullo, un canco hediondo que sacaban de las casas y cantinas una vez al mes. En otras partes ponían el excusado encima de la acequia en el tercer patio. En la Plaza ocupaban todo un costado los vendedores de ojotas. Las ojotas viejas quedaban en el suelo y servían los domingos para la llamada guerra de ojotas. Con este calzado combatieron los ejércitos patriotas. A esta ciudad trajo el señor Marcó del Pont alguna escupidera, peines, cepillos, jabones finos, y algún carruaje con vidrios, todo lo cual pareció insólito. Le compararon con la Pompadour y le dieron fama de afeminado. Poco cuesta desfigurar a las personas. A José Bonaparte, el más inteligente de los hermanos de Napoleón, le pusieron en Madrid, cuando era rey, el sobrenombre de Tuerto Pepe Borellas. Dice Larra: "Tenía dos herinosos ojos y no bebía". Así hacen las reputaciones. Santiago en habladerías y sobrenombres sube tan alto como Lima y cualquier otra ciudad chismosa de América. La historia sufre de un cáncer que se llama hipocresía. Algunos historiadores mienten para forjar patriotismo; otros para halagar la vanidad de ciertas clases sociales o partidos políticos. Bolívar confesó a De Lacroix que inventó el acto heroico de Ricaurte "para entusiasmar a los soldados". Con Marcó del Pont

ha ocurrido en Chile lo contrario: de un verdadero héroe como fue el teniente coronel del Batallón Ligero de Voluntarios de Tarragona don Francisco Casimiro Marcó del Pont, hicimos aquí un invunche histórico. Al que se cubrió de gloria en el sitio de Zaragoza le cubrimos de lodo en Santiago. La acción de Marcó del Pont en Zaragoza le valió ser ascendido a coronel en el campo de batalla. Consistió esta acción en haber roto el cerco francés y penetrado en la ciudad con cincuenta de los cien soldados que llevara, la mayor parte heridos, como él mismo. Más tarde, en el segundo sitio, año 1809, combatió al frente de los granaderos con tal denuedo que la Junta Central decretó su ascenso a mariscal y más tarde le encomendó la Comandancia General de Armas de Aragón, que desempeñó de 1810 a 1811. (Datos de Antonio de Lezama). Este heroico y noble militar cayó prisionero de San Martín en 1817. Finalmente fue llevado a Luján, donde le confinaron en malas condiciones y donde murió de pena.

Vamos ahora al regimiento de los Talaveras. Este regimiento, de más de quinientos hombres, llegó a Chile el año 1814. Oigamos a Zapiola: "Se ha hablado del odio que el pueblo de Santiago tuvo a los Talaveras. Quizá se confunde el odio con el miedo. Según el señor Amunátegui, cuando después de Rancagua entró en Santiago el ejército español, o realista, no había en las puertas de calles menos de seis mil banderas españolas. Al pasaje de cada batallón desparaban de los balcones flores de grandes azafates y algunos personajes arrojaban puñados de dinero, que los soldados en marcha no se detenían para recoger". A la entrada de los vencedores de Chacabuco, que fue por la Cañadilla y calle Puente, no recordamos haber visto banderas, ni sombra de flores y menos dinero (Zapiola). El regimiento Talaveras era el más elegante y más disciplinado que viera Santiago. Estaba compuesto de soldados escogidos, y no de presidiarios o libertos. Trajo una banda de clarines y de pitos. Los clarines no habían llegado antes a Chile. "El batallón de Talaveras

no tenía música, pero sí una banda de tambores y pífanos que alternaba con otra de cornetas perfectamente tocadas". El que dice esto era entendido: el músico y escritor Zapiola. Los Talaveras trajeron, además, la cachucha. Fue el baile de moda. Imaginemos lo que sería la irrupción de quinientos o más jóvenes españoles en una ciudad como el Santiago de entonces. Aquí se repite siempre el tema de la antigua zarzuela *Los Molinos de Viento*. Chiquillas o mujeres de gran belleza y de temperamento expansivo se marchitan entre hombres no muy hermosos y bastante apáticos. Parece que la mujer esperara que vinieran a fecundarla desde el aire en una especie de vuelo nupcial. A ella no le importa mucho la nacionalidad del conquistador. En Buenos Aires las niñas de las mejores familias salieron del brazo con los ingleses de la invasión. El peso acentuó su valor. En Santiago centenares de niñas se entusiasmaron con los Talaveras, como algunos años más tarde con los marinos españoles prisioneros o desertores de la *María Isabel* y de la *Covadonga*. El abuelo del poeta Préndez Saldías fue un marino del *Santa Isabel* que se escapó a nado y llegó a la playa *impuriss*, esto es, pilucho, o en pelotas.

Sigo con Zapiola, cuya obra, no sé por qué causas, carece de la importancia que debieran darle. Los Talaveras alojaron en la Plaza, en el palacio de los presidentes, el Correo de hoy. Tocaba su banda en un tablادillo que se construyó en la misma Plaza, frente a la cárcel, la Intendencia de hoy. "Este batallón se hacía admirar por el lujo de su uniforme, muy variado, por la gracia, la soltura y uniformidad de su marcha, y por la cadencia de los fusiles". Tenían el privilegio de salir a la calle con la bayoneta al costado. "A esto hay que agregar una circunstancia que vale mucho: la buena figura, nada común, por no decir rara". "Esta superioridad la reconocía el público que daba hasta los soldados rasos el tratamiento de *don*". Da un poco de vergüenza escribir estas cosas. Tal vez por eso no goza Zapiola de la popularidad de un Pérez Rosales. El caso es que los oficiales y los individuos

de tropa gozaron de hospitalidad. Eran admitidos en casas aristocráticas, y más de un sargento ingresó en ellas. El sargento Antonio García Aro casó con doña Tadea Reyes Saravia. Otros permanecieron casados en Chile. En la batalla de Chacabuco el ejército español tuvo pan caliente, de primera. El ejército patriota, ni frío ni caliente. Al día siguiente de Chacabuco vio Zapiola, en la calle Santo Domingo, a un soldado del Talaveras vestido de limpio, con el fusil al hombro. La gente le veía pasar. Algunos gritaron: ¡Que le quiten el fusil! Nadie se le acercó. El fundador de la Bolsa de Valparaíso fue un señor Arcos, ex soldado español de Chacabuco. ¿Qué tal?

EL SOLDADO BAJO EL CABALLO DE O'HIGGINS

Octubre, 1952

En agosto 6 de 1945 recibí una carta de don Rafael de Larrea C., carnet 08139. Esta carta contenía una idea personal respecto de la batalla de Rancagua, la que no publiqué ni comenté entonces por no estar enterado del asunto. Después de haber estudiado el caso en Pérez Rosales y en Encina, creo que el señor Larrea, profundo conocedor de nuestra historia, tiene razón, por lo menos en parte. Lo que no me parece muy claro en dicha carta es la identificación del soldado que se supone muerto bajo el caballo de O'Higgins.

Los hechos de 1814 se han alejado y se dibujaron en las imaginaciones populares con tales caracteres de maravilla, que el solo intento de glosarlos con imaginación cansada o escéptica me parece escandaloso. Sin embargo, el público moderno se habituó al detalle exacto y cínico, de tal manera que o dice la verdad uno o la dirá otro, y así me digo: será mejor empezar. Voy a publicar la carta, que tuve guardada, y antes le haré un preludio:

Pensemos cómo sería Santiago en octubre de 1814. Los militares luchan por el Poder. Muy importante; es la época de Napoleón, del *Royo y negro*, de Stendhal; de César o Na-

da. Dos bandos políticos o dos clanes sociales se disputan el mando. Don José Miguel Carrera, Adonis y militar, descendiente de familia opulenta, en cuyas haciendas no se respetaron autoridades reales, quiere para sí esa torta. Su lema parece ser: *o yo o nadie*. Su odio a O'Higgins está impregnado en el desprecio del legítimo señorito por el hijo natural de un expatriado. Cuando se trata del hijo del irlandés ve rojo. Es su atajacaminos. Carrera se había adueñado del poder mediante un cuartelazo cuando llegó el general Osorio con sus soldados peninsulares para recobrar el país para la corona de Castilla. Llegaba este general a Talcahuano con un regimiento español disciplinado, que miraba en menos al aporte considerable de chilenos y unos pocos peruanos que lo completaban. Osorio intimó rendición a los chilenos independientes, que él llamaba "insurgentes". En caso contrario, no dejaría piedra sobre piedra. Con dicho enemigo a la vista los generales chilenos, incapaces no solamente de organizar sino de mandar con la suficiente autoridad, tardaron en llegar a un acuerdo. Los soldados patriotas, desorientados, improvisados, carecían de disciplina. Esta es otra palabra que es preciso agrandar y subrayar: *Disciplina*. El general Carrera, victorioso en el último cuartelazo, pretendió atajar el avance de Osorio mediante un oficio que dirigió al general español en el que protestó de su adhesión a Fernando VII, el rey. Al mismo tiempo le amenazó con destruir sus fuerzas, si después de recibir dicho oficio no se reembarcaba. Osorio no respondió y continuó su avance sobre la capital. Así llegó la batalla de Rancagua. De Encina: "Mientras Carrera ponía precio a la cabeza de Osorio y quemaba en efígie a Abascal, el ejército español se dirigía a Santiago, *en medio del júbilo de la casi totalidad de la población*". "El ambiente realista que dominaba de un extremo a otro, se tornó incontrarrestable desde la segunda dictadura de Carrera". Más tarde diría O'Higgins: "Desde el momento que se hizo indispensable mi unión con Carrera lloré la ruina y desolación del Estado chileno. El odio universal del ejército

y del país a las corrompidas costumbres de los Carrera, la memoria de la ruina a que habían reducido a Chile, intencionalmente, dispersando al ejército e inutilizando el armamento, me hicieron entrever el resultado que hoy experimentamos”.

A esa misma Plaza que vemos hoy, por cuyo pavimento cruzan fantasmas de cuatro siglos, llegaron a matacaballos los expresos del desastre. Nadie había dormido bien esa noche, cruzada de gritos y rumores. Era la madrugada del 2 de octubre de 1814. La Patria Vieja había muerto. “Todo había quedado en esqueleto después del último cuartelazo de Carrera”. Solamente los partidarios del régimen colonial demostraron su júbilo. Aparecieron banderas y arcos triunfales. ¿Llegó O’Higgins a la capital en caballo brioso, con el uniforme de parada? Nadie lo sabe. Según Pérez Rosales, O’Higgins dijo a su madre con furia: “¡Carrera tiene la culpa de cuanto pasa!”

El hecho es que la patria libre, nacida el 18 de septiembre de 1810, quedó herida de muerte el 2 de octubre de 1814. La ambición de obtener el poder por un solo hombre la mató. Hay admiradores de Carrera y habrá siempre. Yo lo fui a los veinte y a los treinta.

No soy historiador y estas notas van sin pretensiones, simplemente para hacer una atmósfera del tiempo a la carta del señor Larrea, que pongo a continuación:

“Señor Edwards:

”Todos conocemos el monumento de la Alameda de las Delicias en que un artista ponderó en bronce la hazaña de O’Higgins. Bajo el caballo de dicho héroe hay un soldado vencido, al que la tradición llama español, a manera de símbolo de la victoria precursora de la Independencia. Sin embargo, la estricta verdad histórica me dice que dicho soldado era tan chileno como el mismo don Bernardo. Van las pruebas:

”A los casi tres años de proclamada la Junta de Gobierno

de 1810, el Virrey del Perú envió a Chile al brigadier don Antonio Pareja. Con oficiales y 40 soldados que le acompañaban, debía organizar las fuerzas necesarias para derrotar a los que se designaba con el nombre de "insurgentes".

"El 18 de enero de 1813 desembarcaba en San Carlos de Ancud el brigadier, y comenzaba de inmediato la tarea que se le encomendara. Juntó a sus exiguas fuerzas las que en Chile se habían mantenido fieles al Virrey, como ser el batallón Chiloé y el Valdivia, unos 2.500 hombres, e inició su campaña para derribar al Gobierno patriota, ahora encabezado por don José Miguel Carrera.

"Ese ejército —dice el libro *Fuerzas Armadas de Chile*, página 177—, que iba a emprender a sangre y fuego la reconquista de Chile, se componía de chilenos y de éstos, la mayor parte chilotes".

"Después de algunas alternativas en la lucha militar, a la muerte de Pareja, en mayo de 1813, se hizo cargo de la Jefatura Realista el coronel don Juan Francisco Sánchez.

"Don Diego Barros Arana, en la página 128 del tomo 9 de su monumental obra "Historia de Chile", se refiere en estos términos al ejército de Sánchez: "Era compuesto casi exclusivamente de chilenos, de manera que en él no pasaban de seis los españoles europeos".

"En otra nota pone: "El ejército realista era compuesto de soldados chilenos, nativos de las provincias de Chiloé, Valdivia y Concepción. Entre sus jefes y oficiales, según recordamos, no había más españoles europeos que el Comandante en Jefe Sánchez, el Comandante Berganza, el Comandante de voluntarios Castro Ballesteros y los dos voluntarios Elorreaga y Quintanilla. Estos cinco vivían en Chile desde largos años, los tres últimos desde la niñez. Sólo en agosto de 1814 llegó a Chile con el coronel Osorio un batallón del Regimiento de Talaveras, cuyos oficiales y soldados eran todos españoles. Mientras tanto, en el ejército patriota servían no pocos españoles de nacimiento, entre los cuales recordamos los siguientes: el comandante de Milicias don José de

Samaniego, el sargento mayor don Carlos Spano, el capitán de artillería don Hipólito Oller, el capitán de asamblea don Raimundo Sessé (ayudante de Carrera) y el subteniente don Francisco Javier Molina, famoso guerrillero”.

”Como dice Barros Arana, en las líneas transcritas, a raíz del llamado Pacto de Lircay, convenido entre Gabino Gaínza, sucesor del coronel Sánchez en la jefatura realista, y don Bernardo O’Higgins, sucesor de Carrera en la patriota, pacto que no fuera aceptado por el Virrey Abascal, éste envió a Chile como nuevo General en Jefe a don Mariano Osorio, que traía como refuerzo un batallón de Talaveras, de 550 (quinientos cincuenta) hombres, comandados por don Rafael Maroto. Estas eran las primeras tropas españolas que llegaban a Chile desde hacía muchos años.

”Osorio juntó a sus 550 españoles, unos cinco mil soldados chilenos y emprendió con ellos, desde Chillán, la reconquista de Chile.

”El 1º y 2 de octubre de ese mismo año de 1814 puso sitio a Rancagua, en donde se había encerrado O’Higgins con una parte de las fuerzas patriotas. Estas ocupaban la Plaza de Armas de esa ciudad y toda la primera cuadra de cada una de las 4 calles de acceso, y habían construido las trincheras y parapetos en las respectivas cuatro primeras bocacalles. Las tropas de Osorio rodearon entonces completamente el reducto patriota por sus cuatro costados. Su dispositivo de ataque, detallado en la página 563 del tomo 9 de la obra de Barros Arana y en la página 244 de la “Historia Militar de Chile” del general Téllez, era el siguiente:

”Por la calle de San Francisco o del SUR, atacaba el batallón de los 550 talaveras (única fuerza española de su ejército, como sabemos); dos compañías del Real de Lima (200 soldados peruanos) y 150 Húsares (chilenos) de la Concordia.

”Por la calle del Oriente, los dos batallones de Chiloé, o sea 1.050 soldados chilenos a las órdenes del coronel chileno Manuel Montoya.

"Por la calle del Poniente, los batallones de Concepción y Castro, o sea, 1.500 soldados chilenos, a las órdenes del coronel Rodríguez Ballesteros. Por el Norte, los batallones de Chillán (600 hombres) y Valdivia (502 hombres), formados exclusivamente por chilenos, tanto en la clase de tropas, suboficiales y oficiales, como sus respectivos jefes, don Clemente Lantaño y don Juan Nepomuceno Carvallo".

"Cuando la defensa se hizo imposible, O'Higgins ordenó preparar la salida que lo inmortalizara. Se formó una columna de 500 hombres, todos montados, a cuya vanguardia se colocó el guerrillero patriota (español de nacimiento) don Francisco Javier Molina, "soldado rudo que había defendido con vigor la trinchera Oriente".

"Arremetieron los patriotas por el costado NORTE, o sea, buscaron el punto más cercano al camino de Santiago que debían alcanzar para salvarse. Para romper el cerco tuvieron que atravesar las líneas de los batallones exclusivamente chilenos: Chillán y Valdivia, comandados por Lantaño y Carvallo.

"O'Higgins no pudo, aunque lo hubiese buscado, encontrar un soldado español en su camino de retirada. Los talaveras, como sabemos, estaban precisamente en el costado Sur, o sea, en el lado opuesto.

"De modo que en verdad el realista caído que se ve en las estatuas de la Alameda de Santiago y en la Plaza de Rancagua era tan chileno como don Bernardo y como el que escribe estas líneas.

"Estimo que no sería exceso de imaginación determinar su nombre entre las bajas, que no fueron muchas, sufridas por las fuerzas de Lantaño y Carvallo. Por muchos hechos sugestivos y coincidentes, supongo que se trataría del joven don José María Riesco, perteneciente a una familia de veintitantos hermanos, familia que, según Vicuña Mackenna, del que he obtenido buena parte de los datos que aquí consigno, dio muchos y excelentes servidores y soldados, tanto al rey como a la Patria.

"Riesco, amigo de Lantaño, se alistó como soldado voluntario bajo sus banderas a los 19 años. Resultó herido en Rancagua, y por su entusiasmo y valor se le debe considerar capaz del acto temerario de tratar de contener a un adversario montado en brioso animal.

"Después de Chacabuco, en el Perú, y al saber que se organizaba la segunda expedición de Osorio, se incorporó de los primeros y recibió el nombramiento de Oficial del Batallón Arequipa. Murió el 8 de febrero de 1819, en la ciudad argentina de San Luis, en la masacre que de los prisioneros de Maipú organizó el sanguinario Monteagudo.

"La guerra de la Independencia fue una revolución, o guerra civil. Como dijo Lastra, en mayo de 1814, se trató de revolución en que los chilenos fueron al mismo tiempo los vencedores y los vencidos".

Hasta aquí la carta del señor Rafael de Larrea C., de agosto de 1945.

CALAVERA DE DON JOSE MIGUEL CARRERA

Diciembre, 1945

"Señor Edwards:

"Por casualidad me impuse días atrás de su interesante artículo titulado *Esqueletos sin calavera*, acerca del cráneo que se venera en El Paico, y que se dice ser, por la gente de esa localidad, la calavera de don José Miguel Carrera.

"Hojeando la obra de Vicuña Mackenna *El Ostracismo de los Carrera*, me encuentro con una transcripción que hace este historiador de un pliego que escribió el fiscal Caveró, que actuó en el proceso, agregándolo en seguida al expediente, y que en parte dice: "Fueron fusilados dichos Carrera y Álvarez, delante de cuyos cadáveres desfilaron inmediatamente las tropas; y después de habérseles cortado la cabeza y manos al primero, y sólo la cabeza al segundo, fueron entregados sus cuerpos a la Caridad, quien los condujo a la iglesia de este título, donde se hallan".

"Más adelante Vicuña Mackenna narra cómo se llevó a efecto la exhumación de los restos de los Carrera, por la comisión encargada de hacerlo, y al respecto dice que: "El sepulturero de este cementerio (del de la Caridad), que era conocido con el nombre de *Tomasito*, señaló el sitio donde

yacían los restos de Luis y Juan José; y los de don José Miguel se sacaron revueltos con los de sus compañeros de patíbulo, Alvarez y Monroy, conociéndose los de aquél por un diente engastado en oro que se había hecho poner en Estados Unidos”.

“Ahora bien. La calavera que se venera en El Paico, y que se dice ser la del prócer por la gente de ese pueblo, ¿tiene el diente de oro a que hace mención Vicuña Mackenna, o al menos indicios de que alguno de ellos se le hubiese cariado y tapado

”La comisión encargada de traer los restos de los Carrera a Santiago afirma que en los de don José Miguel venía incluida la calavera, a pesar de que el fiscal Caverro dice que después de ser fusilado le fue cortada la cabeza.

”En suma, yo estimo este asunto como usted, que deben exhumarse los restos del prócer, a fin de salir de dudas, ya que ellos descansan en la iglesia metropolitana de esta capital.

Carnet 47948”.

Respuesta:

No veo las razones de usted para no firmar esta carta con todas sus letras. Se trata de un tema de actualidad que ha despertado interés y siempre una firma da fuerza y autoridad a las ideas u opiniones.

ANDRES BELLO, DIEGO PORTALES Y ALGUNOS MITOS DE LA INDEPENDENCIA

Enero, 1961

La familia Bello López en Caracas no sintió entusiasmo revolucionario. Andrés Bello, oficial de la capitania, debía servicios a los funcionarios españoles. Era la flor del régimen colonial. En la época prerrevolucionaria su situación se hizo delicada.

En Chile hubo no pocos indiferentes y gran número de "godos", o partidarios de España. Según Zapiola, Portales no se apasionó por la Independencia. Casos como el suyo eran corrientes.

Muchas veces me he preguntado por qué razones el libro de Zapiola titulado *Recuerdos de treinta años*, magnífico libro, no goza de popularidad. La respuesta consiste en que no trata mal a los españoles, mejor dicho, cuenta lo que vio y lo que oyó, sin mentiras ni pasiones. Así, por ejemplo, la figura de San Bruno, el legendario hombre malo de la época de la Reconquista, se transforma, en las páginas de Zapiola, en un excelente servidor policial, se entiende que obediente a la autoridad española. San Bruno, alegre y de buena figura, era recibido con gran cariño por algunas de las mejores familias santiaguinas. Dice Zapiola: "Los Talaveras tenían un

privilegio sobre todo el ejército real. Hasta los soldados rasonos gozaban el privilegio del *don*. No sólo los oficiales, sino individuos de tropa eran invitados por ciertas familias". Las señoritas demostraban preferencias hacia ellos. Un sargento, Antonio García Aros, casó con Tadea Reyes Saravia. Los Talaveras, de excelente figura, solían manejar la guitarra y cantaban. La banda de tambores, de pífanos y de cornetas de los Talaveras, fue la primera que se oyó en Santiago y atraía al público en la Plaza de Armas como hoy lo atrae la banda de Carabineros. El odio a San Bruno, aparte de la envidia, se define en odio a la policía. Más tarde lo heredó, dice Zapio-la, "el hombre más bondadoso que he conocido, el chileno don Rafael Bilbao, a quien llamaron Arranca Brazos".

Otro español de aquellos tiempos falsificados por los historiadores es Marcó del Pont. Escribí de esto en octubre de 1952. Mejor que yo escribió del mismo asunto Antonio de Lezama. El señor Marcó del Pont, héroe en España, ascendido a coronel en el campo de batalla por valentía ante el enemigo, llegó a Chile y empequeñeció con sólo pisar nuestro suelo. El héroe de la guerra contra los franceses se convirtió en cobarde y afeminado. Le convertimos.

La revolución de la Independencia se prestó para dar vuelo a las malas pasiones. San Bruno, *el malo*, disparó el último cañón español en la última batalla. Le dimos una muerte infame.

Claro que la novela de la Independencia, para nuestro uso, perdería bastante si San Bruno apareciera como bueno y Marcó del Pont como valiente y con talento. Así no tendría lectores. El mito patriótico necesita esos peles: San Bruno, malo, y Marcó del Pont, tonto.

Volvamos los ojos a Venezuela. La pavorosa destrucción de toda clase de valores, empezando por los del género humano, en que degeneraron las guerras de la Independencia, nos permiten suponer poderes adivinatorios en aquellos que como Bello se abstuvieron de actuar con armas cortantes. Los historiadores venezolanos Baralt y Gil Fortoul recordaron es-

te hecho: los trabajos de la paz fueron sumergidos y perdidos en la mar de los hechos de armas, de los crímenes de guerra y revoluciones, con hechos a veces heroicos, a veces abyectos y estériles. La historia es casi siempre una descripción de batallas. Batallas y asesinatos.

Bello y Portales, más hijos del sistema colonial que de los bochinches revolucionarios, congeniaron en muchos puntos. Bello expresaba con dignidad y con belleza clásica las ideas que Portales estampaba con palabras terribles. A veces el Epistolario de Portales produce repugnancia.

La niñez de Bello es diferente de la niñez de los conquistadores. El patriotismo de Bello era respetuoso, interno y poético, a la vez candoroso, como el amor a la madre. Es seguro que Bello no creyó en el triunfo de los revolucionarios. Más tarde, Bolívar reconoció la superioridad de Bello, uno de sus primeros maestros. Un maestro grave y severo no se hace simpático a un niño, lo cual no impide que deje honda huella en él. Más simpático fue para Bolívar el divertido Simón Rodríguez. Este despertó la parte de tunante y de calavera indispensable que dormitaba en el temperamento combativo del señorito más rico y consentido de Caracas, como era don Simoncito Bolívar. Antes que maestro de Bolívar, el gracioso y transformista Simón Rodríguez, o Robinson, hizo las veces de bufón, de animador y de *hincha* interesado. Contribuyó a conformar la parte falsa de la biografía del Libertador, mediante el vicio sudamericano de la mitomanía, en este caso, ponderativa.

Mitomanía patrioter, ¡he ahí al enemigo de la verdad!

Poco antes de su muerte, Portales era odiado. Le odiaban con el odio al policía, al contralor y al juez. Le mató todo el mundo. Drama de la hipocresía. Portales había cometido el crimen de perseguir a los falsificadores, a los ladrones y a los pillos en general. Osó meter sus narices de sabueso en esa cueva de Alí Babá, como ha sido invariablemente la Aduana de Valparaíso. ¡No podía ser! Todos armamos la mano que asesinó a Portales en el Barón.

MITO DE LA CASA HISTORICA

Diciembre, 1954

En una de las cuarenta y cuatro crónicas tituladas *Del Mapocho al Vistula* contó Joaquín Gutiérrez que cierta casa "histórica" de la Walewska, atracción de turistas, no perteneció a la Walewska ni fue punto de cita de Napoleón. El engaño se repite.

La casa de Bello, monumento nacional en la moderna Caracas, no es la misma modesta construcción semirural en que naciera don Andrés, entre un huerto de granados, membrillares y naranjos, en el callejón de la Merced el año 1781. La verdadera se hizo polvo, junto con la iglesia colindante, en el terremoto del día Jueves Santo de 1812. Ni es auténtica la casa que veneran como si hubiera sido la de Bolívar en la Plaza de San Jacinto. El sitio y la planta de la casa son los mismos, pero el maquillaje y las restauraciones la desfiguraron hasta quitarle el aire de siesta colonial que la adornó en su tiempo.

En julio de 1923 el *Zig-Zag* publicó un interesante relato, en buen estilo castizo, por don Sady Zañartu, en el que contaba la historia de cierta casa de la calle de los Baratillos, hoy Manuel Rodríguez, a la que el pobrericío de los tiempos

coloniales habría dado el nombre de *Casa de Tócame Roque*. Pase el relato como fantasía al estilo de las que dieron fama a don Ricardo Palma. El relato de Sady Zañartu es un sueño liviano de agradable mentira, o invención ponderativa, tomado del refrán "casa de Tócame Roque". Pero dicho refrán proviene de una casa que existió, no en Santiago en la calle de los Baratillos, sino en Madrid, en la calle del Barquillo. La llevó al teatro, hace casi dos siglos, en el sainete llamado *La Casa de Tócame Roque*, el insigne don Ramón de la Cruz.

De la casa en el pueblo de Vicuña señalada como cuna de Gabriela Mistral dijo ella: "Los biógrafos insisten en mencionar el pueblo de Vicuña asociado a mi nombre, y hasta pusieron una placa conmemorativa en una casa. Sin embargo, la casa en que yo nací no existe ya. Yo misma la vi caída en el suelo. Nací en Vicuña, pero me llevaron con diez días de vida a La Unión". (Entrevista por Lenka Franulic).

En Chuquisaca muestran la casa en que nació Monteagudo. Monteagudo nació en Tucumán.

En Murcia muestran la casa en que nació Echegaray. La verdad es que Echegaray, el dramaturgo, nació en Madrid el año 1833.

La casa de la chacra Tobalaba, que dicen "de la Quintrala", no tiene otra fuente de información para ostentar dicho origen que la fantasía de los ocupantes actuales de ella. Ni tienen mayor autoridad un retrato, una camisa, una bacinica y una silla para montar que muestran como si hubieran sido quintrialianos.

Un caballero de nombre Puelma Silva conserva en su chacra El Retiro, en Quilpué, "la casa en que se albergó Balmaceda en vísperas de La Placilla". Según don Roberto Hernández, el presidente Balmaceda no pernoctó en Quilpué en agosto de 1891. El 22 de agosto Balmaceda había dicho a don Víctor Echaurren Valero, en Santiago:

—Marcho a ponerme al frente de las tropas. Acompañeme.

Junto con ellos fue un piquete de cien soldados. A las tres treinta se fue a la Estación Central y tomó el único carro de primera del convoy, que partió rápidamente. Llegó a Quillota y puso un telegrama que fue interceptado por la telegrafista, señorita Celinda Arregui, al servicio de los opositores. Pernoctó en la modesta casa del jefe de estación. En la pieza había una estera, un lavatorio y una palmatoria de bronce con resorte para sacar el cabo de vela. A las nueve de la mañana del 23 de agosto partió de Quillota y una hora después llegó a Quilpué, cuya estación, en desorden indescriptible, era hospital y refugio de soldados en derrota, la mayoría ebrios. Balmaceda se dirigió al telégrafo y fue interrumpido por el comandante Moraga, quien anunció la derrota y la llegada del enemigo al puente de las Cucharas. Los cerros de Quilpué estaban cubiertos de tropas opositoras. En vez de seguir a Valparaíso el tren retrocedió a Santiago. A las dos de la tarde llegó a Quillota. El presidente y comitiva almorzaron en el Hotel Soussa. Ahí se dijo que Del Canto había tomado Tobolango. El 23 alojó en la estación de Llay-Llay. El 24 comió un queso de cabra en Montenegro. El 26 se encontraba en la capital, toda llena de rumores. (Datos de Hernández y de Bravo Kendrick).

LA CASA DE BELLO EN CARACAS

Febrero, 1957

Se puede bendecir el espíritu con que los venezolanos veneran y estudian la vida y la obra de sus grandes hombres. Veneración es entusiasmo y pasión con el peligro constante de convertirse en fuego cuyo progreso es preciso vigilar. Hay un límite entre el entusiasmo y la verdad de los hechos. El entusiasmo patriótico suele crear mitos ingenuos y nocivos. Ni Bolívar, ni Miranda ni Bello ganan mediante agregados artificiales a su armoniosa y auténtica realidad.

En Caracas muestran al viajero una casa en la actual calle de Las Mercedes N° 36. Dicen que en ella nació Bello. La verdad se le parece solamente. La casa de la familia Belío López, en Caracas, estuvo situada en el Callejón de Las Mercedes N° 2 Oeste, cerca del templo de la Merced. Templo y casa de la familia Bello fueron destruidos por el terremoto del 26 de marzo de 1812. El año 1827, cuando regresó Bolívar de Perú, "era un hombre exótico", dice Vallenilla Lanz. "Se encontró en Caracas como un duende que llegara de otra vida. Lo que no había destruido el hombre era víctima de la naturaleza". ¡Caracas no existe!, exclamó el Libertador. En el sitio donde estuvo la casa natal de Bello construyeron otra

en 1846. El hecho de que existan casas llamadas históricas es a veces fruto de la fantasía de los propietarios. No hay otra fuente de autoridad que la visión de los ciudadanos actuales. Gabriela Mistral negó que existiera actualmente casa suya de su infancia. Ella la vio por los suelos. Ni son auténticas las casas de la Quintrala, en Tobalaba, ni de O'Higgins en Rancagua.

El barrio en donde estuvo la casa de Bello, en la época del nacimiento de don Andrés, 29 de noviembre de 1781, no era aristocrático, según dijo don Héctor Cuenca. Era un arrabal de la ciudad. Hernán Díaz Arrieta dijo: "Hallábase (la casa) a poca distancia del Convento en el mismo Callejón de Las Mercedes y era una modesta construcción semirural, como situada en los arrabales, entre un huerto de membrillares y naranjos".

Dice el historiador venezolano Gil Fortoul: "Los domingos y fiestas podía verse en los templos de Caracas un cuadro vivo de las castas. A la catedral concurrían los blancos; a la iglesia Candelaria los isleños de Canarias; a Altagracia, los pardos, y a la ermita de San Mauricio, los negros.

Bello fue bautizado en la parroquia de Nuestra Señora de Altagracia. El acto fue inscrito en el libro *para blancos*. Había otros libros para negros y mulatos. Certificó el presbítero doctor Crispulo Uzcátegui.

La división en castas era pavorosa. Entre otros, Vallenilla Lanz recordó: pardos, quinterones, mestizos, blancos de orilla, curanderos, comerciantes, etc., "dispensados por su baxa calidad".

Blancos de orilla son, según el docto Blanco y Azpurúa, "aquellas familias que habitan las extremidades de la ciudad sin influxo y consecuencia en lo público y general".

No sé si por haber vivido fuera de Chile y por haberme criado en un medio ajeno a asuntos de castas, apenas si puedo concebir la fábrica de genealogías falsas, la compra de títulos de Castilla y la madeja de chismes y de enredos de que estuvieron llenas las capitales coloniales de España y Portugal.

En Venezuela dichos enredos alcanzaron temperaturas de rojo blanco. Miranda, el Precursor, es algo así como deslumbrador milagro incubado en la hedionda cocina de la vanidad y de la calumnia. En efecto, su asombrosa carrera se generó en el resentimiento de su padre, *acusado de ser mulato y tendero*.

Los biógrafos de Miranda, Rodríguez Mendoza, Manuel Gálvez, Wolfram Dietrich, Picón Salas, Nucete Sardi y Madariaga, no mencionan la verdadera calle y la casa en que nació el Precursor. Wolfram Dietrich exagera la nobleza del origen del criollo hasta emparentarle con Pico de la Mirándola. El divorcio de la verdad y de la fantasía es grande. Miranda nació en humilde cuna, cuando su padre emigrante de Canarias, "con no muy holgada bolsa, tenía casatienda de mercería y amasijos de harina". Dicha casatienda estuvo situada en la Esquina del Hoyo, límite entre las parroquias de Santa Rosalía y San Pablo. Los biógrafos ponderativos le hacen nacer en la calle de la Divina Aurora, cerca de la Plaza Principal. Esta última fue adquirida por el padre de Miranda el año 1762, cuando Francisco tenía doce años. El biógrafo Angel Grisanti, sin dejar de enumerar los títulos de nobleza de la familia de Miranda, con escudos de todas descripciones, nos permite entrever algo de la realidad escueta en el interesantísimo ensayo titulado *El Precursor Miranda y su familia*.

No fiemos en casas históricas, ni en datos ponderativos de antecedentes de familia de los héroes. La casa de Bolívar, en Caracas, la que conserva el patriotismo de los venezolanos con veneración, es posiblemente la misma en que vio la luz el genio. La misma joya, sólo que engastada en orfebrerías preciosas de cariño y orgullo nacionales. El niño Simoncito apenas la reconocería. Acaso un árbol y él estarían de acuerdo.

Nota: El libro que cité, de Vallenilla Lanz, me fue obsequiado por mi amigo Avelino Urzúa, "venezolano honorario".

O'HIGGINS Y MIRANDA EN LONDRES

Septiembre, 1957

He leído, no una sino varias veces, que O'Higgins visitó a Miranda en Londres en la casa que éste ocupó en Grafton Way. Declaro que es un error, por cuanto O'Higgins estuvo en Londres antes que Miranda se trasladara a la casa de Grafton Way, su última residencia en Inglaterra.

Prueba de las inquietudes y los sobresaltos que sufrían los criollos americanos durante las guerras de independencia es su ubicuidad. Leer la descripción de los domicilios que tuvo Miranda en París y en Londres es impresionante. En París tuvo a veces dos y tres al mismo tiempo, lo cual se explica en las persecuciones que sufrió.

No neguemos el encanto de mudar de domicilio. En las grandes capitales, como París y Londres, mudar es viajar.

En Londres conozco seis domicilios del Precursor. En 1798 vive en Panton Square. De ahí se traslada el mismo año a las afueras de Londres, en New Road. En 1799 se instala en Alsops Buildings. En 1800 cambia a Townrock Street, 13, Bedford Square. Dura poco. Se muda el mismo año a Tavistock Street 23. El último domicilio del hombre desconcertante, el más admirable para el observador sudamericano, es el

de Grafton Way 27. Pagaba cien libras anuales de renta en 1805 y setenta en 1810, de las seiscientas que recibía de Inglaterra.

A Grafton Way llegó en mayo de 1802 en compañía de la mujer menos mitológica de su vida: la judía inglesa Sara Andrews. Esta judía, pese a los novelistas de historia, es la mujer real en el torbellino del delirio mirandiano. A Sara Andrews debió Miranda el período de mayor calma de su vida. El nido. La prueba es que tuvo de Sara dos hijos naturales ahí, en Grafton Way. Miranda la contrató como ama de llaves, cocinera y *bonne à tout faire*. ¡Santa Sara! La que menos nombran los turiferarios del héroe. La más útil, la que más le amó y veneró. O'Higgins debió visitar a Miranda el año 1799, cuando éste vivía en Alsops Buildings.

Hace pocos años colocaron una placa de mármol en la última y célebre casa de Miranda en Londres, llamada Taller de la Unión Americana. La placa dice en inglés y en español:

FRANCISCO DE MIRANDA

1750-1816

Vivió en esta casa, entre 1803 y 1810. Nació en Caracas, Venezuela, y fue el Precursor de la Independencia de las Repúblicas de la América Latina. Fue aquí donde se encontró en 1810 con el Libertador Simón Bolívar.

La emisora BBC de Londres dijo entonces que por dicha casa habían desfilado otras celebridades, como Madariaga, O'Higgins, Nariño, Caro, San Martín, Alvear, Zapiola, Chilabert y otros. Además, don Andrés Bello.

Insisto en que O'Higgins no conoció la casa de Grafton Way, o Grafton Street. Respecto de don Andrés Bello me parece que no hubiera estado mal su nombre en la placa.

En 1810 llegó Bello a Londres en calidad de secretario de la comisión enviada a Inglaterra por la Junta de Caracas, integrada por Bolívar y López Méndez.

Bolívar, según las *Memorias* de O'Leary, convenció a Miranda de la conveniencia de acompañarle a Venezuela. Bolívar partió antes que él, el 21 de septiembre. Miranda partió el 1º de octubre.

Antes de partir, Miranda dejó su casa al cuidado de su ama y manceba Sara Andrews y a la disposición de López Méndez y de Andrés Bello. Dicen que la biblioteca de Miranda sirvió a Bello para el estudio de los clásicos. Era un tesoro. Constaba de seis mil volúmenes.

Nunca más vería Miranda sus libros, ni sus hijos ni su casa de Grafton Way 27. Hoy lleva el número 58. Fue respetada por las bombas de Hitler. Los que eran terrenos baldíos en tiempos del Precursor se transformaron. Los arquitectos Adams hicieron la Plaza Fitzroy. St. Prancras fue construida en 1819. Es actualmente un barrio romántico, de artistas. En él vivió Bernard Shaw.

CHILE EN EL PACIFICO

Agosto, 1952

No sé si otros se extrañarían de que nuestro país, el ganador de la llamada Guerra del Pacífico, no haya figurado en el nuevo Pacto. Dicho Pacto, algo misterioso, ha tenido lugar en Honolulu, y no hay perspectivas para extenderlo fuera de Australia, de Nueva Zelanda y Estados Unidos.

Nuestro país, con cuatro mil kilómetros de costa en el Pacífico, no fue incluido. Quedamos como el joven que pretendía figurar en sociedad, y que notó, desde la primera manifestación de vida social, que no lo tomaban en cuenta. Era ilusión suya la de creerse con derechos a bailar en la fiesta de la *season*, o apertura de la temporada de la *crème*.

Si estudiamos seria y objetivamente el caso, llegaremos a la conclusión de que el error inicial fue nuestro. Un error de principio, por la extensión que dimos a lo puramente local, y el abuso de adjetivos con que pretendimos agrandar hechos históricos que por causas geográficas y políticas han ido disminuyendo, en tanto nosotros continuábamos empeñados en darles amplitud. Dimos a la guerra de 1879, y a sus episodios, nombres que en su tiempo no parecieron extremos ni desmesurados, pero que ahora sí lo son. Hubo, desde luego, el canal de Panamá, aislador de Chile. No olvidemos: desde

1914 el estrecho de Magallanes no es ruta obligada para los norteamericanos del Pacífico, ni para los viajeros internacionales ni para nadie, fuera de nuestros compatriotas australes. El 15 de agosto de 1914 el vapor *Ancón* pasó el canal de Panamá. Los diarios imperialistas o simplemente comerciales de Estados Unidos dijeron que el Caribe sería en adelante un *Mare Nostrum*. En la realidad lo es, pese a la oratoria patrioterica y barata que produce náuseas antes que realidades en el progreso. Cuando comenzó la última guerra europea en el Pacífico, hubo personas de buena fe que creyeron en la enorme importancia que cabría en el conflicto a nuestro país. Otros interesados y de mala fe hicieron potente coro a la idea. Se trataba de una mistificación. La revista norteamericana *Life* publicó un mapa grande del Pacífico. En dicho mapa una raya separaba la parte correspondiente a Chile, en la altura de Galápagos, y decía, en letras gordas: *dead zone* (zona muerta). Esta era la zona de Chile. La Marina chilena tuvo entonces la misión de abastecer a Estados Unidos de materias primas. La de comercio, en el transporte; la de guerra, en la custodia de dichos transportes.

Para los que nos criamos en el siglo pasado, estos hechos desilusionan. Reconozco que los historiadores, con fines evidentemente loables, inflaron nuestras hazañas, o los nombres de los hechos guerreros; así la guerra que otros historiadores foráneos llaman simplemente "del salitre" quedó enfarolada y multiplicada con el suntuoso nombre de "Guerra del Pacífico". Otro historiador la nombró "guerra de Chile contra la Confederación Perú-Boliviana". La batalla de Tacna quedó ornada con el mote de "batalla del Campo de la Alianza". En tierras de oradores y de políticos, donde los pueblos toman las palabras por acciones, la retórica patrioterica obtiene un valor peligroso. A la vista del último censo, que dio a nuestro país cinco millones novecientos mil habitantes, he oído decir que contamos con ocho millones.

—¿Qué razones pudo tener el encargado del censo para adulterar las cifras? —pregunté al mismo señor.

—Se trata de impedir un aumento de representantes parlamentarios —me respondió.

Yo no puedo admitir que esto último sea verdadero. Lo indudable es que oscilamos entre dos males: el verbalismo y la extralimitación. Españoles y portugueses se achacaban vicios parecidos, y así los españoles decían que éstos a cien soldados de caballería les llamaban *cuatrocientos pes de caballo*.

Malas son las extralimitaciones verbales cuando afincan en la realidad del presupuesto. Creernos todavía potencia universal, cuando apenas somos una fuerza suramericana, local, es peligroso y propenso a las desilusiones. Cada vez que escribo de esto, pienso que la crónica podría caer en lectores nuevos; por lo mismo, repito: El Ejército de Chile es el primero de nuestra América; la Marina, lo mismo. Pero tenemos oficialidades para un país de cincuenta millones de habitantes. Si no construimos aquí ni los fusiles, ni los cañones, ni los barcos de guerra, entonces las fuerzas armadas suramericanas son puramente locales. No podrían sostener una guerra con potencias industriales europeas, ni con Norteamérica. Chile encuentra el pretexto de sus armamentos en su pasado histórico y en los países agresivos que le rodean. Los generales en el gobierno son caros y peligrosos, por cuanto sueñan con guerras, con cuarteles modernos y con armamentos. Para los norteamericanos es buen negocio la agresividad suramericana, a manera de mercado para el excedente inservible de sus armamentos. No veo remedio para el mal. Lo cierto es que contamos con cien generales por cada millón de habitantes. En la misma proporción y con una escuela militar en cada Estado, los norteamericanos podrían contar más de quince mil generales.

HEREDEROS DE PEPE BOTELLAS EN SANTIAGO

Febrero, 1959

Es curioso. Los sueños de herencias fabulosas ocurren siempre en verano. En febrero de 1893 los herederos de don Fabiano Echeverría pusieron pleito a la Ilustre Municipalidad de esta capital por la posesión de...

—¿De qué? —dirán ustedes.

—Del Cerro de Santa Lucía. Nada menos. Don Fabiano habría adquirido dicho cerro en cierto remate del año 1828. El juez señor Bernales oyó la reclamación.

De mi fichero:

Hace no pocos años se presentó en una de las notarías de Santiago un caballero de imponente apariencia, parecido a Leonardo de Vinci. Entregó el borrador de su testamento. Legaba un edificio en el centro de la ciudad a la Sociedad de Dolores. Otras dos casas a un convento, otra a su fiel criada. En seguida, legados en dinero y fundos por varios millones.

Cuando murió, este magnífico testador no tenía casas, ni bonos, ni un peso. En el convento le habían levantado un busto.

Año 1947. Los diarios publicaban la noticia de la fortuna de mil quinientos millones de libras esterlinas legadas por el difunto virrey de Madagascar, el catalán don Claudio Bonet, para ser repartidas entre todas las personas que en el mundo llevaran el ya dorado apellido Bonet. El legado, a ciento cuarenta años de plazo, había llegado a la codiciada meta ese año, en las vacaciones de 1947. Notemos, de paso, las coincidencias atmosféricas de estos sueños como novelas de Salgari. Siempre en verano. La carrera del virrey Bonet, nacido en la tierra del Noy del Sucre, es un tejido de aventuras, hasta el broche de oro del testamento. En Chile, los presuntos herederos Bonet fundaron una *Organización Bonet*, o Sociedad Anónima, por medio de acciones. El frío del invierno del mismo año deshizo el sueño del verano. La Embajada de Chile en Londres informó: "Accediendo a peticiones de varios interesados, consultamos al *Register General, Somerset House, Strand W. C. 2* —que lleva el registro de herencias y testamentos más completo—. Revisamos libros desde 1790 hasta 1810 sin encontrar rastros acerca de una *Herencia Bonet*. Londres, junio, 1947".

Otro caso. Verano de 1949. Siempre en verano. Se trataba esta vez de los cientos de millones de dólares depositados en los Estados Unidos por un tal Mr. Robert Lucas Thompson, antepasado de los Thompson de aquí. El resultado de siempre. Nunca se tuvo conocimiento de los millones de mister Lucas.

El mismo año 1949 salió a rodar otra herencia, parecida a las anteriores. Esta vez los millones provenían de la firma *Lanchands*, de Colombo, en la India. El presunto heredero vagaba en Chonchi cubierto de harapos.

En Valparaíso, en febrero de 1958, un joven alemán, con cigarrería en la Plaza de Aníbal Pinto, recibió la noticia —¡caray!— de haber heredado ciento cincuenta mil millones del emigrante alemán Emmerich, tío suyo, fallecido en Nueva York.

Este cuento de vacaciones no logró retirar al joven alemán de la venta de tabacos. ¡A Dios gracias!

En julio del mismo año los diarios anunciaron la muerte de un peluquero chileno, Manuel Vásquez Manríquez, en Nueva York. Este peluquero, casado con la norteamericana Rose Hoch, Avenida Bedford 350, había muerto bajo las ruedas de un camión. No se sabe qué experto misterioso avaluó la fortuna dejada por el fígaro chileno en la suma de un millón de dólares. La hermana del peluquero, la simpática doña Luzmira Vásquez Manríquez, convertida de la noche a la mañana en celebridad social, fotografiada, entrevistada y radiada, decidió partir al país de los rascacielos y de los dólares. No tardó en topar con la realidad triste de los hechos. Su hermano, el peluquero, no había dejado ni para el viaje.

Voy a contar la última ficción de herencias fabulosas, deseando que no termine como las anteriores, por respeto a ilustres próceres de la familia De la Barra, implicada en la novela. Admiro a don Eduardo y a don Miguel de la Barra. Don Eduardo, un sabio y un héroe de la lealtad en 1891. La novela, o historia, es la siguiente. Tomo de la revista *Vea*:

“José Bonaparte se refugió en los Estados Unidos después de la derrota de su hermano Napoleón. Organizó negocios en Nueva Jersey avaluados en varios millones de dólares. Parece que le bajó entonces la inspiración de que sus herederos serían chilenos, por cuanto cambió su rutilante apellido Bonaparte por el de Pereira Lira. Tuvo dos hijas: Angela, a la que desheredó, y Athenais, que casó con un diplomático chileno, don José Miguel de la Barra, en 17 de julio de 1834, en la iglesia San Roque, en París”.

Los documentos publicados en la revista *Vea* desconciertan, en primer lugar, porque parecen auténticos, y no frutos de sueños de verano. ¡Dios quiera! Un detalle: el ex rey José Bonaparte fue llamado Pepe Botellas, o El Tuerto Pepe Botellas, por la chismografía del pueblo madrileño. Es sabido que no era tuerto ni borracho. Don Mariano José de Larra le hizo justicia cuando escribió: “Tenía dos hermosos ojos y

no bebía". Una mujer española, cuando don José entraba en España, por Bayona, escandalizó al público cuando exclamó: "¡Qué guapo es!"

De otra parte, ¿cómo es posible que hasta hoy el gran público no haya sabido absolutamente nada de la fascinante novela de los descendientes de un Bonaparte en Santiago? ¿Cómo es posible creer en el cambio del apellido Bonaparte, con olor a gloria universal, por el de Pereira Lira, muy Huérfanos Street?

LOS MILLONES DE MR. THOMPSON

Abril, 1949

Todos los años el otoño. Caída de las hojas y paso del mito por el cielo. ¿Quién hace los mitos? Nadie lo sabe. Nacen, crecen y pasan. Después de mantenerse en el aire —a veces un mes, a veces menos—, se pierden por los espacios del olvido. Los mitos se componen de diversas maneras de acaeceres. Conocemos el mito del duelo a muerte, el mito del *Baltimore*, el de las barras de oro de Lo Aguila, el de la revolución de Talcahuano, el de Guayacán, el de los salvadores de bañistas, y el de los quintuples de Ovalle.

El último es el mito de la herencia. En 1947 los santiaguinos supimos la historia de la llamada Herencia Bonet. Un señor don Claudio Bonet, catalán, nacido en Villa de Fontenay, en 1715, fue a pelear como marino y soldado en Madagascar. La hija del virrey se enamoró de él. Don Claudio se casó y los naturales de la isla le proclamaron virrey. La fortuna de la princesa isleña era enorme, y el marino, como buen catalán, organizó con ella el Banco de Tananarive. Este Banco prestó al quince y veinte por ciento. En pocos años el dinero se multiplicó. El señor Bonet, sin hijos, murió dejando una fortuna enorme, mitad para la reina Ranavalo y

mitad para su único pariente, don Gabriel Bonet. Los descendientes de este dichoso don Gabriel se habían esparcido por todo el mundo, y una parte se encontraba en Chile, entre Antofagasta y la Plaza de la Victoria, en Valparaíso.

Esto que cuento, tan absurdo, fue sostenido por ciertos órganos de la prensa. Para hacer más complicada la novela se sostenía que el legado de la fortuna fue hecho a ciento cuarenta años de plazo. Este plazo sería cumplido en 1947, y los herederos de Lérida, Zaragoza, Santo Domingo, Antofagasta, Santiago y Valparaíso se conglutinaron comercialmente bajo el título de *Organización Bonet*.

No obstante los peligros que encaran los apagadores de ilusiones, vamos a copiar el telegrama con que la Embajada de Chile en Londres informó al Ministerio de Relaciones Exteriores: "Accediendo a peticiones hechas por varios interesados de Chile, requerí del Register General, Somerset House, Strand, London W. C. 2, oficina pública que lleva el registro de herencias y testamentos del Reino Unido, la información del caso. La oficina mencionada me ha comunicado que no existe en ella ningún antecedente acerca de la Herencia Bonet".

Pasaron dos años y el mito de la herencia ha vuelto, esta vez con el nombre de Thompson y la nacionalidad norteamericana. El virrey de Madagascar se ha vuelto comerciante neoyorquino. Para que el mito tenga probabilidades de durar es preciso que el creador de la fortuna codiciada haya sido excéntrico y muera sin herederos directos. Don Lucas Thompson vivía solo y era solterón. En 1852 depositó tres millones de dólares "en cierto Banco norteamericano". Con su muerte la fortuna quedó prácticamente congelada.

Como en el caso de los Bonet, algunos parientes de don Lucas, o sedicentes herederos, se reunieron y hablaron de fundar una especie de mancomunal. Hay uno que no se dejó engatusar. Don Elliot Robert Thompson, residente en San Bernardo, no ha creído en los millones ni los desea.

Un frío cable de Nueva York ha venido a sepultar el úl-

timo mito. "El Juez James A. Delenhay (siempre que esté bien escrito así) ha dicho que nunca tuvo conocimiento del caso contado en Chile. Si hubiera existido una fortuna sin ser adjudicada a los herederos, él lo hubiera sabido".

Pretender que en Nueva York pudieran existir millones de dólares en Bancos y sin dueños es casi tan infantil como suponer barras de oro enterradas en la hacienda *Lo Aguila* desde 1891, sin que las hubieran descubierto ni desenterrado personas tan avisadas como don Domingo Toro Herrera y su hijo, el actual propietario.

Postulantes a millonarios hay muchos. Lo que falta es la plata.

MITOS DE HERENCIAS

Julio, 1958

Hace no pocos años se presentó en una de las notarías de Santiago un caballero de imponente apariencia, parecido a Leonardo de Vinci. Entregó el borrador de su testamento. Legaba un edificio en el centro de la ciudad a la Sociedad de Dolores. Otras dos casas a un convento, otra a su fiel criada. En seguida, legados en dinero y fundos por varios millones.

Cuando murió, este magnífico testador no tenía casas ni bonos, ni un peso. En el convento le habían levantado un busto. ¡Mala suerte de las criadas chilenas! El único que las recordó en su testamento fue un viejo chocho "sin cobre".

Otro caso. En 1893 —no estoy muy seguro— un caballero Echeverría dejó en herencia a sus hijos e hijas el Cerro de Santa Lucía. Estos lo pidieron para sí al Municipio.

El año 1947 los diarios publicaron la noticia de la existencia de una herencia de mil quinientos millones de libras esterlinas, dejada por un señor Bonet, en Londres. Sus herederos estarían en Chile. La historia del antepasado Bonet parecía cuento de Salgari. Y resultó así. En Londres, donde se dijo que estaba el dinero, respondieron que carecían de antece-

dentes. Puro mito. En Santiago, los presuntos herederos habían fundado una *Organización Bonet*, con acciones.

El año 1949 ocurrió algo parecido con los miles de millones "depositados en los Estados Unidos" por el antepasado de numerosos chilenos, Mr. Robert Lucas Thompson. De Estados Unidos respondieron a los inventores de la novela Thompson que nunca tuvieron conocimiento del asunto.

El mismo año 1949 salió a rodar otra herencia, parecida a las anteriores. Esta vez los millones provenían de la firma *Lanchands*, de Colombo, en la India. El presunto heredero vagaba en Chonchi, cubierto de harapos.

En Valparaíso, en febrero de este año, un joven alemán, con cigarrería en la Plaza de Aníbal Pinto, recibió la noticia —¡caray!— de hacer heredado ciento cincuenta mil millones del emigrante alemán Emmerich, tío suyo, fallecido en Nueva York. ¡Que no abandone los tabacos!

Así hemos llegado al caso de este mes de julio de 1958, a la herencia de mil millones de la simpática dama doña Luzmira Vásquez. ¿Quién inventó el cuento de los mil millones? Parece que doña Luzmira no cobrará ni un centavo.

Lo más interesante del asunto consiste en que el hermano viajero y peluquero prosperó en Nueva York. Tuvo casa y peluquería, valuadas en dieciocho mil buenos dólares. Chile no sentirá ni el olor de dicho dinerillo, pero nos llena de orgullo la hazaña del compatriota. Aquí, no hubiera pasado de la Avenida Matta, sin casa ni ahorros.

LAS HERENCIAS FABULOSAS

Febrero, 1959

"Mi respetado amigo Joaquín: No solamente leo los "Jueves de Joaquín Edwards Bello", sino que los colecciono.

"Soy un gran amigo de su simpático y jovial hermano Emilio. He pertenecido durante veinte años al servicio diplomático, especialmente en los EE. UU., donde serví por un corto tiempo bajo las órdenes de "don Emilio" (cuando estuvo de ministro-encargado de negocios después del accidente aéreo del embajador Manuel Trucco).

"Voy al grano. He leído su artículo del jueves 28 de febrero, titulado "Herederos de Pepe Botellas en Santiago". Su artículo me ha traído a la memoria dos casos que me sucedieron en San Francisco de California, cuando por cerca de diez años desempeñé el puesto de cónsul en esa agradable y hospitalaria ciudad.

"Una vez recibí un oficio del ministro de Relaciones Exteriores, en el cual me solicitaba, en forma perentoria, que me preocupara de obtener los datos sobre la fortuna que había dejado en 1847 un chileno de apellido B... que se había hecho multimillonario durante la fiebre de oro. El señor B... había muerto soltero e intestado, según rezaba el oficio; con-

sulté a un abogado amigo y pedí también ayuda al compatriota de la Universidad de California Dr. Arturo Torres-Rioseco, para que cooperara en este importantísimo asunto. Los descendientes del señor B... llegaban a más de cien, y de acuerdo con el "Reglamento Consular" de aquella época (1939), el cónsul pasaba a recibir un porcentaje importante de las herencias rescatadas. Entre los cien y más herederos, yo pasaba a ser uno de los principales, pues, la fortuna, según los descendientes del señor B..., pasaba de los mil millones de dólares. Mi sueldo en aquella época era doscientos sesenta dólares mensuales. Informé al Ministerio que no había encontrado el menor rastro de la fortuna de B... Los presuntos herederos solicitaron audiencia especial al Presidente don Pedro Aguirre Cerda, quien puso más o menos la siguiente Providencia en mi oficio: "Devuélvase al cónsul de San Francisco y que se preocupe de este importante asunto inmediatamente".

"Dicho sea de paso, el gobierno no proveía de fondos al cónsul para llevar a cabo una investigación tan minuciosa y acuciosa. En las iglesias y cementerios de Sacramento (donde se aseguraba que estaba enterrado el difunto B...) no encontramos nada. Había, sí, un señor B..., en cuya tumba decía: "Nacido en Monterrey en 1679; fallecido en 1822; RIP; su madre, esposa e hijos".

"En esos días de 1939 se exhibía en los cines de San Francisco una obra sobre la vida del discutido suizo John Augustus Sutter, en cuya propiedad, también cerca de Sacramento, se encontraron los grandes filones de oro. Sutter llevó su caso hasta la Corte Suprema de Washington, nada más que para recuperar sus propiedades, y al bajar las escalas, después de conocer que el veredicto le había sido adverso, sufrió un ataque al corazón. Tenía más de ochenta años, y cuarenta años de acción judicial sin interrupción en favor de lo que él consideraba sus legítimos derechos.

"Supo por mi buen amigo, el ex secretario general de la presidencia de entonces, que don Pedro celebró la anotación

que hice sobre Sutter y, más aún, cuando dejaba estampado con mi firma: "el primer perjudicado en no obtener la herencia de los B... es el cónsul suscrito". Ahí terminó el caso de la herencia del millonario B... No sería extraño que los herederos aún tengan esperanzas...

"Pero, mi querido don Joaquín, tengo otro caso. Es corto. Unos miembros de la vieja y distinguida familia Zapata aseguraban que su bisabuelo había ido muy joven a California y que había fallecido soltero e intestado, dejando una fortuna que avaluaban en varios cientos de millones de dólares. Efectivamente, se encontró la tumba del señor Zapata, nacido en Chile. Había fallecido en 1865. Después de mucho indagar, en Sacramento, encontré a un señor Zapata, hombre de más o menos setenta y cinco años. Era el hijo del mentado "millonario". No hablaba una palabra de castellano. Estaba pensionado como profesor de violín de una escuela. Fue extremadamente atento conmigo, casi hasta la exageración. Al retirarme de su casa, la señora, una mujer bonachona, norteamericana, me dijo con especial ternura: "Ha sido un placer tenerlo aquí en esta humilde casa. Mi esposo está muy enfermo. No sabe usted cuánto le agradeceríamos si el Gobierno de Chile (el de mi suegro) pudiera enviarle una mesada, aunque fuera insignificante..."

"Podría contarle muchas anécdotas de millonarios chilenos en California. Las dos anteriores creo que sobran y bastan.

"En otra carta le escribiré sobre un tema mucho más interesante. Será sobre mis conversaciones con la señora Gertrude Atherton. Tengo el libro sobre sus memorias, y, en caso que usted no lo haya leído, se lo ofrezco.

"Su amigo, respetuosamente,

Mario Illanes".

HECHOS FABULOSOS EN VALPARAISO

Febrero, 1958

A veces el aire de Valparaíso se puebla con gérmenes mágicos y ocurren cosas sobrenaturales. Así por ejemplo, tenemos el caso del dueño de una tienda de tabacos y de tarjetas postales en la Plaza de Aníbal Pinto, antiguamente Plaza del Orden. Es alemán. Vive con regularidad y autonormación, conforme a los principios de Kant. Cara rotunda, tipo digestivo, plácido.

Recibió en estos días mágicos cierta carta de su madre desde Alemania. La madre le anunció que es uno de los herederos del emigrante alemán Emmerich de los Estados Unidos, que fue protector y socio de Astor. Este alemán, de apellido Emmerich, el mismo del cigarrero, dejó bienes por valor de ciento cincuenta mil millones al cambio chileno de hoy.

Nuestra alemán de la Plaza de Pinto no se inmuta. Si llegan los millones, bueno. Si no llegan, bueno. Tiene una cara de personaje de cuento de Hoffmann, de esos que de pronto cambian de pelo o se hacen humo entre las torres románticas de Heidelberg. ¡Hay cosas tan extrañas en los cuentos de Hoffmann! Cierta doctor grave y de vida ejemplar sale cierta mañana. Va de visita a la casa de una dama que le llamó. Llega y ve sin inmutarse que sale a abrirle la puerta un avestruz con delantal blanco.

Algo así ha ocurrido a este germano gordo e impasible en la plaza cuya historia es ya toda una novela. ¡Qué extraña plaza! La calle de Melgarejo, por la que escapó el criminal Dubois. La inverosímil calle de Wagner. Las casas centenarias, con ventanas de guillotina. La casa Jacob, donde estuvo Burmeister. La calle de Tubildad, hoy Montt.

En otro diario leo lo siguiente:

"CAÍDA CASUAL EN LA PIEDRA FELIZ

"Con lesiones mortales fue conducido a la Asistencia Pública local José Barrera Valenzuela, domiciliado en Santiago, quien sufrió una caída casual desde una altura de cinco metros, cuando se hallaba en la Piedra Feliz, en Playa Ancha".

La Piedra Feliz, de Playa Ancha, es fatal. La leyenda dice: "el que sube a ella no vuelve". La Piedra le hace feliz.

Hay misterio en Playa Ancha. Un jardín se llama Rubén Darío. En la casa de la familia Silva Endeiza —hogar de Pezoa Véliz— no hay una placa, ni un busto.

Vamos al caso de la lotería. Servirá a los estudiosos para ilustrarnos en el proceso de formación de los mitos. Un antropólogo podrá decir: El carácter mitómano y fantástico del chileno proviene del aislamiento y de tediosos períodos de pobreza de una raza de mineros, de marinos, de jugadores y de aventureros. Es la protesta del hombre brillante de ayer, contra el aburrimiento y la nulidad de hoy.

El caso de la lotería es típico.

En *El Mercurio* de 4 de febrero apareció la siguiente relación, muy periodística, con grandes letras:

"CASO DRAMÁTICO ENCIERRA EL ÚLTIMO "GORDO" DE LA LOTERÍA DE CONCEPCIÓN

"Sus cuatro ganadores siguieron durante doce años el número que resultó premiado. Lo ocurrido al señor Gregorio Pizarro Ramos,

"Uno de aquellos hechos que la fría lógica no puede explicar acaba de ocurrir en nuestra ciudad en relación con el último premio mayor de la Lotería de Concepción. El "gordo" de sesenta millones de pesos —que correspondió al número 18165, vendido en Valparaíso— favoreció a un grupo de cuatro porteños, todos ellos vinculados con las actividades aduaneras.

"Los afortunados fueron los señores Jorge Gallo, socio del Agente de Aduana señor Gerardo Donoso; Oscar Gómez, jefe del Departamento de Encomiendas Internacionales de la Aduana; Sergio Cardemil, funcionario retirado de la Aduana, y Gregorio Pizarro Ramos, funcionario de ese mismo servicio.

"Cabe señalar que estas cuatro personas venían "siguiendo" el número 18165 desde hacía doce años, sin desmayar.

"Pues bien, el hecho inexplicable dice relación con el último de los nombrados, don Gregorio Pizarro Ramos.

"El domingo pasado don Gregorio Pizarro Ramos recibió dos fuertes emociones, de muy diversa índole. La primera, el impacto de alegría que produce el saberse poseedor del número premiado con el gordo de la Lotería. La segunda, la profunda aflicción de perder un pariente cercano, en este caso, su sobrino, don Pedro Pizarro Maureira, hijo de su hermano, don Pedro Pizarro Ramos. El señor Pizarro Maureira estaba desahuciado, víctima de una nefritis ante la cual la ciencia médica fue impotente.

"El señor Gregorio Pizarro había visitado a su sobrino, en su lecho de enfermo, poco antes de su muerte. En relación con esta visita, ha trascendido que en esa oportunidad el señor Pizarro se refirió a la difícil situación económica que le afectaba, y a la que no le veía solución.

"Su sobrino, que le escuchaba con interés, le interrumpió:

"—¿Está seguro, tío, que no tiene solución?

"—No, salvo, claro está, que alguien desde el Más Allá interceda por mí y me saque el "gordo" de la Lotería.

"Cuando el domingo pasado el señor Gregorio Pizarro supo que lo "imposible" había ocurrido, y que la Lotería lo

había convertido en un nuevo millonario, experimentó un comprensible estallido de alegría. Pero de pronto recordó la conversación con su sobrino, el grave estado en que éste se hallaba, y ante lo ocurrido sus palabras de entonces adquirieron un terrible significado.

"Sin pensar ya en el dinero, corrió junto a él. Pero al llegar a su lado pudo darle sólo su último abrazo: porque Pedro Pizarro Maureira falleció entre sus brazos".

Desmentido publicado en el mismo *El Mercurio* del día siguiente, con letra pequeñita y en sitio secundario:

"Sobre un caso que se relaciona con el gordo de la Lotería.

"Señor Director:

"Ruego a usted se sirva tener a bien publicar, en el diario que tan dignamente dirige, la efectividad de los hechos ocurridos con relación a la crónica aparecida en la primera página del diario de hoy (ayer) cuyo título dice: "Caso dramático encierra el último "gordo" de la Lotería de Concepción".

"No es esta crónica informada por mi persona; mis deseos eran guardar el silencio de la noticia para evitarme los sinsabores que precisamente producen las noticias publicadas al respecto.

"Es efectivo que formo parte de las cuatro personas favorecidas con el número 18165 premiado con la Lotería, el cual lo comprábamos desde el año 1934, o sea, 23 años consecutivos.

"Es efectivo que el domingo 2 del presente, condecor de la gravedad en que se encontraba mi sobrino, fui a verlo, y solamente pude hablar con mi hermano, ya que él en ese instante se encontraba en reposo absoluto y sólo pude mirarlo y despedirme en silencio. La noticia del número premiado la sabía muchas horas antes de esta visita, de tal manera que era absolutamente imposible sostener una conversación y en

ningún caso respecto a dinero, como se alude en la crónica publicada.

"Referente a mi situación económica, es totalmente falso que era aflictiva. Mi estado financiero, tanto comercial como bancario, es absolutamente solvente y no tengo compromisos ni deudas que vengan a saldarse con el dinero de la Lotería.

"Sin otro particular, saluda atte. a usted, *Gregorio Pizarro Ramos*".

¿No es verdad que el caso podría servir a un antropólogo para el estudio de ciertos aspectos de nuestro carácter?

CHISTES DE DON RAMON BARROS LUCO

Marzo, 1950

Un cliente se acerca al mesón y pide:

—Un barrosluco y una pilsener.

El barrosluco es un sandwich compuesto de lomo caliente con queso también caliente. Se podría discutir la eficacia del gobierno de don Ramón Barros Luco, pero nadie discutirá la gracia que tuvo. El pueblo generoso le ha levantado un monumento culinario.

El recuerdo de don Ramón se explica en una docena de salidas auténticas y otra docena de inventadas, a su manera, por sus admiradores. La personalidad de don Ramón ha sido el pie forzado, y el público hizo el resto. Actualmente ni él mismo se reconocería en el retrato que le hicimos. La gloria del señor Barros Luco es casi al revés de la gloria de Portales, y no ha sufrido la hidropesía histórica de aquél. Eso sí, le gana en popularidad. Cuando un hombre cría fama de humorista, el público le ayuda.

Los chistes de don Ramón provienen de un profundo conocimiento del carácter nacional, y dan a entender el deseo del presidente de evitar la ansiedad en la política, mediante el desvío de los asuntos al parecer graves desde el camino de

la tragedia al de la risa. Es un buen sistema. La Primera Guerra Mundial —citó Alejandro Tinsly— estalló porque el Kaiser no sabía ser un humorista. He aquí explicado en otro plano el valor terapéutico de los chistes de don Ramón Barros Luco en un país difícil de gobernar. Lutero decía que no deseaba ir al cielo si allí no se entendían chistes. Nietzsche consideraba la risa como un criterio para un tipo superior de humanidad, y Keyserling reconoció en nosotros los chilenos la superioridad de la autocrítica humorística.

Veamos al hombre de ojos ansiosos, al político que aborda la serenidad búdica del presidente Barros Luco, seguro de sacarle de sus casillas, y le dice, con la voz angustiada:

—Se están batiendo. Los huelguistas y los gendarmes se baten.

Don Ramón murmura:

—¿Quiénes van ganando?

El político se detiene. Resuella. Saca el pañuelo del bolsillo. Está vencido. Otra vez se trata del ministro de Argentina, el ponderado y docto don Lorenzo Anadón. Ha ido a La Moneda para decir que no se atreve a marcharse antes que S. E. haya firmado el pacto referente a los vinos.

—No me podría presentar con las manos vacías en Mendoza.

—Váyase por el Estrecho —le dice don Ramón.

Otro: recibe un telegrama del gobernador que ha sido reemplazado por malo. El telegrama dice: "Las sociedades obreras y las personas más importantes piden que me quede". Responde don Ramón: "No les haga caso".

Cuando le eligieron para presidente, recibió de cierto funcionario dudoso el siguiente parte: "Estoy enteramente a sus órdenes". Don Ramón respondió: "Era de que no".

Nuestro pueblo, el escultor de este personaje sin estatuas, poco adentrado en la historia clásica, le quiere así, como lo ha forjado, a lo huaso viejo, llano, dueño de recetas caseras.

Señalar el límite entre la fábula y la historia es empresa difícil. Los historiadores interpretan los hechos cada cual a

su manera. El médico y fisiólogo francés Dumas, en el aniversario de Goethe, dijo que nada justificaba la interpretación que han dado a las últimas palabras del genio alemán, y que ha sido propagada por la tradición. Según él, Goethe dijo *Más luz* simplemente porque su vista se apagaba y el cuarto estaba oscuro. Miles de moribundos piden más luz y más aire. Por lo mismo les ponen balones de oxígeno. El público quiere que los héroes mueran para el público, pero hay veces en que mueren simplemente para ellos, sin teatralidades. A lo mejor, el presidente Barros Luco no pensó en hacer chistes para la galería, sino para su tranquilidad, y no creyó que le celebraríamos como humorista sino como estadista y por su gravedad. Pruebas al canto:

En la revolución de 1891 don Ramón estuvo embarcado en el crucero *Blanco*. Este crucero fue torpedeado y hundido en Caldera. Según la tradición, el señor Barros Luco habría repetido el rapto de Europa, a su manera, salvándose agarrado de la cola de un vacuno. En las *Memorias* de don Alejandro Lira encontré una página de enorme interés para el asunto que nos entretiene. Es la página 104. El señor Lira era ministro del señor Barros Luco. Dice:

"Estábamos en torno de él, del Presidente, se entiende, todos los Ministros, en un momento de buen humor y de confidencias. Uno de nosotros le dijo familiarmente:

"—¿Por qué no cuenta cómo se salvó el 91, en Caldera?"

"Al oír esta pregunta vi por primera vez una expresión de molestia en el rostro del Excelentísimo señor Barros Luco. Le señaló al interpelante la inoportunidad de imitar a sus enemigos políticos, que habían pretendido ridiculizarle con la invención tan conocida".

Si no fue cierto lo de Caldera, puedo decir que encontré un nuevo mito para mi colección. Según dice don Francisco Encina, en su historia monumental de Chile, tomo decimoquinto, el señor Barros Luco esculpió en una frase lapidaria su conducta política: "La mitad de las dificultades se resuelven solas y la otra mitad no tienen solución". Encontré una

máxima parecida en la autobiografía de Rudyard Kipling. Es india, adoptada, por el padre del escritor: "La mayoría de las cosas en este mundo se resuelven dejándolas solas". Acaso en las venas de don Ramón corría una dosis de sangre musulmana. Un pachá sentencioso, en Constantinopla, decía: "Dos días me tienen sin cuidado: el que no ha venido y el que ha pasado".

MITOS DE BARROS LUCO

Marzo, 1950

Entre las cartas que recibí referentes al asunto del salvamento de don Ramón Barros Luco, la mejor es la que dice: "En Caldera vive todavía el señor Eduardo Aracena, tripulante de una chalupa fletera en la madrugada del hundimiento del *Blanco*. Entre otros náufragos, este don Eduardo salvó a don Ramón Barros Luco, según él mismo me lo ha contado varias veces; de modo que el asunto de la ternera es leyenda. Le doy este dato y le dejo mi nombre por si acaso le interesa tener relación más detallada. Firma: Jorge Fernández, capitán de navío (R), *Santiago, Ministerio de Defensa Nacional, Oficina Meteorológica de Chile, Quinta Normal, Casilla 717*".

Respuesta: En el libro *Memorias*, de don Alejandro Lira, en la escena del desmentido que dio el entonces presidente don Ramón Barros Luco a la pregunta festiva de uno de sus ministros, respecto de su salvamento en Caldera, las palabras finales de don Ramón no mencionan la chalupa, ni el nombre de persona alguna. Dice simplemente que dormía y que despertó en la playa. Termina de esta manera:

“Muchos médicos a quienes he contado este suceso me han dicho que ciertamente la explosión y conmoción producidas sobre mi cabeza por el estallido del torpedo que hundió al buque, me causaron un súbito aturdimiento, y sólo recuperé mis sentidos cuando ya las olas del mar me habían arrojado a la playa”.

De mi parte creo en la versión del señor Aracena y en el olvido de don Ramón. En adelante, el nombre de Aracena quedará —para mí, por lo menos— incorporado a nuestra historia a manera de factor providencial en la vitalidad del presidente que hizo del chiste breve un arma decisiva en el camino de la tranquilidad suya y de todos. Su escapada con vida del torpedo disparado por mano chilena, bajo bandera chilena, debió hacerle meditar y llegar a la certeza de que el peor presidente constitucional es mejor que un tirano y que una revolución. Durante su período no se rompió el equilibrio y pasó, semejante al *Rey Petiso* de las caricaturas tan conocidas, poniendo un pie primero y otro después, con sumo cuidado, en la cuerda tendida sobre infinitos peligros. Vaya un ejemplo:

Durante el período final de su presidencia los jóvenes militares demostraron cierto descontento. Un general, amigo de don Ramón, se acercó al bufete presidencial en La Moneda para darle parte del asunto. Al mismo tiempo mostró un grueso rollo de papel en el que iban detalladas las observaciones debatidas por los militares. Con respeto y precaución dejó el rollo en la mesa.

—¿Tendría S. E. la bondad de leerlo? Se trata de un síntoma grave.

Sin demostrar ansiedad, don Ramón le respondió:

—Déjelo aquí y pase dentro de un mes.

Este chiste es inventado, sin duda, pero contiene una receta contra los sembradores de ansiedad. Hay otro auténtico. Se refiere al A. B. C. El canciller brasileño Muller fue autor de un proyecto de unión de Argentina, Brasil y Chile, en 1915. Se encontraban en Santiago en mayo de ese año Muller

de Brasil, y Murature, de Argentina. En el banquete celebrado en la Escuela Militar de Santiago, el Excmo. señor Barros Luco recibió un borrador del discurso de ofrecimiento. Don Ramón lo olvidó. En cambio improvisó otro en el que dijo: Las demás naciones americanas pueden adherir al A. B. C. si así lo desean.

BARRAS DE ORO EN LO AGUILA

Abril, 1944

Me preguntaron si creía posible la existencia de un entierro de barras de oro en el fundo *Lo Aguila*. Las personas indagantes llevaban el pequeño diario surtidor de la noticia folletinesca. Aparecía en el diario la fotografía del ex soldado, sedicente de la guardia de La Moneda, en 1891, que habría ayudado en el acarreo de las barras en cuestión.

—No. No creo de ninguna manera —les dije—, por varias razones. Desde luego, el fundo *Lo Aguila* perteneció a la ilustre dama doña Emilia Herrera de Toro; después pasó a su hijo don Domingo de Toro Herrera, y ahora es propiedad de don Domingo de Toro Astaburuaga. Pues bien, todo santiaguino un poco antiguo, conocedor somero de nuestra sociedad, sabe lo imposible que hubiera sido substraer al *flair* exquisito, a la perspicacia y a la distinción de don Domingo de Toro Herrera, un tesoro en relucientes barras del metal tentador que los antiguos llamaron excremento de Satanás. Pero todo eso es secundario y queda descartado a primeras por absurdo. En tiempos de Balmaceda —y sin Contraloría— el manejo de las finanzas era algo serio. Las cuentas, detalladas de manera precisa, no dejaban resquicios para filtracio-

nes maliciosas, ni para gollerías familiares, ni para decretos de insistencia, ni aun para gastos privados. Se trataba —todavía— de un presupuesto capaz de competir con la Carta de don Alfonso el Sabio. Durante la tragedia que culminó en los campos de Concón y Placilla, los dos bandos que se trenzaron en lucha mortal se apresuraron para pagar, cada uno de su cuenta, los intereses de nuestra deuda externa en Europa. Una vez derrotado el señor Balmaceda, la prensa adversa a él —la conservadora, en primer plano— le atacó de manera inmisericorde, sanguinaria y en extremo realista, sin perder un solo detalle del manejo de las finanzas en el último año. Esto lo sabe un niño, y bastaría pedir los diarios de la época en la Biblioteca Nacional para que se disipe hasta la más leve sombra de duda.

CHISTES VIEJOS

Mayo, 1953

Víctor Domingo Silva escribió ayer de anécdotas viejas y renovadas cada año, o atribuidas a personas contemporáneas en diversos países. En mi fichero tengo lo siguiente: Entra uno en la peluquería y el fígaro le pregunta:

—¿Cómo quiere que le corte el pelo?

—Sin hablar —responde el cliente.

Según Pérez de Ayala, cuya crónica extravié, esta anécdota se encuentra en un clásico griego anterior a Cristo. Ayer me decían: ¿Cuál es el cine más corto de Santiago? "El Metro". Este chiste es acomodado de uno de Madrid: "¿Cuál es la distancia más corta en Madrid?" "De la Puerta del Sol a Cuatro Caminos, porque no hay más que un Metro". La anécdota del cochero y del yanqui ha recorrido todos los países de habla castellana. Se trata de un turista yanqui que dice: "En mi tierra tardan un mes en construir un edificio de diez pisos". Poco más tarde pasan frente a un edificio de varios pisos. El yanqui pregunta al cochero: "¿Qué edificio es éste?" El cochero responde: "No sé. Ayer no estaba".

Un chiste que oí cuando tenía catorce años, en la Pastelería Torres, Ahumada con Huérfanos, contado por Eduardo

Nelson, el Payaso, es el siguiente: Le preguntaron a Ramiro Vicuña que en qué vino Colón a América. Ramiro respondió: "En balde". Sorpresa del profesor. Ramiro muestra el texto y lee: "En balde fue Colón a América, por cuanto España no le supo agradecer", etc. Este chiste se lo cuelgan ahora, con variantes, a Armando Hinojosa, que de otra parte no lo necesita. Don Ramón Barros Luco es otra percha para toda clase de chistes. Los cuentos que aquí llamamos "alemanes" en Madrid los llaman "americanos". Los llevó a Madrid Joaquín Montero y los divulgaba Bagaría, entre otros.

El de Benavente: "No me agrada hablar a tontas y a locas", lo contaban aquí como que lo hubiera dicho cuando las socias del Club de Señoras discutieron si podrían recibirle u oírle, y al fin se decidieron a hacerle el honor de darle el pase.

En cierto periódico francés de este año, en la sección *Concurs Ricard d'histoires marseillaises*, encontré dos chistes que oí hace medio siglo por lo menos. Uno trata del hombre ingenioso que reemplazó a las palomas mensajeras mediante el sustituto de un invento suyo, sensacional: un ave que daría los mensajes de viva voz. ¿Qué ave sería ésa? La cría de un loro con paloma.

Otro chiste que oí a un tío mío, en Quilpué, posiblemente en el siglo pasado. Este tío, marino, hermano de mi madre, había recorrido medio mundo y estuvo embarcado en un crucero británico. El cuento es el siguiente: Un padre estaba desesperado con un hijo que tenía la manía de apostar a todo evento. Lo embarcó para ver si navegando perdía la maldita costumbre. Cuando se despidió le dijo al capitán, que era un viejo cascarrabias:

—Que nadie le haga caso, ni le apueste, a ver si se cura.

—¡Conforme!

Dos horas después de embarcado el joven apostador fue a ver al capitán y le dijo:

—Usted padece de un tumor en la parte baja de la espalda.

—¡No, señor! —exclamó iracundo el capitán.

—¡Le apuesto diez libras a que tiene un tumor!

—¡Cómo no voy a saber yo que no tengo! —insistió rabioso el capitán.

—¡Pruebe que no tiene!

El capitán —seguro de ganar— se levantó la camisa y mostró su dorso. No tenía un tumor. Cobró las diez libras y se rió de la estupidez del muchacho. Cuando regresaron del viaje, el capitán explicó el caso al padre del muchacho. Le dijo que había aceptado la apuesta, seguro de ganar, para quitarle los deseos de apostar.

—¡Me fregué! —gritó el padre, desesperado—. ¡Antes de embarcar apostó conmigo veinte libras a que haría sacarse la camisa al capitán para mostrarle salva sea la parte!

El viejo chiste apareció firmado *Potasse* en el periódico francés *Humour Magazine*, número 33, de enero de 1953, 20 calle La Bruyère, París (9). Por lo demás es un magnífico magazine. *Nil novi sub sole*. Esto último es de Salomón, en el Eclesiastés. Nada nuevo, nada nuevo.

EL TESORO DE VALPARAISO

Marzo, 1956

Otra vez buscan el tesoro de Drake. Antes lo buscaron en Guayacán y en la isla de Juan Fernández. Don Ricardo Latcham, padre, desengañó a los de Guayacán. Los de Juan Fernández se desilusionaron personalmente, después de gastar una suma que pudo ser el tesoro para una familia modesta. Esto del "entierro" de Drake es algo parecido a los cuentos del paquete y del billete de lotería. Docenas de veces los diarios publican casos de infelices cazados con la burda técnica, lo cual no impide que sigan cayendo. Es infinito el número de tontos. Los buscadores del tesoro de Drake no han terminado. Volverán cada año como las caídas de las hojas en el otoño. Cuando buscaban en Juan Fernández dije al amigo de uno de los socios:

—Es absurdo. Buscar un tesoro de Drake en tierras coloniales españolas es no conocer a Drake ni a Inglaterra.

Vi dibujarse en su rostro un gesto de desconfianza y de suficiencia, repetido cientos de veces. Me respondió:

—Usted no sabe. El asunto es muy serio. Llevan un plano del entierro.

—¡Cuidado! He leído algo de Drake —le respondí.

La expedición se llevó a cabo el año 1951. No sé a cuánto subiría el gasto. Se puede explicar la aventura como calaverada de jóvenes, tan ricos como ignorantes en Drake. Se puede pasar el caso como broma sensacionalista, o provecho de diarios poco aprensivos. No pasaba día sin que aparecieran noticias fantasmales referentes a la codicia por el tesoro. El 15 de marzo de 1951. *La Opinión*, Q. E. P. D., publicaba, a cuatro columnas: *Buque extranjero fletado a Juan Fernández pretendería participar en el tesoro*. La busca de dicho tesoro había sido autorizada por Decreto Supremo. Intervinieron el gobernador marítimo, señor Monsálvez, y el director de Bienes Nacionales, señor Enrique Muñoz Mena. *La Opinión* terminaba así:

“Si el Gobierno le ha dado tanta importancia al asunto debería mandar un transporte de la Armada, con armamento y fuerza militar para asegurar que no serán burlados los intereses del Fisco”.

El asunto terminó de manera lamentable. Regresaron los buscadores del tesoro como dicen los franceses del pescador que no coge un mal bagre: *bredouilles*. Si he dudado del encuentro del tesoro de Drake es porque he leído la historia del marino en diversos libros. He leído en la Biblioteca Nacional: *Drake, the English hero. 1710. Printed in Cheapside, Edit. Nath Crouch*. He leído *El Cuadro histórico de las Indias*, por Madariaga. He leído a Van Loon. He leído *The voyage of the Pelican*, por Mowbray Morris. He leído *La Historia de Inglaterra*, de Chesterton. He leído la de Maurois. La hazaña de Drake parece novelá de Verne. El marino en la vuelta a Inglaterra sabía que una flota española le perseguía. El poder naval español entonces era temible. Norma inseparable de Drake era: “antes que perder un gramo de mi tesoro prefiero perder mi vida”.

No podía esperar un regreso a la América española. La idea de que haya enterrado parte del tesoro es absurda por donde se la mire. *He knew that he could not turn back with all the spanish fleet on the look out.*

En dichas circunstancias y en su tiempo, Drake hacía el papel de audaz burlador de una escuadra todopoderosa, como más tarde harían los cruceros alemanes Von Tirpitz y de Hitler. Antes de llegar a Inglaterra, en mares europeos, le sorprendió el más violento temporal. Drake hizo arrojar al agua mucha carga, y hasta víveres, pero ni un gramo de su tesoro, cuyo valor era de más de trescientas mil libras esterlinas. Base del *Bank of England*.

Asombroso es por todo lo dicho que un hombre de Valparaíso busque actualmente, en marzo de 1956, el tesoro de Drake en cierta caverna del fundo La Poza, en la Quebrada Verde. Se trata esta vez del señor Marillanca, dueño de una carnicería de la calle de Eloy Alfaro, N^o 351. Lleva gastados doscientos tiros de dinamita. ¡Salvas a Drake! ¡Desengáñese, señor Marillanca! El tesoro material que usted busca no existe. Pero hay otro espiritual que posiblemente está en usted mismo. Hay tesoros en Valparaíso. Tesoros son la Universidad Santa María y el buen comportamiento de sus habitantes. Ese es el gran tesoro. Si yo fuera alcalde, haría colocar este letrero en calles y plazas, desde el Barón hasta Playa Ancha:

HIJOS DE VALPARAISO

El mayor tesoro de Valparaíso y de Viña del Mar consiste en el comportamiento amistoso y honesto de sus habitantes. Este comportamiento es reconocido y celebrado por los visitantes nacionales y por los turistas.

Recordemos sin cesar que la conservación de dicho tesoro depende de la perseverancia en la buena conducta.

UN BUSCADOR DE TESOROS MURIO EN ACTOS DEL SERVICIO

Diciembre, 1956

“Valparaíso. En la mañana de ayer encontró la muerte, al caer en el sitio donde buscaba el tesoro de Drake, el señor Manuel Marillanca, domiciliado en la calle de Eloy Alfaro.

“El señor Marillanca había vendido la carnicería en el N° 351 de dicha calle Alfaro en el Cerro del Barón, para dedicarse del todo a la busca del tesoro en el fundo La Poza, entre Playa Ancha y la Laguna Verde”.

Así leí ayer. La triste noticia no puede dejar de interesarme, por cuanto hace poco menos de un año, estando en Valparaíso, tuve noticias de la locura de este compatriota del barrio famoso de Calaguala. Grandes y chicos, modestos y poderosos, sufren de tarde en tarde el contagio de esta locura nacional, *la locura del tesoro del pirata Drake*. Unos encaminan sus planos, barretas y azadones a las playas de Guayacán, otros a la isla encantada de Robinson. El señor Marillanca Rozas se dejó convencer por los planos “antiquísimos” del coquimbano y minero don Manuel Morales y Morales. Coquimbo es actualmente la tierra de los poetas de tesoros. El complejo coquimbano consiste en transformar caca de gavio-
tas en onzas peluconas.

El jueves 8 de marzo de este año puse en guardia al señor Marillanca, Q. E. P. D., de la insensatez de su proceder. En esa fecha había partido ya esta especie nacional de Tartarín, provisto de doscientos tiros de dinamita, al sitio indicado por el minero de Coquimbo para desenterrar el tesoro.

Le repetí entonces lo de tantas veces: *No puede haber tesoro de Drake en ninguna parte, fuera de Inglaterra, a donde llegó íntegro.* Si no encontró dicho tesoro en Guayacán, el primer Edwards que ahí se asentó, es señal de que no existe. El pirata Drake igualaba su talento y su audacia de marino con su rapacidad consumada. El viaje de Inglaterra a nuestros mares, ida y vuelta, duró tres años, de 1577 a 1580. Su empresa estuvo dominada por la más inaudita obsesión de oro. Soñaba con oro y con tesoros de toda clase, como Colón. No le atraían otros productos, frutas, maderas, especias o indios. Solamente el oro, las perlas, las esmeraldas, la plata. Sus expediciones tuvieron sello comercial. En una de ellas repartió el dividendo de cinco mil por ciento fuera de su parte. Como tal, fue Drake uno de los fundadores del Imperio, de la City, del Banco de Inglaterra, de Lloyds, de los Dock del Mincing Lane, y en fin, de todo el gigantesco depósito portuario de la isla pobre, pero dueña del océano.

Léase Londres.

El tesoro de Drake era su vida misma. En un momento de peligro de naufragio, mandó arrojar al mar cuatro toesas de víveres, antes que un gramo del teroro, que llegó a Plymouth en 1580.

Cada vez que aparecen buscadores del tesoro de Drake (actualmente hay tres), escribo algo parecido a esto. Veo ahora mismo un ejemplar del diario *La Opinión*, de marzo de 1951. Produce pena. Un joven millonario santiaguino, engañado con planos y documentos falsificados por un vivo extranjero, encontró apoyo en las autoridades marítimas para buscar el tesoro de Drake en Juan Fernández.

Produce pena leer eso. Hay un abismo de incomprensión. Cada día que pasa se arraiga más en mí uno de los versos

de don José Joaquín de Mora, con el concepto que se formó sobre nuestra capacidad mental. El sabio español dijo: "En vez de mente, masa tenebrosa". Algunas veces le sobra razón. Las reiteradas búsquedas del tesoro del pirata inglés me parecen, además, deprimentes y vergonzosas. Deprimentes por cuanto revelan un acomodo del tremendo y aterrador pirata del siglo de oro inglés para el uso de mentalidades microscópicas de ahora. Es infantil. La audacia y la pericia de un marino inglés de Isabel son algo inconcebible ahora. Los buscadores de su tesoro en las playas de recreo lo humanizan y lo infantilizan. Algo es algo.

SANTOS CHOCANO Y EL ENTIERRO

13 diciembre, 1934

Para empezar, y en nombre de los escritores, es preciso asegurar que el inolvidable poeta peruano era sobrio, de higiénicas costumbres, animado de un viejo espíritu de familia, amante y tierno dentro de su hogar. Considerando las circunstancias especiales que rodean a su muerte, y que podrían prestarse a antojadizas interpretaciones, es preciso declarar que el matador, ciertamente un loco, creyó que el tesoro fue encontrado; de este morboso absurdo emanó su rencor. No había deuda personal entre ellos, sino la creencia de parte del matador de haber sido engañado, "cuando un tal *tonto Manuel* encontró el entierro, que fue repartido..." De ese engranaje inconcebible de absurdos germinó la ira, y luego la tragedia; todo ello obra de un anormal.

* * *

Chocano alentaba el ideal del continentalismo americano. Según su ideario, América tenía una sola alma. Recorrió diversas repúblicas, y en su amor por la gloria, mezclado con el ansia de oro, no hizo sino repetir a los conquistadores, de

quienes parecía ser la supervivencia en estas épocas de grisácea democracia y escasez de grandeza en las empresas. Su manera de enfocar el poder era perfectamente lógica, aunque irritara a ciertos idealistas literarios a estilo del malogrado e interesante Elmore, o del tronitonte Vargas Vila. Según lo que hemos leído de él, Elmore se manifestaba enemigo de la fuerza, lo cual es un contrasentido, puesto que sin fuerza no puede sustentarse ningún ideal, ni siquiera la libertad. El Apra peruano sabe perfectamente, a estas fechas, lo útil y primordial que es la fuerza. Contra un puño amenazante no hay más remedio que otro puño más fuerte, y contra el cesarismo del dólar no hay más remedio que el archicesarismo del peso. Lo demás son garrambainas.

Habiéndose hecho una especie de lírico mentor de Estrada Cabrera, en Centroamérica, Chocano desató las iras de ese vigía decorativo, apostado en París, que se llamó Vargas Vila, maestro hinchado de orgullo, de latines y de citas romanas. Cuando Vargas Vila decía más horrores del poeta peruano, una revolución derrocó a Cabrera. Chocano fue condenado a muerte. Entonces se pasó una lista a los intelectuales del mundo, para que suscribieran un llamado a la libertad del condenado. Vargas Vila, todo lo enemigo que era del tirano Cabrera y de su mentor, firmó, diciendo:

—No quiero que condenen a muerte a Chocano.

—¿Ahora le salva usted?

—No. Es que ese hombre, que ha deshonrado a la patria y a la América, deshonraría también al patíbulo. Yo he salvado al patíbulo de la presencia de Chocano.

Después, Vargas Vila continuó fulminando contra Lugones y, especialmente, contra Leguía, a quien llamó: "gusano de seda con ínfulas de serpiente pitón". Al a látere leguista Guillén le llamó: "rata hidrófoba de las alcantarillas de los conventos de Lima".

Como se ve, los epítetos del autor de *Ibis* eran tan fuertes, que llegaban a ser inocuos. Mucho veneno no mata.

* * *

Dijo una tarde Chocano: "Si debieran desaparecer todos los libros del mundo, y quedar dos solamente, yo pediría que guardaran: *Las vírgenes de las rocas*, de d'Annunzio, y *Sangre, voluptuosidad y muerte*, de Barrès. Su autor favorito era d'Annunzio, y el hombre más genial a quien dijo haber conocido fue Pancho Villa.

Debo recordar el amor profundo y sincero que manifiestan hacia México los escritores que tuvieron el agrado de vivir en esa tierra algo quimérica y poética: Valle Inclán, Gabriela Mistral, Chocano. Todos ellos quedaron meduseados por esa tierra de pasión y de ensueño. ¿Y qué decir de Mayne Ryed y de Lawrence? Algo, algo grande hay en México, sin duda.

* * *

Hablando en la intimidad de la guerra del Pacífico, pero en mucha intimidad y alegremente decía:

—Miren ustedes. En Tacna, el jefe del ejército fue el almirante Montero, hombre simpatiquísimo, tan simpatiquísimo, que el día de la batalla estaban todos curados como cuero... No hay plaga peor que los simpáticos...

Nosotros, llevados del momento de expansión, le recitamos una poesía humorística de esa guerra:

*¿Quién es el viejito
que apenas se mueve?
Es un veterano
del setenta y nueve.
Hace medio siglo
se tomaba el Morro:
hoy está tan débil,
que duerme con gorro...*

El poeta reía...

SANTOS CHOCANO
1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13

Las letras de su nombre suman 13. Era un supersticioso, como Queiroz. A veces iba a hacerse rociar de agua bendita. Creía que un retrato en la pared no debía ladearse, porque traía mala suerte.

Hace tres días fue a ver a una adivina, madame Eriz, quien le auguró la tragedia.

—Veo que la muerte le ronda, o pasa cerca de usted —le dijo.

Chocano se interesó bastante por esta dama y tan cierto es que el día 13, cuando entró en el tranvía, donde le había precedido la muerte, llevaba un libro dedicado a madame Eriz, con la cual tenía cita.

La gran cita, a la cual ninguno faltará: la cita con la Desnarigada.

PARAISO DE PASCUA

Febrero, 1934

En cierta crónica del doctor Marín, que estuvo en la isla de Pascua, encontré lo mejor que al respecto he sabido, después de la reflexión de Omer Emeth en el prólogo del libro pascuense de Vives. La observación del doctor Marín me sugiere el siguiente discurso que echa un gobernador imaginario de Pascua a un visitante:

—Si quiere entender de verdad sobre esta isla aparte de su cabeza lo que haya oído o leído sobre ella en Chile. Mi mayor entretenimiento aquí consiste en leer lo que por allá dicen. Lo colecciono y lo pego en este libro titulado: *Mito de Pascua*. Mire los títulos: *Imperio colonial chileno*, *Tres ensayos sobre Rapa Nui*, *La mariposa que voló sobre Pascua*, *El embrujo de Pascua*, *Hora de decisión para Pascua*, *Despensa del porvenir en Rapa Nui*, *Pascua, llave del Pacífico*, *Té, café y chocolate de Pascua*, *Mano de obra pascuense para el salitre*, *Mataverí, paraíso del turismo*...

"Ya ve usted los títulos. En los años que llevo en esta isla del olvido sólo una utilidad le vi.

—¿Cuál?

—La de deshacerse de los salvadores de la patria de ma-

nera barata. En vez de mandarlos de observadores al Turquestán, a Pekín o a París, los trajeron aquí. No hay bicho más peligroso que el salvador de la patria. Aquí se desahogaron entre ellos...

—¿Cómo?

—Peleando unos con otros. Por un cepillo de dientes, por cigarrillos, por un vaso de vino y, sobre todo, por la costumbre.

—¿Y lo del café y el cacao?

—¡Fantasías!

—¿Y el casino en la playa de Mataveri?

—Mire usted. Mataveri es un hoyo de viento y excrementos. Según el finado obispo Edwards, hay ahí una piedras que recuerdan al sacerdote que se comieron en curanto. Contaba el mismo obispo, que era muy chistoso, lo siguiente: le preguntaron a unos canacas que a quiénes preferían, si a los misioneros católicos o a los protestantes. Los canacas respondieron en el acto, mirando la barriga del obispo con ojos concupiscentes: "a los católicos". ¿Por que?, les preguntaron. "Más gordos y sabrosos", respondió el canaca viejo. ¿Leyó al doctor Marín en *El Mercurio*?

—No.

—Dice que cuando preparaba la máquina para tomar la fotografía de un grupo de nativos uno de ellos se desprendió y dijo: "¿Cuánto me van a pagar? Yo quiero cigarrillos y un traje nuevo como el suyo". Como trataran de explicarle que el acto era amistoso y gratuito, replicó: "No lo creo. Si todo lo hicieran gratuitamente no irían tan elegantes ni tan saludables. Ustedes nos explotan y viven de nosotros". El doctor Marín agregaba que llevaban medicinas por valor de mil dólares. La actitud del agitador de Pascua es parecida a la actitud del agitador de aquí. Recibimos regalos de Rockefeller, de Danciger, de Marshall y de otros capitalistas norteamericanos. En seguida nos decimos: a mí no me la pega, por algo será. Después pasa un grupo de nativos con una banderita de a peso en que se lee: *Abajo los yanquis*. El pas-

cuense es un ser paradisiaco, es el hombre de Rousseau y de Montaigne. Podría cantar el *modinho* bahiano: *Canto canções en qualquer lugar mais nao me agrada trabalhar*. Cuando se cansa come una banana que toma del árbol. El robo no es un pecado sino un deporte. Cada año desaparecen cientos de corderos del canaca que trabaja. Nadie chista, ni delata. Cuando desaparece algún objeto podemos estar seguro de que no lo encontrarán nunca. Son chispeantes y críticos. Se fijan mucho, se observan con humorismo y se ponen motes. A mí me llaman el Diablo Triste. Omer Emeth les retrató bien cuando dijo: "El *far niente* es el fondo de la sociología pascuense, o alma canaca al natural. Pereza, ironía y poesía. El canaco le llamó Vives Solar. Es descendiente directo de aquel padre de familia que al morir recomendó a sus hijos que huyeran a toda costa de todo trabajo entre comidas". A estos hombres felices Chile les trajo ropas, tabaco, zapatos e instrucción. Resultado, callos, dolores de cabeza y agitadores.

EL MAESTRO DE BOLIVAR

Marzo, 1954

Algunos historiadores creen todavía que don Simón Rodríguez regresó a Caracas después de sus viajes; que lo pasó muy bien en Chile y que murió en Huaymas, o en Huaylas, en marzo de 1854. Nada de esto es verdad. Después de sus viajes, Rodríguez vino a América y le pesó. No quiso ver su ciudad natal. Le era antipática. La tierra nativa no tenía para él atractivos, ni su gente, que le recordaba sus primeros choques. "Los hombres y las cosas de su tierra le eran indiferentes", dice Cova, uno de sus biógrafos.

Rodríguez no murió en Huaymas, ni en marzo, sino en San Nicolás de Amotape el 28 de febrero de 1854. Este villorrio está situado en la provincia de Paita, departamento de Piura en Perú. He escrito esto y no me han leído, quizás porque escribo largo. Me informé en Lozano, en Picón Febres, en Ramón Aspúrua y en Eloy González, aparte de diarios y de otros libros referentes al Libertador. En el libro de J. A. Cova, de la Academia de Historia de Venezuela y Ecuador, encontré el dato del lugar de la muerte de don Simón Rodríguez, en la página 181. Dice así: "En el registro de defunciones del Archivo de Amotape se encontró la partida

de don Simón, que dice textualmente: Año del Señor de mil ochocientos cincuenta y cuatro, a primero de marzo, yo, don Santiago Sánchez, presbítero, cura propio de la parroquia de San Nicolás de Amotape, en su santa iglesia dí sepultura eciesiástica al cuerpo difunto de don Simón Rodríguez, casta de español, como de edad de noventa años, al parecer, el que se confesó en su entero conocimiento y dijo que fue casado dos veces y que era hijo de Caracas, y la última mujer finada se llamó Manuela Gómez, hija de Bolivia, y sólo dejaba un hijo que se llama José Rodríguez. Recibió todos los sacramentos y se enterró de mayor, para que conste firmo.— Santiago Sánchez.— Hay una rúbrica”.

El 28 de noviembre de 1824, a las diez de la mañana, fueron descubiertos los restos mortales de don Simón Rodríguez dentro de una caja cerrada, en una bóveda de la iglesia de Amotape.

El presidente Leguía, de Perú, en el Centenario de Ayacucho, diciembre de 1924, ordenó que los restos de don Simón fueran trasladados al Panteón de los Héroes, de Lima. En la ceremonia del traslado estuvo presente el embajador de Venezuela en Lima, don Fabio Lozano y Lozano, biógrafo de don Simón y uno de los investigadores que contribuyeron al hallazgo de los restos en Amotape. Del Panteón de los Héroes de Lima fueron trasladados a Caracas. Alrededor de sesenta mil personas asistieron al acto de la colocación de los restos en el Panteón de los Próceres, en Caracas, el 28 de febrero de este año, centenario de su muerte.

Respecto de los trabajos de don Simón en Chile, puedo declarar que fracasaron por completo. La Escuela de Valparaíso cerró por falta de alumnos. La de Concepción, a causa del terremoto, que solamente anticipó la clausura. Don Simón decía: “En Chile prediqué en desierto”. No conservó buenos recuerdos de nuestro país, ni de los ministros de nuestro gobierno. (*El Maestro del Libertador*, por Fabio Lozano y Lozano).

STRADIVARIUS EN COYHAIQUE

Agosto, 1949

He buscado el pueblo de Coyhaique en la *Jeografía Descriptiva de la República de Chile*, por Enrique Espinoza, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1908, Santiago. No está. El corresponsal de un diario santiaguino en dicha región ha dado la noticia del descubrimiento de un violín Stradivarius, que estaría en poder del profesor primario del pueblo. Este violín habría sido comprado hace veintidós años a un ciudadano yugoslavo de Punta Arenas. A raíz de este descubrimiento, otros dos ciudadanos del mismo punto se han denunciado como poseedores de otros dos violines con la misma marca, la del célebre Stradivarius. Luego hay en Coyhaique tres violines Stradivarius, uno del profesor José Segundo Vidal Cárdenas, otro del señor Julio Chible Díaz, y el último del señor Miguel Angel Velázquez.

Lo curioso es que hace tres años, en octubre de 1946, un caballero de Antofagasta (A. R.) vino a Santiago expresamente para averiguar si el violín que tenía en sus manos era un legítimo Stradivarius. En la Casa Margarita Friedmann, Moneda 1027, hicieron el expertizaje, con resultado negativo.

Antonio Stradivarius nació en Cremona, Italia, en 1644.

Aprendió a fabricar violines y a tocarlos con el maestro cremonés Amati. Era entonces Cremona una ciudad de treinta mil habitantes, famosa por su industria de instrumentos musicales. Stradivarius desde niño fue un obrero en la fábrica de Nicolo Amati, cuyo padre y abuelo fabricaron violines. (Nada se improvisa). Amati era especialista en la fabricación de violines pequeños, cortos, barnizados con amarillo claro. A los cuarenta años Stradivarius dejó la tienda de Amati para trabajar de su cuenta; a los cincuenta y seis creó un nuevo modelo, más largo, más ancho y más oscuro que los de su maestro. No todos los Stradivarius se parecen; a medida que avanzaba en años, los perfeccionaba. El tercer período, llamado "la época de oro", fue el que va desde 1680 a 1737. Los más buscados son los alargados y planos, más chatos de la bóveda. El creador vivió noventa y tres años, de los más fecundos que se conocen, con un trabajo equivalente hoy a trece millones de dólares; casó dos veces, y tuvo once hijos; no cesó de trabajar hasta el día de su muerte, y los violines más buscados por los músicos, los coleccionistas y los comerciantes de hoy son los que provienen de sus manos cuando contaba ochenta años. Otra prueba del genio italiano y de esa raza que, según Alfieri, es la mejor y más bella de la tierra.

Químicos, doctores, ingenieros y músicos han examinado los violines de Stradivarius y tratado de adivinar su secreto. Nada sacaron en limpio; el mago de Cremona lo llevó al otro mundo. Se ha creído que el secreto de la sonoridad extrahumana proviene del barniz de color ambarino que nadie ha podido imitar. Según algunos expertos, quedan en el mundo, entre cientos de falsificaciones, unos quinientos cuarenta Stradivarius; de ellos ciento sesenta y tres en los Estados Unidos. Cada uno de estos violines tiene un nombre propio, como las locomotoras antiguas. El de Efrem Zimbalist se llama *Lamoureux*. Tres eran las familias de Cremona famosas por sus violines: Amati, Guarnerius y Stradivarius. En Las Palmas, Canarias, el señor Ponedal compró un Stradivarius, catalogado por el famoso comerciante Hill de Londres. Vale más

de sesenta mil libras. Hay violoncelos Stradivarius tan valiosos como los violines.

El presidente Jefferson, de Estados Unidos, músico, arquitecto, agricultor, inventor, paleontólogo, lexicógrafo y político muy honrado, tuvo un Amati, el que pretende poseer actualmente la señora Edwin Clark, de Los Angeles.

La obra más completa sobre Stradivarius es la de Georges Hoffmann, *Stradivarius l'Enchanteur*, Edition des Gazettes, París, Bd. Haussmann. En ella aparecen el blasón y el monograma de Stradivarius, entre las ilustraciones. Ante todo, Antonio Stradivarius fue un honrado artesano; trabajó con las manos, y con toda la conciencia. Según Hoffmann, no pueden quedar en el mundo más de ciento cincuenta instrumentos auténticos y expertizados del famoso cremonés. Corren centenares de historias, o invenciones, de Stradivarius encontrados en viejos y podridos graneros; en manos de ladrones, en las sentinas de los barcos de carga, y por fin ofrecidos en venta por marineros borrachos en las callejuelas de los puertos.

Pongamos el mito del Stradivarius con la mención "penúltimo", después del de la colección de mariposas con el ejemplar más grande del mundo, existente en nuestra Quinta Normal.

LOS GRINGOS Y EL FUTBOL

Junio, 1962

Guardé el interesante artículo del viejo colega y amigo doctor Luis de la Carrera, *Sporting Boy*. Aprendí bastante y no retrocedo en el impulso de ponerle una apostilla. Dice don Luis que allá por los años de 1750, al avistar Valparaíso los oficiales y tripulantes de la fragata *Black Hawk*, de S. M. B., lanzaron gritos de alborozo: *Green grows the grass...*, "verde crece el pasto". El *green grows* fue traducido por los aborígenes en gringos...

¡Perdón! Yo había oído contar el mismo cuento, pero el tiempo me ha enseñado que no corresponde a la realidad. Además de eso, Valparaíso no ofrecía un cuadro como para despertar alegría en el recién llegado en el año de 1750.

La versión escuchada y leída por mí respecto al origen de la palabra gringo es como sigue: Los soldados voluntarios escoceses que vinieron para ayudarnos en la lucha por la independencia solían holgar por calles y cantinas, después de cumplir con sus deberes. Un tanto alegres, cantaban en coro una de las canciones populares escocesas de su poeta Robert Burns, que empieza así: *Green grod the pushes, oh! Green* se pronuncia e inglés grin. Según esta versión, au-

sente de la verdad como la contada por el doctor De la Carrera, *grin gro* se habría transformado en gringo. Es un mito diversamente interpretado.

Gringo es, en verdad, una antigua palabra castellana. Significa ininteligible y proviene del griego, idioma que muy poca gente entendía en España, por no decir nadie. El discurso que nadie entendía era tildado de gringo, junto con el discurseador. En el Diccionario Enciclopédico Hispano Americano hay ejemplos del empleo del término gringo en el sentido de ininteligible por Bretón de los Herreros y otro autor de su época. Aquí y en México llamamos gringos a los ingleses y a los norteamericanos. En Argentina llaman gringos a los italianos. En Valparaíso se dice "hora gringa" y "paso gringo", de manera educadora. "Gringuita" o "gringuito" se dice cariñosamente a los rubios. "Gringa pobre" es un término despectivo para la mujer de raza blanca y de origen extranjero caída en la pobreza, mal vestida, o extravagante. "Parece gringa pobre" es una expresión burlesca, modistil, propia de mujeres.

Su artículo *Pioneros del fútbol*, chispeante y documentado, está lleno de novedades. En Valparaíso, en la famosa Casa de Remates de don Manuel Blanco, vi en una especie de museo, entre antigüedades de todo género, una fotografía del Club de Fútbol de los Sagrados Corazones, en el año 1904. En ella aparece, con su uniforme de back izquierdo, sentado, nuestro Gustavo Ross. Solía decir el notable financiero que el juego del fútbol es un tónico general para el organismo. En él se ejercitan el cuerpo y el espíritu. El juego del fútbol se parece al juego de la Bolsa, cuando el especulador marca a un "zorzal", cuando lo engaña con esguinces o cachañas, para embotellarlo, y, finalmente, escamotearle la pelota y meter el gol. Ambos juegos son de origen británico, de cuando Inglaterra cantaba *Rule Britannia*.

El artículo del doctor De la Carrera merece ser prolongado en un folleto. Es una resurrección entusiasta, admirablemente documentada y bien escrita. No estaría mal agregar,

al lado de Carlos Fanta, a nuestro gran Vial Jones, otro pilar del deporte en este diario. Otro olvidado es Robinson Alvarez, famoso dirigente del Colo Colo. Entre los primeros futbolistas de Valparaíso recordemos a Juan Enrique Lyon, a Renato Zanelli y a Serafín Guerra. El fútbol nació en el cerro gringo, el Cerro Alegre, o *Pleasant Hill*. En el firmamento de este cerro, Pablo Neruda descubrió una estrella con brillo singular en prodigioso aumento. Se llama Sara Vial. Tiene sangre gringa, como que es sobrina de Jorge Vial Jones. Es la poetisa sensacional de Valparaíso.

RETRATOS

Febrero, 1954

De Isabel la Católica, Colón, Cervantes, Valdivia y otros

Romera escribió, en 13 de este mes de febrero de 1954, una crónica respecto del retrato que algunos inventaron a Cervantes, por Jáuregui. Está probado que no es de Cervantes. La fecha del retrato es 1600 y Jáuregui tendría entonces dieciséis años. Es un detalle, entre otros, en contra. Cervantes no fue importante nunca, ni le hicieron retratos, por lo menos retratos que hayan durado. Detalles completos del asunto leí en Azorín, *Los valores literarios*. En la misma obra aparece un Cervantes vivo, tal como fue y no como lo hizo la fantasía de sus admiradores. Para ser retratado por pintores de cierto renombre es preciso reunir ciertas cualidades mundanas que Cervantes estuvo lejos de alcanzar. Dice Azorín: "Cervantes no podía hacer brillante papel en tertulias. Según él mismo confiesa, era tartamudo. No podía hacer una brillante cháchara". En otra parte, "Cervantes no figuró nunca entre la alta intelectualidad de su Patria. Aparte vivió de aristócratas; su amigo y verdadero protector no fue el conde de Lemos, sino un hombre del pueblo, mesonero de Sevilla".

"Lemos era un infeliz. Cervantes buscó su apoyo y lo encontró a gotas, rebajándose a adularle". "El conde de Lemos no pasaba de ser un hombre mediocre. Hoy hubiera sido parlamentario".

Hace treinta años escudriño de todo y el fichero de papel me permite citar con exactitud, en compañía del fichero ce-rebral.

De Isabel la Católica usan un retrato moderno, fantástico. Una tapa de caja de chocolates. Lindísima niña rubia, con ojos virginales. En mi poder, una copia del retrato en tabla que figuró en Madrid, año 1914, en la "Exposición de Mujeres Españolas", de la Sociedad Amigos del Arte. Nada tiene de bonita.

Cristóbal Colón es uno de los héroes históricos que más se han prestado para las interpretaciones de dibujantes, pintores y escultores. En su tiempo no se pareció a los retratos que le hizo la posteridad. Uno que le vio de cerca, según Madariaga, dice: "de buena estatura y aspecto; más alto que mediano y de recios miembros; el cabello muy bermejo" (lo que hoy llamamos colorín).

Marañón dice: "Con la cara roja, fácilmente coloreable y el pelo blanco (debió ser así en la vejez) corresponde al tipo llamado *marcial*, por el parecido con Marte". "Tipo de gotoso. La pérdida del conocimiento, *frenesí* o delirio es un accidente observado en la gota. En francés, *goutte remontée au cerveau*".

El retrato de Valdivia en nuestra Ilustre Municipaildad es otra fantasía. Lo regaló doña Isabel II, como pudo regalar un biombo. Dice Rodríguez Mendoza: "Don Pedro aparece con mirada de salón, peinado a la gomina y el rollo de papeles en la mano". Corresponde, eso sí, al Pedro de Valdivia de los historiadores floreados que le hacen moralista, buen esposo, escritor de cartas al rey, fundador del catolicismo en Chile y muy elegante.

De don Hernán Cortés hay un retrato, el más divulgado, reproducido del que le hicieron un siglo después de muerto y

cuyo original se conserva en el Hospital de Jesús Nazareno en la ciudad de México.

Bolívar es, en cuanto a retratos, otro caso de policefalia. En mi fichero *Iconografía de Bolívar*, miro más de cuarenta copias. Ningún retrato se parece a otro. Es preferible atenerse a lo que dijeron del aspecto del héroe máximo las personas que le vieron: Perón de Lacroix, O'Leary, Páez y los ingleses. En mi dormitorio, cerca del de Bello, tengo, en marco, el que mejor estimo, reproducción en colores de la acuarela atribuida a Espinosa, hoy en poder del doctor Eduardo Santos.

El Napoleón por David, cruzando los Alpes, es una fantasía. No pasó a caballo, sino en mula y arropado. David era *flatteur*. Cuando le dijeron que "mejoraba" a Napoleón y a Paulina Bonaparte, respondió: ¡Vayan a decírselo!

De O'Higgins, el mejor retrato es el que le hizo en palabras María Graham: chico, de manos muy pequeñas, de tez rojiza y facciones toscas.

De Bello, lo mejor que hay es la estatua por Plaza. El de la tapa del libro de Eugenio Orrego no es Bello, sino un peluquero portugués del siglo XVIII.

El que circula de Camilo Henríquez es pura fantasía.

ROBINSON CRUSOE DE JUAN FERNANDEZ O DE TOBAGO

Febrero, 1955

La princesa Margarita Rosa ha sido festejada por sus súbditos con un viaje maravilloso a manera de despedida de su niñez. Viaja como Alicia en el país de las maravillas por las islas que Inglaterra tomó a España en el Caribe. Los españoles las habían tomado a los indios. La isla de Trinidad fue descubierta por Cristóbal Colón el 31 de julio de 1498. Se llamaba Isla de los Colibríes. Colón llevaba una larga lista de nombres católicos para bautizar a todas las islas. El colibrí es la maravilla del reino alado. Típico de América. Pensamiento alado, detenido a veces en el aire. Se conocen seiscientas treinta y ocho especies diferentes. La más hermosa es la cuello de rubí. En Brasil dicen *beija-flor*. Aquí picaflor. Abunda donde hay flor de campanilla. En Trinidad vio Colón los primeros papagayos de gran tamaño. Llamó la atención de los españoles que "jamás hablan". Según Madariaga, era una táctica para no decir dónde estaba el oro. La primera vista del maíz ocurrió en Trinidad. Los habitantes eran racistas. Los hijos habidos en mujeres extrañas a su raza eran castrados para que engordaran. Se los comían a lo *spiedo*. La pri-

mera noción que tuvimos aquí de la isla se remonta al primer pavimento de asfalto, el asfalto natural de Trinidad, buen negocio inglés. La isla fue conquistada por los ingleses en 1797 y cedida a ellos por España en 1802. El mejor *bitter* es el de Trinidad. Imperialismo, brandy, oporto, bitter y ron Jamaica.

La isla de Tobago dista veinte minutos de Puerto España, Trinidad. Ahora dicen que es Tobago, y no Juan Fernández, la isla de la obra inmortal de Defoe. En mi costumbre de pergeñar a veces obras de ficción voy a decir en qué consiste el problema. El público lector, el que hace la fama de los libros, es casi siempre niño. Este público pretende que lo que lee *sea cierto*, que *sea arrivé*, lo cual en las novelas u obras de ficción no es posible. A toda realidad pura y simple le falta gracia. El autor es el encargado de agregar los granitos de gracia. Esto se obtiene con la imaginación. De ahí provienen los errores que comete el público buscador de claves. Ningún buen autor hace héroes de un solo tipo. Los héroes de las novelas son la mezcla de varios tipos que el autor conoció. Esto ha ocurrido en las grandes como en las mediocres obras de ficción. La obra de Proust es una *cosa mentale*. Ningún personaje de Proust tiene un valor fijo. Swan, la duquesa de Guermantes, Albertine y otros son sumas de personajes de su tiempo. Acaso el más cercano a un retrato es Charlus.

No olvidemos que el Robinson de Defoe no es una historia, sino una ficción basada en diversos casos reales, entre otros, el de un marino inglés que naufragó en Juan Fernández. En Inglaterra se conocían casos de marinos náufragos que se habían salvado y vivido en islas o en territorios aislados. Uno de dichos casos y quizás el más conocido fue el de Alejandro Selkirk, náufrago en Juan Fernández. De ahí a creer que Daniel Defoe contó las aventuras de Alejandro Selkirk hay una distancia grande. Robinson es un personaje de novela, uno de los más celebrados en el mundo. Es tan novelesco como Montecristo. En Marsella muestran al viajero la isla, el castillo de If y la celda que ocupó Montecristo. Pura

ficción. Hay detalles en la aventura de Robinson que no corresponden a la isla chilena. Hay además inexactitudes zoológicas y botánicas. Hay errores como en la relación de la valentía de Robinson que se sumergía en el mar *completamente desnudo* y regresaba a la isla con los bolsillos llenos de galletas tomadas del barco naufrago. ¿Qué bolsillos serían éstos?

Robinson inventó el paraguas. En fin: la isla de Robinson está compuesta de varias islas. Nosotros podemos decir que es Juan Fernández; los ingleses dirán Tobago. Al respecto he leído no poco: de Emilio Biggeri, de Julio Pages, de Julio Lanzarotti, de Waldo Schmitt, de Ernesto Morales, etc.

EL BANDIDO JOAQUIN MURIETA

"Y ¿qué nos dicen ustedes de lo que ha ocurrido en Chile con el famoso *Joaquín Murieta*, personaje mexicano a quien durante casi un siglo hemos estado creyendo compatriota nuestro? Es tan grande la fuerza del mito enraizada en la tradición, que lo más inverosímil es lo que más persiste. Todavía, a la altura de 1953, quedan recalcitrantes que se resisten a aceptar la realidad, pese a la intervención decisiva de las autoridades literarias que han demostrado hasta la saciedad la superchería (inocente en tiempos anteriores a toda legislación sobre propiedad literaria).

"No es que halague a muchos el ser los conterráneos de un bandolero a lo Pinchêira o a lo guaso Raimundo, no: es que la leyenda va elevando y hermosteando al sujeto hasta darle los contornos de un héroe, y aun de un semidiós.

"El autor de *Joaquín Murrieta* (no Murieta) es un antiguo periodista y folletinista francés, director de *La Democracia* de Marsella, Roberto Hyenne, que anduvo aventurando por California. Pero esto, que es el hecho real y efectivo, no interesa a la masa ni le preocupa saberlo. El mito se ríe de los investigadores".

Fragmento de una crónica por Víctor Domingo Silva, publicada en *La Nación*, en 29 de mayo de 1953.

Ernesto Montenegro, en crónicas publicadas en *La Nación*, en junio de 1960 y en abril de 1963, confirma: Joaquín Murieta, *desperado* mexicano de Sonora, que un pirata de Chile convirtió en chileno para su provecho y para satisfacción patriótica de sus lectores”.

EL MARINERO ELECTRICISTA

Nuestro admirable Coke en su obra *Yo soy tú* cuenta el robo que hicieron varios marineros chilenos del *O'Higgins*. Estos marineros asaltaron una joyería de Newcastle, Inglaterra, por el solo hecho de que ésta se vanagloriaba de contar con el mejor sistema eléctrico de alarma contra ladrones. Para hacer el robo, metieron un gato en el sistema eléctrico, que hizo funcionar la alarma, a la que acudieron los joyeros y la policía, quienes se tranquilizaron al ver que se trataba de un inofensivo gatito. En ese mismo momento organizaron una reyerta a cuchillo en la calle, frente a la joyería, que distrajo la atención de todo el mundo, aprovechando para robar varias joyas, nada menos que de la vitrina mejor protegida por el sistema de alarma.

El vulgo agregó algo más. El marinero técnico, llamado Juan Mesa, fue llamado por la reina Victoria para que ejerciera de electricista jefe en Buckingham Palace. Se hizo inglés con el nombre de John Table.

MONUMENTOS DE VALPARAISO

Mayo, 1957

UN MITO

Ciertos monumentos de Valparaíso desentonan a causa de su belleza o volumen en avenidas o en parques desiertos. Revelan la sobreestimación de otros tiempos. La ciudad se mudó a Viña del Mar, a otros pueblos cercanos y a Santiago.

Así pienso cuando veo monumentos como los de Colón, de Hontaneda y el arco de mármol de la colonia inglesa. Poca gente sabe que existen. El arco inglés —muy hermoso—, el *Marble Arch* de Valparaíso, ha decaído como símbolo de la decadencia de la colonia inglesa. He visto una feria, o circo, alrededor del arco, usado como defecadero de chiquillos con aire de hijos de beduinos. Está medio destrozado, mordido, con el mármol roto en varias partes, cubierto de letreros obscenos. El león, en lo alto, ha escapado a la destrucción. Es el regalo que hizo a Chile la colonia inglesa de Valparaíso en el centenario de nuestra independencia. Ellos nos ayudaron. La libertad de comercio, uno de los motivos para repudiar a España, les atrajo a nuestras costas. Si sacaran a dicho arco de ahí y lo pusieren en el centro de la Plaza de

O'Higgins, en altura y rodeado de pasto, sería mejor. De otra manera está condenado. En el día lo olvidan y de noche es dormitorio del hampa. En París cantan *sous les ponts*. En Valparaíso se puede parodiar la canción con la letra "Bajo el arco de los ingleses..." Los ingleses en los medallones del Arco son Cochrane, O'Brien, O'Higgins y Simpson.

¿Qué turista o habitante viejo de Valparaíso es el que va al llamado Parque del Litre? Nunca vi turistas en el Parque del Litre, ni en la iglesia de los Doce Apóstoles, ni en el ascensor del Cerro Polanco ni en la calle de Clave, ni en la iglesia de San Francisco. Son sitios pintorescos, reveladores de la amable decadencia de la ciudad. Pertenecen a la casta derrotada. Hay dos castas muy marcadas en Valparaíso. El Parque del Litre, o de Hontaneda, es romántico. Rodeado de calles solitarias. He pensado: sería agradable retiro la casa del cuidador de dicho parque. Mejor que un consulado. La casita del cuidador y jardinero es poética. La estatua del señor Hontaneda, el filántropo, no fue hecha por escultor chileno. Se nota esto porque tiene pies y manos muy bien tallados. Nuestros escultores evitan la dificultad de los pies echando pesados capotes de fierro encima de los héroes estatuados. Muy abrigadores.

Monumento a Colón. Otra estatua con mito. Hace algunos años, el colega don Carlos Rojas Contreras escribió lo siguiente:

"LA ESTATUA DE COLÓN EN VALPARAÍSO

"Señor Director:

"Existe la creencia de que la estatua de Colón y otras pertenecen al Perú y que fueron traídas a Chile después de 1879.

"Una sugerencia inoportuna que un señor hizo por la prensa fue el punto de partida para esta maledicencia; el autor de ese párrafo manifestó: "en vista que se trajeron unos marrachos de mármol y ellos desadornan las salas de la Intendencia de ese puerto, en tal caso sería preferible la esta-

tua de Colón, obra del notable escultor Revelli, que poseía Lima en su hermosa Alameda de Acho”.

”Esa sugerencia llegó a poder del viento que posee la calumnia, y la Argentina fue la primera que la comentó a su modo, por la prensa; es probable que llegara a conocimiento del señor X, que se firma “Hispano Americano”, autor de un trabajo en nuestra contra, y decía: “La estatua de Colón se encuentra en Santiago”.

”La verdad es otra. La estatua de Colón que hay en Valparaíso, incluso la que representa a “La Justicia” en la Plaza de los Tribunales y las que posee la Plaza Victoria, una en cada esquina, “Las Cuatro Estaciones”; “fueron encargadas a Europa, el año 1876”. En esa fecha era Intendente de Valparaíso el señor Francisco Echaurren, que se esmeró en embellecer la ciudad.

”La estatua de Colón estuvo en calle Victoria —hoy Avenida Pedro Montt—, frente a calle General Cruz. A fines del siglo pasado fue trasladada a la Avenida Brasil, donde hoy se encuentra”.

MITO DE LA ESTATUA DE LA JUSTICIA EN VALPARAISO

Abril, 1957

En la parte comercial y moderna de Valparaíso, en la portada de los Tribunales de Justicia, se encuentra engastada la joya estatuaria de la diosa representativa de la virtud de dar a cada cual lo que le corresponde. Es la estatua de la Justicia, serena, maciza, con un fabuloso color de lapislázuli.

No escapó dicha estatua al vicio del mito. Lo desmintió para poner las cosas en su punto don Roberto Hernández. Don Roberto conoce como pocos las cosas de Valparaíso, de ayer y de hoy. El ayuntamiento debió nombrarle Cronista Oficial de la Villa, título que obtuvieron don Pedro de Répide, en Madrid, y don Artemio del Valle Arizpe, en México.

Un antiguo compañero del Liceo de Valparaíso me ha escrito para preguntarme si acaso conozco el mito de dicha estatua.

Sí, lo conozco, como todos conocemos los asuntos de que no fuimos testigos. Lo conozco por haberlo leído.

EL MITO

En cierta sesión municipal, en diciembre de 1939, el celebrado regidor don Abelardo Contreras declaró que la antigua

estatua de la Justicia no representaba a la Justicia, sino, por el contrario, a la Injusticia.

El caso, contado por don Abelardo, era el siguiente: Un acaudalado caballero peruano, después de perder un pleito que, según él, debió ganar, mandó hacer dicha estatua de la Justicia al revés, en forma burlesca, sin los ojos vendados y sin mantener la balanza en equilibrio. La estatua, ornamento de Lima hasta la fecha de la entrada de nuestras tropas en dicha capital, habría llegado a Chile, entre los trofeos de guerra de nuestro ejército, en los años de 1880 a 1881. En vista de esto el regidor propuso retirar la estatua, a la que llamó *agravio constante al poder judicial*. Le acompañó en su propuesta el regidor don Eugenio Fernández.

Fue entonces cuando apareció el desmentido de don Roberto Hernández, en *La Unión* de Valparaíso. Dice así:

"LA VERDADERA HISTORIA

"Don Francisco Echaurren Huidobro era Intendente de Valparaíso en 1872. A su iniciativa se debió la instalación de los Tribunales de Justicia en el sitio en que ahora se encuentran, y en donde se hallaba situada antes la Aduana de San Agustín.

"Al año siguiente, don Francisco, después de haber promovido la erección de las estatuas de Cochrane y Wheelwright, se preocupó de encargar la reproducción de algunas obras de arte europeas, para embellecer plazas y paseos públicos.

"Así se encargaron a Francia las estatuas de "Las Cuatro Estaciones" (ubicadas en la Plaza de la Victoria), la de Colón (en la Avenida Brasil) y la de la Justicia. (Se rompe también la negra leyenda, entonces, de que las hermosas estatuas de la principal plaza porteña fueran producto del saqueo chileno en la ciudad de Lima)".

Las estatuas en cuestión fueron fundidas por Val d'Osne, en París, y pagadas por la Municipalidad. En 1876 el pedes-

tal de la Justicia estaba listo. El 20 de agosto, en el centenario del nacimiento de O'Higgins, fue inaugurado el monumento. La altura es de tres metros, y el pedestal, de dos. Representa a la diosa Themis, con traje talar, la frente ceñida con una diadema. Porte majestuoso. La diosa Themis no podía estar vendada por cuanto, según la fábula, tenía en sus hermosos ojos el don de ver dónde estaba la verdad. Amantes de la justicia, sus hijas fueron la Equidad, la Ley y la Paz.

Don Francisco Echaurren es recordado como el más espiritual de los intendentes de Valparaíso. El emperador Vespasiano en Roma hizo construir letrinas que el pueblo llamó *vespasianas*. Este nombre permanece en francés y en español. El intendente, o emperador de Valparaíso, mandó construir letrinas que el pueblo llamó *chaurrinas*, de Echaurren.

Por lo mismo de su genio, de su entusiasmo y de sus obras, no escapó a la calumnia el intendente. Lo atacaron de todos lados. Cuando inauguró la estatua que nos ocupa, un orador no perdió la oportunidad para lucirse, diciendo: "Nada más impropio que ver al Intendente, acostumbrado a hollar todos los derechos, levantando una estatua a la justicia".

Envidia y maledicencia son achaques de todas partes. El doctor Marañón ha escrito sobre la envidia española en las páginas 72, 154, 252, 506, y otras, de su obra *Antonio Pérez*. Se trata del mayor defecto de los españoles: *la envidia al rojo*. Chile heredó este vicio y lo multiplicó. Don Mariano José de Larra dijo: "A José Bonaparte le tildaron de borracho y de tuerto. Le llamaron el *tuerto Pepe Botellas*. Tenía dos hermosos ojos y bebía agua".

MONUMENTO A PRAT

Mayo, 1954

Me parece que puedo adivinar cómo se originó la idea. Nuestro embajador Rossetti, en París, tuvo la intención de investigar el asunto de un proyecto que había hecho el escultor Rodin para el concurso que se organizó el año 1883 con motivo de la decisión de elevar un monumento a Prat o a la Marina. En efecto, muchos fueron los que creímos el cuento de la intervención del famoso Rodin en el concurso abierto para la erección del nombrado monumento. Se trata del eterno mito con que invariablemente oscurecemos la verdad. Lo cierto es que el escultor Rodin no intervino en el monumento a Prat para nada.

La comisión encargada de la construcción del monumento, en París, se compuso del ministro Alberto Blest Gana, Carlos Morla Vicuña, M. Martínez y Lynch. (Datos de don Roberto Hernández). Estos señores optaron por pedir un bosquejo del monumento al escultor, no muy conocido entonces, Denys Puech.

El gobierno de Chile dedicó para dicha obra la bonita suma de doscientos cincuenta mil francos. Entre los escultores chilenos de entonces, Plaza, Blanco y Arias, la elección de

un francés produjo deplorable efecto. El escultor Miguel Blanco protestó en los diarios de que hubieran preferido a un "estudiante" de la Escuela de Bellas Artes de París antes que a los chilenos. Envió una carta con este mismo fin al entonces intendente de Valparaíso, don Eulogio Altamirano, que no respondió.

El escultor francés representó a Prat coronado por la gloria. La concepción era admirable. El gobierno respondió en telegrama:

"Aceptado, suprimiendo gloria".

Finalmente, cediendo a las insinuaciones del escultor chileno Arias, el autor francés del monumento aceptó que las figuras en bronce, de tres metros de altura, que representarían a Aldea y Riquelme, fueran ejecutadas por nuestro famoso Arias, entonces comisionado en París. El francés Puech hizo las de Prat, de Serrano y de un marinero, además de los bajos relieves, en el pedestal. Según don Roberto Hernández, la estatua de Prat resultó pequeña, considerando la altura de 19 metros en que está colocada.

Estar contentos es algo que no usamos en Chile. El monumento es magnífico. Mejor hubiera estado con la gloria. El hecho de haber escogido al entonces principiante francés Denys Puech me prueba el *flair* del artista que era don Alberto Blest Gana. En efecto, Puech fue uno de los grandes escultores franceses. La historia de dicho escultor de Prat vale la pena. Era un pastorcillo en Rouerg. En 1850, con motivo de una boda en su aldea, hizo una escultura con palos y arcilla, en el camino de la iglesia. Era la imagen de un vagabundo que amenazaba con su bastón. El cortejo alegre de la boda desvió el camino para no topar con el intruso vagabundo. Cuando supo la verdad admiró la escultura del aficionado. Así nació al arte Denys Puech, más tarde *membre de l'Institut*. La estatua de los hermanos Amunátegui es otra obra maestra de Puech que honra a Santiago. Chile y Puech, unidos en la comprensión del arte.

El mito del bosquejo de Rodin para el monumento a Prat

proviene de que en 1886 se acordó erigir una estatua a Vicuña Mackenna. Entonces pidieron a Rodin que se interesara por el proyecto. Rodin hizo la maqueta, y pidió por ella diez mil francos. Hubo dos comisiones receptoras de proyectos, una civil y otra militar. No fue aceptado ni pagado el proyecto de Rodin. El escultor francés no olvidó el desaire y se negó a exponer obras suyas en la Exposición de Arte de nuestro Centenario en 1910.

Es probable que la maqueta hecha por Rodin, entre 1886 y 1890, sea la que ahora hizo válida nuestro embajador señor Rossetti para perpetuar en París la memoria del escritor más latino, más entretenido y chileno que hayamos tenido.

El monumento a Prat fue obra de Denys Puech, con la colaboración de Virginio Arias y del arquitecto Maillard. Obtuvo la intervención de Arias el escultor Miguel Blanco. El de Vicuña Mackenna, al pie del cerro, lo hizo el francés Coustan.

ESTATUA DEL ROTO CHILENO

Enero, 1955

Autor: Virginio Arias, natural de Ranquil. Nació en 1855. Murió en 1941, a los ochenta y seis años. La estatua de un joven armado con un fusil fue expuesta en París y obtuvo mención honrosa. Vista sin prejuicios, el joven de la estatua parece un buen muchacho, tal vez un minero. Recordemos que Ranquil, el pueblo natal del escultor, se encuentra en el departamento de Lebu, entre Cañete y Arauco. Lo mejor de la estatua es la actitud pacífica y graciosa del adolescente. Es el joven trabajador arrancado de sus labores para la necesidad de defender a la patria. No hay agresividad bélica en la actitud. El autor no le puso Roto Chileno, sino El Defensor de la Patria. Cuando la compró el gobierno para colocarla en la Plaza de Yungay, el 20 de enero de 1888, alguien, no se sabe quién, le puso Estatua del Roto Chileno, cosa que disgustó al escultor. Doña Marcelle Arias Albert, hija de éste, contó el caso en *Las Ultimas Noticias* de 21 de enero de 1953.

Los otros datos son personales. Los tengo de mi colección de *El Padre Padilla*, periódico de caricaturas de la época. Hubo intrigas, mentiras y oposición en torno al monumento. La Municipalidad ordenó que se suspendieran los trabajos

mientras no dieran cuenta del dinero entregado para la erección. Se pidieron cuentas a don Manuel A. Orrego. Entiendo que se entorpeció así la erección de dicho monumento. Contrario a la idea de levantarlo fue don Ricardo Matte, a quien dedicó versos satíricos, con dicho motivo, el famoso poeta, polemista y músico Juan Rafael Allende. En el número 519 de *El Padre Padilla* apareció una caricatura, ancha, de dos páginas centrales, donde se ven el pedestal vacío en la plaza y unos individuos armados de garrotes y copuchas en el acto de zarandear a don Ricardo Matte. El 22 de septiembre de 1888, en el número 598 del mismo periódico, apareció este verso en una composición llamada *Las Fiestas*:

*¿Y el rotito de Yungay?
Ese pobre se quedó
con los crespos hechos hasta
que vuelva a salir el sol.*

Las lecturas de *El Padre Padilla* nutren. Asperas, sin duda, pero nos hacen conocernos mejor. Presidía el señor Baimaceda. Le llamaban Nerón, o rey Zamacueca I. Las caricaturas son sorprendentes. Todo el Chile de entonces trepida y vive en un Grand Guignol. La llegada de los carruajes parisienses a la grande Daumond, para La Moneda, es un motivo que levanta centenares de chismes, de cuchufletas y de venenosas acusaciones. Calles y plazas de Santiago hierven de eso que estallará finalmente, y se hará tragedia en Concón y La Placilla. El periódico de Allende lo escarba todo con talento, en la realidad de hechos dolorosos e inevitables. Ejemplo: Llegan de Europa, por cuenta del gobierno, quinientos emigrantes italianos. El mismo mes han emigrado a Argentina dos mil obreros chilenos. Las aduanas de Valparaíso, la prohibición al ganado argentino, la compra de la Isla de Pascua a la reina Pomaré, la baja del valor del peso, la especulación, todo esto, en la pluma al rojo de Allende, hace un cuadro diabólico, un enorme glosario mural de Diego Rivera.

He ido a ver la estatua del Roto, a un paso de mi casa. Flores y banderas. Sería bueno que pensáramos alguna vez en cambiar la Araucana guerrera por una Araucana de paz obrera, industrial y campesina. Así hicieron las razas más guerreras del mundo cuando comprendieron que el armamento bélico no es negocio: Suecia, Suiza, Noruega, Finlandia. "Del puño cerrado no esperemos felicidad", creo que dijo Rodó.

ENTERRADO VIVO

Octubre, 1954

A un viejo amigo que siempre me demostró aprecio, realista y conocedor del mundo en lo concreto, pregunté si sería verdad lo que corre por ahí referente al que fue abogado y diputado don Carlos Atienza.

—¿No lo saben ustedes?

—Dicen que don Carlos Atienza fue sepultado vivo. Esto es, que enterraron su cuerpo cuando padecía un ataque y presentaba todos los síntomas de la muerte. Le enterraron, y ocurrió lo tremendo: volvió a la vida dentro de la tumba. En el momento que practicaban los trabajos de albañilería, al día siguiente de ser sepultado, notaron, todo esto según dicen, que el cadáver no estaba en la posición de supremo reposo, como se dispone para tales casos. Lejos de eso, las manos, los cabellos, la cabeza toda, demostraban la desesperación del que despierta a la vida y comprende que se encuentra emparedado sin remedio.

El viejo amigo, el docto amigo a quien pedí una opinión al respecto, me dijo que sí, que el caso era verdadero. Nos quedamos conversando un rato. El tema es horrible. Parece que en otros países venden ataúdes de lujo, con timbres eléc-

tricos al alcance "del muerto". Suelen poner teléfonos, directamente comunicados con la portería. Hay una película mexicana con este tema. Sir Basil Zaharoff, el famoso compatriota de los señores Saridakis y Onassis, se hizo construir una tumba así. Otras personas piden que, antes de ser sepultadas, les extraigan la sangre. El terror a resucitar en el ataúd es universal.

El señor Carlos Atienza fue abogado, pedagogo y miembro del Partido Liberal. Hombre de reconocidos méritos, había perfeccionado sus estudios en Oxford, especialmente los de ciencias económicas y políticas. Más tarde siguió un curso en la Sorbona, de derecho civil. Obtuvo su título de abogado en 1920. La memoria de prueba es elocuente respecto de sus ideales liberales. Se titula: *La necesidad de una moneda de valor fijo*. Según él, "un tipo de cambio estable no perjudica a nadie, ni al exportador agrícola, cuando los precios en el país son más bajos, con libertad de comercio". Este era el hombre, y mucho más, que había muerto el 11 de julio de 1954 y que habría sido enterrado con vida.

Yo no creía. Me puse a indagar por otros lados. ¿Ha oído usted el caso? ¿Cree usted? ¿Qué le parece? Así pregunté a muchos.

Tres días después, ayer, encontré a un liberal allegado a la familia del señor Atienza. Indignado, exclamó:

—¡Mito! ¡Nada más que invención! ¡No hubo tal cosa! ¡Se trata del mito del enterrado vivo! El señor Atienza falleció en la Asistencia Pública. Por desgracia no hubo duda. Murió bien muerto, como todo el mundo que muere de una vez. Fue muy triste, pero peor hubiera sido lo otro. ¡No crea una palabra! ¡Es un mito! ¡Es el conocido mito del enterrado vivo!

Me despedí. Llegué a casa. Al archivo. Letra M. *Mitos nacionales*. Pesado cartapacio. *Mito del enterrado vivo*. En primer lugar, Pérez Freire, el gran músico Pérez Freire. El mítomano hace la puntería a lo alto. No se anda con pequeñeces. El músico Pérez Freire murió en Madrid. Fue "enterrado

vivo" por algún mitómano macabro el año 1944. Contaban el caso con detalles espeluznantes. Cuando abrieron el ataúd, antes de colocarlo en la tumba santiaguina..., ¡horror! Todo ensangrentado, las manos destrozadas, la ropa en jirones, los ojos saltados. El vidrio hecho pedazos.

Afortunadamente se encontraba en Santiago el señor Víctor Domingo Silva. Le había visto morir en Madrid. Contó que había muerto completamente, sin dudas. Le enterraron treinta horas más tarde, después de haber embalsamado el cadáver. Llegó a Chile en el crucero *Ministro Zenteno*, mediante la intervención de don Emilio Rodríguez Mendoza.

Otro golpe del mitómano macabro tuvo lugar en Concepción, en agosto de 1945. Se trataba de un conocido médico de dicha ciudad. Los detalles se parecen. Son de tipo *standard*. La familia habría abierto la tumba, un mes después del fallecimiento, para recuperar algunos documentos que habrían ido olvidados en un bolsillo del extinto. ¡Horror de horrores!

Ya conocemos 'el resto: los cabellos, los ojos, las manos, la ropa...

Pues bien. La familia desmintió. Mito. No hubo absolutamente nada de verdad.

Ahora, una reflexión. ¿Causa del mito del entierro? Parece que las mentes de algunos funcionaran de manera unilateral, con tendencias a producir ansiedad. Para molestar. Aprovechan la muerte de alguien conocido para molestar a los vivos. Si no pueden comparar al muerto con algún vivo, para achicarle, entonces echan mano del mito. Es una forma de velorio especial. Hay entierros que acaban a capazos. El hombre débil o inútil se divierte produciendo el pánico mediante la invención de hechos inauditos. Esta vez les he agitado la fiesta. ¡Disculpen!

EL MITO DE DON FEDERICO SANTA MARIA

Diciembre, 1956

Traidor al oficio me ha parecido el periodista que no pierde la ocasión de atacar a otro periodista cuando cree haber sorprendido en él una equivocación o error. Pertenece a una misma familia de trabajadores forzados o estrujadores de la médula. Equivocaciones son naturales o inevitables. Hace poco sorprendí errores en la página editorial de *El Mercurio*. Los guardé para mí. En *Las Ultimas Noticias*, de la misma empresa, encontré una sabrosa crónica, firmada Homero Bascuñán. Mi colega Bascuñán. Al final de la sabrosa crónica, *Un Té a la Santa María*, el colega puso un mito *que contaban los calicheros hace treinta años*. No estaba en mi colección y es del tipo del mito ponderativo popular. De otra parte es inaceptable, por cuanto da vuelta la personalidad de don Federico Santa María, totalmente, poniéndola del revés. No es culpa del periodista, sino de una manía nacional, o mitomanía. No creo que vivan en Chile más de cinco personas capaces de contar detalles exactos de ese hombre extraño y benefactor de Valparaíso. Estoy seguro de que pueden contar-nos algo indiscutible de él don Gustavo Ross Santa María, don Alejandro Silva De La Fuente y don Galvarino Gallar-

do. Yo sé un poco. Lo que oí en París, entre 1904 y 1913, más lo que leí en la biografía de don Agustín Edwards M. C., y en la crónica de don Galvarino Gallardo, *El Mercurio*, 22 de diciembre de 1953.

El mito de los calicheros, recogido por el periodista Homero Bascuñán, es el siguiente: "Cierta magnate llamado Cachiporra invitó en una ocasión al señor Santa María, para tomar el té. El servicio del té del magnate Cachiporra consistía en tetera y anafe de oro macizo. Tanta ostentación molestó a don Federico Santa María. Para desquitarse invitó a su vez al farsante Cachiporra a su casa de París. Le daría una lección. En efecto, llegó el palangana a tomar el té en su compañía. Una vez instalados en la pequeña antesala, que para todo servía, hizo traer por su sirvienta (Yvonne, tal vez) un servicio de té muy modesto y usado, además un pequeño caldero. En seguida el señor Santa María acercó varios cestos llenos de billetes de Banco, los que sacó a puñados, para hacer la lumbre. Prendió el fuego. Se consumían billetes y él echaba más y más. Millones de francos ardieron aquella vez. Hasta que la tetera hirvió". (Textual).

¿Han leído bien? ¿Se imaginan la escena? Don Federico Santa María, en su departamento de París, inclinándose ante los sacos de billetes (seguramente de a mil), que fue a pedir al Banco esa mañana con el objeto de castigar la fachenda de Cachiporra.

Don Federico, no lo niego, tenía "riñones", como dicen los españoles. No le faltó audacia para hacer danzar el precio del azúcar. En 1905, el gobierno de Francia tomó cartas en el asunto. Se habló en el Senado de expulsar de Francia al osado que hacía encarecer el azúcar, *le sucre* del chocolate, de la *pâtisserie* y del *petit déjeuner*. El hombre pequeño y barbudo y mal vestido del N° 5 de la Avenida de la Opera hizo temblar a la Bolsa y a los industriales. Dicho señor vivía aislado, no iba a comidas ni a tés. Frecuentaba solamente, de tarde en tarde, a dos o tres chilenos que no podía evitar. Odiaba a los rastacueros y vivía como ermitaño. Nunca fue sociable.

No tuvo auto. En religión y en superstición era nulo. Había resuelto el asunto por negación. Solterón y ateo, sacaba de paseo a pie a su *bourgeoise*, compraba puros *Londres* de sesenta céntimos, los partía y fumaba por mitades. Metódico hasta la manía, no rompía los sobres de las cartas que recibía. Le servían de blocks. Su cama estaba siempre cubierta de cartas y de telegramas por cientos de millones en negocios.

El mito de los calicheros es por lo tanto una deformación monstruosa. Menos mal que es de índole ponderativa, o cariñosa. Poder quemar billetes, como quien quema hojas secas, es el sueño de no pocos miserables. Es un motivo de leyenda en la España de Pandereta. En nuestro mundo popular corre un tantito de sangre andaluza que nos exalta agradablemente la imaginación.

El cuento del millonario Santa María quemando canastadas de billetes en París es pariente de los cuentos del tesoro del pirata Drake, en Playa Ancha, de las barras de oro de Lo Aguila y de cien otros. En España encontraríamos el origen. He leído el caso del torero *Frascuero* y el rey don Alfonso XII. Después de hacer una faena despiporrante, el torero habría sido llamado al palco real. El rey le dio un billete de mil pesetas. El torero sacó un habano y lo encendió con el billete.

Este es el papá del mito de don Federico Santa María. No niego que don Federico tuvo coraje en los negocios. Coraje y genio. Pero en gastos y en derroches personales, más se pareció a Shylock y a Harpagón que a *Frascuero* y a Osuna.

CACHIPORRA, OSUNA Y PEDRO LEON GALLO

Enero, 1957

El mito de don Federico Santa María y del calichero Cachiporra parece, como dije, derivado de los mitos españoles del duque de Osuna y del torero Frascuelo. Se trata del mito de la jactancia, mediante destrucción de bienes valiosos. El Cachiporra pretendió impresionar al señor Santa María haciéndole servir el té con vajilla de oro. Amoscado, el señor Santa María habría invitado al Cachiporra a su casa, donde hizo hervir agua para el té con billetes de Banco que sacaba a puñados y arrojaba en el fuego. Es pueril. Sin embargo, si leemos la obra *Homo Ludens*, por Huizinga, aprenderemos que la destrucción de propiedad, con jactancia o desafío, fue una costumbre de los pueblos primitivos en diversas partes de la tierra. El deseo de sobresalir y de competir es propio del hombre fuerte. La destrucción de bienes de valor ha sido una pasión durable hasta nuestros días. Los estudiantes holandeses practican esta pasión en ciertas fiestas destruyendo obras de arte, especialmente de cristalería. En Valparaíso, caso curioso, conocimos a un caballero solterón, millonario, con talento y buenos sentimientos, que en ciertas ocasiones, después de algún banquete bien rociado, se ponía a destruir la vajilla y

los muebles por placer o sport. Era de origen holandés, emparentado con un presidente de los Estados Unidos. Se trata de don Carlos van Buren.

La destrucción de obras de arte valiosas, ejecutadas expresamente para ser destruidas, se practica en Valencia, España, durante las fiestas de San Juan. Se trata de las "fallas", o quemazón voluntaria de esculturas alegóricas. En los pueblos árabes, en Egipto sobre todo, se practicaba entre hombres pudientes una curiosa competencia, consistente en inutilizar sus camellos cortándoles las patas. Ganaba el que más camellos inutilizaba.

No sé si ciertas demoliciones actuales, en Santiago, son parientes de las "fallas" valencianas. Me refiero a la demolición española del admirable edificio de Gath & Chaves.

El mito de los derroches con jactancia es celebrado entre algunas personas de todos los linajes. Proviene la aberración del deseo de encontrar y de admirar a hombres agresivos y desprendidos. Si no existe esta clase de héroes, el público los inventa.

En marzo de 1859 un hombre de empresa y a la vez soñador, poeta y millonario, Pedro León Gallo, señor de Chañarillo y rey de la plata, formó un ejército de nortinos con fusiles y corvos. Se propuso marchar sobre Santiago desde Copiapó para proclamarse amo de Chile. Tenía penacho y agallas. Era un caudillo ideal, alto, con fuerzas hercúleas, con bigote y pera negros, elegante, poeta y enamorado, además de jugador de monte y de rocambor. La masa popular, junto con los lectores de Lamartine y de Hugo, vieron en Gallo al salvador de la patria. Es éste un fantasma permanente. La masa popular es artista. Ve en la naturaleza de los hombres seductores algo que no ve el hombre mediocre con equilibrio de pato. La masa es desequilibrada y visionaria.

Cuando llegó a Santiago la noticia del combate llamado victoria de Los Loros, o victoria de Gallo, los mitómanos de la calle Ahumada comentaron la hazaña elevándola a la mitología. Según ellos, don Pedro León Gallo habría armado a sus

rotos con balas de plata. Añadían detalles novelescos de la vida anterior del ídolo, de cuando fue minero. Así, cierta noche de orgía y juego, después de desplumar a unos gringos, habría dado de propina al mozo su mesa de juego de sólida plata.

EL BALTIMORE Y EL BANCO EDWARDS

Febrero, 1943

En el *Averiguador Universal* de *El Mercurio* de ayer encuentro un nuevo e interesante desmentido a la leyenda que formó el público alrededor del asunto del *Baltimore*. Era éste un navío de guerra de Estados Unidos. Algunos marineros de este navío bajaron a tierra en Valparaíso en 16 de octubre de 1891. No se sabe por qué motivo tuvieron una reyerta en la calle, de la cual resultó un marinero norteamericano muerto y varios heridos a cuchillo. El gobierno de Estados Unidos reclamó, lo cual es natural en estos casos. Chile dio las explicaciones necesarias, y la nota de nuestra Cancillería, de 25 de enero de 1892, puso término al asunto.

No así el público, que empezó a tejer el mito heroico. Hay quienes creen que es mejor no desmentir los mitos patrióticos. He oído decir que en todos los países cultivan estos mitos, los aumentan y los resguardan. Es natural que así sea, cuando tienen alguna base en la realidad y cuando no ponen en ridículo al país.

El ampuloso, el frondoso, el floripondioso mito, crecido y críado a propósito del incidente del *Baltimore*, es molesto

para Estados Unidos, absurdo desde el punto de vista militar e incongruente en toda forma. Desde luego, nos pone en ridículo.

Se ha dicho y se ha escrito numerosas veces que el gobierno de Estados Unidos "ordenó" que se efectuara un acto de desagravio público. Una versión del mito dice que el acto se efectuó en el Fuerte Punta Angel de Valparaíso; otra versión dice que en San Francisco, no de Mostazal, sino de California. Esta ceremonia de desagravio consistió en un saludo a la bandera norteamericana de veintiún cañonazos, después de arriar nuestra bandera. Acto seguido un oficial chileno, Walker, o Carlos Peña, tomó su revólver y se suicidó.

Todo ello es mentira de principio a fin. Dicen que en 1891 no existió un marino llamado Carlos Peña. El mito del *Baltimore* y el de Paz, el héroe de la sublevación de la escuadra en Talcahuano, es todo uno y lo mismo.

Y ya que va de mitos, debo agregar lo siguiente: me abstuve de escribir respecto a la memoria venerada de don José Manuel Balmaceda, durante la semana de homenaje, a causa de un mito histórico, calumnioso para las familias Ross y Edwards, que está formado y va en aumento. El mito consiste en que el "Banco de A. Edwards y Cía." promovió la revolución acuciado por intereses de dinero, contrarios al porvenir nacional. No voy a extenderme esta vez. Los ignorantes de las costumbres de los hombres de negocios de estas familias, que son la misma, pueden estampar cuantos disparates quieran.

Murió Carlos Edwards Vives; murió Agustín Ross; murió Carlos Silva Vildósola. Estas tres personas podían rapar la boca a la maledicencia mejor que yo. Está muy bien ensalzar la memoria de Balmaceda; lo malo consiste en echar manotadas de barro a una familia del siglo pasado, con la intención de levantar el pedestal del héroe político.

Es triste que no podamos ni siquiera alabar a alguien sin enlodar a otros. En nuestra tierra hasta el elogio envuelve un sadismo solapado. Cuando la dama señala a un señor en la

calle y dice: "Es el que más vale de la familia", ya está menospreciando a otros.

En nuestro Jardín Zoológico hay muchas especies de la fauna americana, pero no he visto al chacal de la calle Huérfanos, al *rajador chilensis* con sombrero Rosenblit y reloj de pulsera.

Es preciso conocer algo de lo que fue esta familia Edwards de La Serena y de Coquimbo, desde 1810. No sé hasta qué punto los santiaguinos la hayan contaminado. Cuando los señores santiaguinos, descendientes de reyes, tramaban el asesinato del capitán de la *Scorpion* y el robo de sus bienes, don Jorge Edwards le mandaba un capataz a todo galope para ponerle en guardia. Los Edwards iniciaron los trabajos del cobre en Coquimbo; mi padre decía que del primer viaje en barco de vela llegó con los zapatos rotos. (Perdonen los parientes siúuticos).

Don Agustín Ross Edwards desdeñó los negocios fructíferos que en su época cristalizaron en la baja del peso. Propició toda su vida la conversión metálica, contra los latifundistas. Bebía solamente leche y agua. Hasta sus últimos años, encorvado, blanco de canas, paseaba a su esposa enferma por la plaza. Es la última pareja romántica de viejos casados chilenos que haya visto en inolvidable estampa de honor y de cariño.

La pluma de un Maurois podría novelar el comienzo de esta familia de Coquimbo, en cuya casa alojó Darwin. Su calidad me parece superior. Vivían bien, sin lujo. Observaban ciertas reglas en el comer y en el trato; sus muebles y su vajilla eran sólidos y de agradable aspecto. Cuando llegué a Santiago la primera vez, me llamó la atención que casi nadie sabía comer, ni hablar, ni saludar; ni se lavaban las manos antes de ir a la mesa.

Los Edwards Garriga fueron esposos abnegados; hombres de honor, metódicos, estoicos frente al destino. En su carta a Mitre, el propio Balmaceda nada dice de los Edwards; pero sí echa la culpa de su muerte a la aristocracia santiaguina.

La revolución empezó con el despecho de los figurones cuando vieron que Balmaceda buscaba la clase media.

Luego la revolución cundió en forma de avalancha. Nadie deseaba una dictadura. Si el Banco Edwards no hubiera dado su dinero para ayudar al Parlamento, los padres de los mismos que atacan a esta familia hubieran dicho que eran unos miserables y avaros.

A la sombra de doña Juana Ross Edwards, prima de mi padre, vivían centenares de familias; ella no se puso nunca sombrero. Si don Jorge Edwards se hubiera establecido en California en vez de en Coquimbo, su nombre estaría escrito en Madison Square junto al de los *pioneers*, con Jackson, Lincoln y los Vanderbilt. Aquí, el mitómano de la calle Huérfanos, el *rajador chilensis*, lo quiere convertir en barrito.

Ese mito no es aceptable, ni me prestaré para esponjarlo y floripondearlo. Digo que es mentira.

LA MARINA NORTEAMERICANA Y CHILE

Octubre, 1946

América del Norte tuvo una sola revolución grande, la que ahorró las revoluciones menores y las guerras entre Estados del mismo origen.

Las guerras y las revoluciones en la América española derivaron de la ausencia de esa gran revolución que en la América del Norte terminó con la victoria unionista de Lincoln. Por lo mismo, las líneas que siguen, en lo que se refiere a la intervención norteamericana después de la guerra entre Perú y Chile, han de tomarse como buenos oficios de un hermano mayor que vio en esa guerra un movimiento unionista en pequeño. Vamos a contar los casos en que intervinieron barcos de guerra norteamericanos en asuntos chilenos, y demostraremos sin gran trabajo que la intervención fue favorable a nosotros.

De esta manera destruiremos mitos o fábulas que sobrepasan lo tolerable. Está bien un mito cuando es patriótico y no ofende a una potencia amiga. No está bien cuando tergiversa la verdad medio a medio y pretende probar lo contrario de lo que ocurrió. Tal es el caso de la intervención de la fragata norteamericana *Lackawana*, en Arica, después de las vic-

torias de Chile en Perú y Bolivia. El mito chileno pretende que los plenipotenciarios norteamericanos hicieron presión en los chilenos para impedir a nuestro país el logro de sus ambiciones. Todo eso es falso; pero no solamente falso: la verdad es que ocurrió lo contrario. La intervención de los norteamericanos Hurbult, Trescott y Logan impidió que las negociaciones se prolongaran de manera viciosa, accediendo a la intención peruana de embrollar y de esperar en vías a intervenciones inamistosas para Chile de otras potencias pequeñas iberoamericanas. En 1881 actuaba el plenipotenciario Logan, de los Estados Unidos, en Santiago. Este diplomático era tenido por los negociantes peruanos como acérrimo enemigo. En su *Vida y Obra de don Francisco García Calderón* (1), los autores peruanos Paz Soldán y Delgado dicen: "Esta mediación producida en esos momentos demostró, dada la conducta observada por el mediador, que se trataba solamente de presionar al prisionero, sirviendo los intereses y ambiciones de Chile".

El prisionero no era otro que don Francisco García Calderón, ilustre estadista y gran patriota peruano, padre de nuestros conocidos Francisco y Ventura García Calderón.

El señor García Calderón padre, después de las derrotas de su patria, fue nombrado presidente provisional del Perú, con asiento en el histórico pueblo de Magdalena la Vieja. El gobierno de Chile decretó su detención, y ese caballero fue llevado al *Cochrane*, para trasladarle más tarde a nuestro país, donde permaneció prisionero dos años y medio. Una vez libre, en 1884, en Buenos Aires, el señor García Calderón publicó un libro titulado *Mediación de los Estados Unidos de Norte América en la Guerra del Pacífico*. En esta obra atacó de manera violenta al mediador norteamericano, por su actitud *desacertada, infecunda, parcial y amenazadora*. El ex plenipotenciario peruano acusó al mediador de los Estados Unidos de haberle amenazado diciéndole:

(1) Desclée de Brouwer, Paris, imprimeurs.

—Apresúrese a firmar, pues de lo contrario, más tarde será peor.

Tras de leer los documentos apuntados, uno se pregunta cómo pudo tener vida el mito del *Lackawana*, burdamente contrastado con la supuesta intervención del robusto Bismarck.

Una vez glosado el mito del *Lackawana* vamos a recordar el mito del *Baltimore*. Este último es como el cuento del *entierro*. No obstante las innumerables veces que la prensa lo desmintió, hay siempre incautos que caen en la ingenuidad de creer. Seremos breves esta vez. El mito del *Baltimore* tomó cuerpo en el odio incubado contra Balmaceda en 1891, después de Concón y La Placilla. Vamos a los hechos: A causa de la revolución de 1891, se hicieron presentes algunos barcos de guerra extranjeros en los puertos chilenos; entre éstos los cruceros norteamericanos *California* (almirante Brown) y *Baltimore* (contraalmirante MacCann).

Los marinos norteamericanos se pusieron al servicio del gobierno constituido (Balmaceda). Trataron de evitar las batallas finales en Concón y La Placilla, mediante un armisticio. Era tarde. Después de la derrota balmacedista, Valparaíso sufrió el saqueo, la ebriedad y otros desórdenes. Gran parte del pueblo victorioso creyó ver enemigos de su causa en los marinos norteamericanos. Se decía —y era verdad— que algunos balmacedistas de primera fila encontraron refugio en los barcos yanquis. La hostilidad creció en los barrios bajos: una poblada atacó a un grupo de marinos del *Baltimore*, matando a uno e hiriendo a diecisiete. Reclamó el gobierno norteamericano de manera enérgica primero. Finalmente fue demasiado benévolo y el asunto terminó en cambio de notas amistosas y el pago de una indemnización a las familias de las víctimas.

Entretanto, el incansable forjador de mitos lanzaba a la circulación la más risible, monstruosa y pueril de todas sus creaciones: "El gobierno de Washington habría exigido que fuera un barco de guerra chileno frente a Punta Angel, en

Valparaíso, para que arriara la bandera y saludara al pabellón norteamericano con 21 cañonazos.

"El oficial chileno de apellido Peña, o Walker, después de cumplir la orden, se habría suicidado encima de su bandera". Otros mitómanos situaron el incidente en San Francisco de California.

En los patios del MacKay y más tarde en el liceo hemos escuchado dichos mitos del *Lackawana* y del *Baltimore*.

No estaría mal nombrar un inspector fiscal de mitos con grado tres. Traspasamos la idea a los inventores de pegas o canonjías de las ubres presupuestarias.

Hagamos otra excursión en el tiempo hacia atrás. Ochenta años atrás, Chile se encontraba en guerra con España, siempre buscando el espíritu unionista de que hablamos. Llegó a Valparaíso un veterano de Estados Unidos: el comodoro Rodgers, fogueado en varios mares, héroe de Marruecos, de Charleston y de otras acciones memorables; al mismo tiempo era encargado de negocios de Washington el mayor general Kilpatrick, ex comandante de la caballería unionista, vencedor de Wheeler, héroe de Waynesboro, Jonesboro, Augusta y Kingston.

La posición de Estados Unidos entonces no era muy fuerte, a causa de las heridas recientes. No obstante, la actitud de Rodgers y de Kilpatrick fue francamente amistosa para Chile. En más de una ocasión apuntó los cañones del *Monadneck* contra la *Numancia* de Méndez Núñez.

LO DEL BALTIMORE

Junio, 1952

Por penúltima vez voy a desmentir el infantil disparate del marino chileno Peña, que habría sido comisionado por nuestro gobierno para ir a San Francisco de California, en un barco de guerra de nuestra Marina, y en dicho puerto cumplir una de las condiciones impuestas por Washington, motivadas por el incidente con marineros norteamericanos, en Valparaíso, el año 1891. La dolorosa misión del teniente o capitán Peña habría consistido en saludar la bandera yanqui con veintiún cañonazos. El broche de oro de la fenomenal mentira es el suicidio del inexistente Carlos Peña, después de la humillante ceremonia. Entre la infinidad de mitos históricos patrioterros, es éste el más nocivo y adherente. En todas las naciones cultivan el mito histórico, y a veces con saludables resultados. Con razón nuestro Encina ha dicho, en comentario de Nicolás Palacios, que el más vital sentido de los pueblos es el de la nacionalidad. Lo tuvieron hasta el hiperbolismo Pérez Rosales y Vicuña Mackenna. Polos positivos. Lo tiene Encina. Solamente un entrañable amor a la patria chilena explica una vida entregada a estudiar la historia paso a paso como itinerario de Chile. Por lo mismo, aceptó y cul-

tivó el mito de la raza araucano-gótica, que asimismo podría ser vándalo-gótica, de Vandalucía. Unamuno rebatió a Palacios y sostuvo que Chile era, con la Compañía de Jesús, una genial creación del pueblo vascongado. Yo creo que el chileno es el pueblo superior de nuestra América, sin mitos. Necesita leche y no mitos. Es seguro que hay sangre germánico-española en no pocos chilenos. Los Rozas, de Burgos, en Castilla la Vieja, eran de ascendencia germánica.

Hay otros mitos benévolos y fecundos, como ser, el duelo a muerte de un general con cierto francés. Nunca se supo el nombre del francés ni el sitio del lance. Este mito es repetición o versión popular del duelo del conde d'Espinville, cuya tumba se encuentra en el cosmopolita cementerio de Valparaíso.

La verdad sobre el incidente del *Baltimore* es la siguiente, en pocas líneas. El gobierno de Washington era partidario de Balmaceda, esto es, de un gobierno legal estable. La conducta del ministro Egan, amigo y partidario acérrimo de Balmaceda, irritó al pueblo de Valparaíso después de las victorias parlamentarias de Concón y La Placilla. La culpa del asunto debe recaer en el ministro Egan, según escribió el editor del *Harper's Weekly*, de julio de 1892. El 16 de octubre de 1891 bajaron a tierra marineros del *Baltimore*, sin armas, y fueron asaltados simultáneamente en diversos barrios. Uno murió y ocho quedaron gravemente heridos a cuchillo. Uno de los heridos presentaba dieciocho cuchilladas. Treinta y seis marineros fueron apresados y apaleados. Egan reclamó. La nota del gobierno provisional chileno fue considerada ofensiva en Washington. No obtuvo respuesta. Se envenenaron las relaciones entre ambos países. Lo más triste consistió en la actitud doble del argentino enemigo de Chile Estanislao Zeballos. Este ministro de Argentina en Washington ofreció víveres y cuanto necesitara una escuadra yanqui, en caso de ocupar el puerto de Antofagasta. Roca aceptó. Mitre dijo: "Sería un crimen". Finalmente, Chile pagó setenta y cinco mil dólares de indemnización a las familias del muerto y de

los heridos. Era un hecho aceptado, es un *derecho* obrar así. El presidente Harrison, años antes, pagó igual suma a las familias de súbditos italianos que fueron linchados por turbas norteamericanas en Nueva Orleans. Esta es la historia. El marino Carlos Peña no existió. Hay un libro sobre esto, de José Miguel Barros Franco. Completo y claro. *El Mercurio* desmintió el caso tres veces. *Averiguador Universal*, 6259, 6565, 6570. Yo lo desmentí cuatro veces, pero ocurre como en el cuento del billete premiado de lotería. Siempre hay uno que no ha leído la historia y que cae. Seguirán cayendo: "Los hay, los hay, la cosa es dar con ellos", dice D. A. Garfias. El pueblo no gusta de los casos sencillos. Le encanta lo monstruoso, lo misterioso, lo absurdo y lo inverosímil. El pueblo tiene una prodigiosa imaginación de lo falso. Mueren dos doctores de gripe, el mismo día y en cama. El pueblo no acepta. Murieron en un duelo con bisturí, encerrados en una pieza oscura. No crean lo que les digan, sino lo que les conste. Ahora decían que el portaaviones norteamericano vino para ejercer presión. Infantil. Fue una moda gritar contra el imperialismo del dólar. Ya pasó. Es como el sarampión. Sin dólares no funcionaría nada. No hay capitales privados. O capitalismo del Estado, o capitalismo extranjero. Es total. Huachipato funciona con carbón norteamericano. Es una necesidad por cuanto nuestro carbón no cuenta con las calorías suficientes. No alcanzamos a seis millones de habitantes: es la cifra del aumento de la población de Estados Unidos cada dos años.

Los norteamericanos podrían ser nuestros mejores amigos. O Rusia, o Perón, o Estados Unidos. Escojamos.

ILUSION Y TURISMO

Octubre, 1956

Recibí la siguiente carta:

"Venerable señor: He leído la carta de uno de sus infinitos lectores, acerca de las dudas que podrían cernirse sobre la autenticidad de la casita en que nació Gabriela Mistral. Se advierte, además, a propósito de esa correspondencia, que tampoco sería legítima la casa que se venera como lugar de nacimiento de otra ilustre chilena, "La Quintrala". Se insinúan, asimismo, a este propósito, otras inexactitudes relacionadas con reliquias históricas.

"Mi único deseo, señor, es preguntarle si existe constancia en sus "archivos" de los millones de inexactitudes de esta índole que existen en los países de Europa, del Oriente y de todo el mundo. ¿Quién se detiene a considerar la autenticidad de una piedra que, en cualquier calle o avenida de Roma, es rodeada de una pequeña cerca de alambre que, a manera de aureola, la consagra como recuerdo de uno o dos siglos antes de Cristo? Existe, incluso, la tumba de Romeo y Julieta, personajes de ficción, y son millares de peregrinos los que concurren a visitarla.

"Yo creo, inteligentísimo señor Edwards, que si nos estamos con muchos tiquismiquis en cuanto a la veracidad de nuestras reliquias, nunca tendremos atracción turística, cuya base, especialmente en Sudamérica, es el acicate de conocer cosas autóctonas. Y lo autóctono, como nadie sabe lo que es exactamente, hay que adaptarlo, más o menos, cocinarlo y ofrecérselo al visitante, porque el visitante de una casa particular o de un país gusta de ser engañado con retratos de antepasados familiares comprados en casas de remate o con ruinas y antigüedades históricas, harto más interesantes que lo que representan...

"La señora Carmen Moreno de Flores formó, en compañía de su esposo, el notable actor Alejandro Flores, un Museo de O'Higgins en Rancagua. La dueña de una pequeña fonda de San Fernando me aseguró haberle vendido una mesa que había construido su propio padre. En el Museo figura como la mesa donde comió el Libertador, cuando pasaba días en Rancagua. Sin embargo, esa mesa debe tener ahora un valor incalculable. Todo lo hace la fe, y no hay mayor crimen que el de matar las ilusiones.

"Finalmente, me permito contarle un chascarrillo nacional. Un yanqui andaba por esos campos buscando reliquias del pasado chileno. Un huaso diablo fue a ofrecerle una calavera de O'Higgins. El yanqui, entusiasmado, le pasó veinte dólares. El huaso —un tonto pillo, seguramente— pretendió repetir y llevó al yanqui otra calavera chica, de niño. El gringo le preguntó:

"—¿Y ésta?

"El huaso respondió:

"—Es la calavera de O'Higgins cuando era guagüita.

"Me despido afirmando a usted la necesidad de perpetuar la fantasía para fomento del turismo.

"Besa sus pies.

"Eugenia Urquieta, Lautaro 723".

Respuesta:

No sé cómo dirigirme a usted, si es que es usted la que firma. Lo de venerable y el besapiés parecen cosa de chungá, o pitorreo. Le suplico: Si otra vez me honra con escritos hágalo por un solo lado del papel. Su carta es, por lo demás, muy razonable. El domingo pasado me referí al mismo punto al tratar del mito de los *Amantes de Teruel*.

Muy bien están los mito benévolos, o ponderativos. ¡Ay de nosotros si la falta de imaginación nos toma de caso para dar alas a un mito deprimente o empequeñecedor! En mi colección de mitos hay algunos sorprendentes.

Se ha dicho que podrían juntarse, por el ancho mundo, centenares de muelas de Santa Apolonia y astillas del Santo Madero como para levantar una montaña con ellas. Conté, hace algunos años, el caso que nos ocurrió en el Templo de los Jerónimos, en Lisboa, cuando lo visitamos mi hermano Emilio, un inglés de nombre Rowe, Jorge Besa Díaz y yo. Después de subir por una escala a mirar el cofre donde se encuentra un huesito de San Jerónimo le advertimos, como buenos chilenos, al joven lego que hacía de cicerone, lo fácil que sería sustraerlo. Podría subir a mirar una persona sin escrúpulos, y llevárselo.

El cicerone, que era gallego, al notar que hablábamos español como él, se rió fraternalmente y nos confesó:

—Se lo han llevado muchas veces, pero no faltan huesitos de pollo en el refectorio...

Otro caso. En el Hotel Oddó, Q. E. P. D., uno de los últimos cajeros y administradores, hombre docto, educado en el Instituto, guardaba entre sedas, dentro de una caja de zapatos, la canilla de Caupolicán. Cierta caballero distinguidísimo se había desprendido del histórico tesoro para evitarse la dolorosa costumbre de abonar la cuenta con dinero corriente.

En Marsella, el guía del Puerto Viejo —hoy desaparecido como tanta antigüedad cierta— me mostró la parte por don-

de arrojaron al mar al joven Edmundo Dantés en el castillo de If.

Otro caso: Allá por 1922 estuve en Sevilla y visité las ruinas de Itálica, en las que se destaca lo que fue anfiteatro romano. El guardián, un viejito seco de carnes, de ojos vivos, calvo como el *Gallo*, se inclinó de pronto, y levantó del suelo algo blanco y brillante. Fingió asombro y me ofreció: "El colmillo de una fiera". Asimismo, en los campos de Waterloo, los guías y cicerones no cesan de encontrar, para los turistas, botones dorados de la Vieja Guardia.

Ilusión. Todo es ilusión, o inocencia. El pueblo, decíamos, es la mayor reserva de inocencia.

Créame, señora o señorita, su muy "venerable" agradecido. Otra ilusión. Ser venerable y, besado en los pies, como los profetas. Bendita seas.

EL SUBTERRANEO DE LOS JESUITAS

Noviembre, 1951

Las bodegas y túneles de ladrillo que salieron a la luz en las excavaciones de la calle Esmeralda recordaron a los santiaguinos el antiguo folletín de Ramón Pacheco titulado *El subterráneo de los jesuitas*. Tengo dicho libro de la edición Puga Hermanos. Se parece a las novelas menos interesantes de Dumas padre. En esta época del cine es preciso un esfuerzo de paciencia para leerla. Lo más interesante de su lectura es la evocación de calles y costumbres antiguas. Parecen increíbles las reacciones que tuvo el folletín de Pacheco en el tiempo de nuestros padres y abuelos. Lo leían a hurtadillas, como a Paul de Kock. Las ediciones solían ser recogidas por manos misteriosas. Lo mismo ocurrió con otro libro de Pacheco, *El puñal y la sotana*. El más listo de los libreros de San Diego me confió:

—Van agentes a los remates de bibliotecas viejas para comprar *El subterráneo*.

—¿Y después?

—Lo quemán.

Voy a contar el caso que conocí por la confidencia de un amigo de mis años más o menos. Esta persona es honorable y franca. Me contó que un pariente suyo, tío, inteligente y

emprendedor, vivía en paz con su buenísima esposa e hijos, parte del año en la hacienda y parte en su casa de la capital. La esposa era devota muy observante. De familia tradicionalmente conservadora, mejor dicho religiosa, era la sola casada entre hermanas y tías monjas. La dicha conyugal se deshizo a causa... ¿De qué? A causa del *Subterráneo de los jesuitas*, del libro se entiende. El marido, bromista, campechano sin malicia, se hizo prestar dicho libro por uno de sus amigos del club. Ya hemos dicho que leerlo era cosa de diablura. Lo guardaba dentro del velador y lo leía de noche, en la cama. Cierta noche, en el momento de ir a coger el *Subterráneo*, no lo encontró. Como el libro no era suyo, la incomodidad redobló. Después de interrogar a los habitantes de su casa, se dijo que no pudo haber puesto mano en el libro otra persona que no fuera su esposa. Así había sido. La autora confesó su culpa anegada en lágrimas sinceras. Alguien le había insinuado el peligro. Se trataba de un libro impío, intolerable en hogares cristianos. Fuerzas divinas le habían insuflado la orden de destruir por el fuego las páginas satánicas. Ocurrió entonces que el fuego, al devorar el libro de Pacheco, destruyó al mismo tiempo la confianza y el amor conyugal. No tardó en sobrevenir la frialdad y más tarde la separación, a la antigua.

Me pregunto si dicho libro justifica los ardores de una persecución. No, de ninguna manera. Menos ahora que antes. Se trata de una obra densa, pesada, de escaso interés novelesco, que no daña a la Iglesia ni a nadie. No se la podría tomar en serio. Si la fealdad de ciertas mujeres es el escudo de su honor, la pesadez de un libro pecador sería la valla para impedir que hiciera daño. Dudo de que alguien pueda leerlo ahora con fines de entretenimiento. No es siquiera antirreligioso. Es, si se quiere, antijesuítico. El interés de su lectura en estos tiempos se parece al interés de un buscador de casullas apolilladas, de candelabros funerarios y de púlpitos devencijados. El autor demuestra preocupaciones eclesiásticas de renegado.

El subterráneo de los jesuitas, con su entierro de oro y valores, es un mito nacional en la ya larga lista de mitos. Los entierros de joyas y oro, que seguramente son muchos en todas partes, no se encuentran donde los buscamos. Los enterradores, generalmente avaros, murieron con su secreto. No es posible imaginar a los jesuitas, o a Marcó del Pont, metidos a enterrar caudales antes de seguir a España. De pronto, donde menos se piensa salta un entierro por sí mismo, removido acaso mediante personas ignorantes. Se trata de entierros hechos por excéntricos desconocidos. Los que dejaron suculentos entierros de verdad no se llamaron Drake ni Morgan, ni Marcó del Pont, ni fueron frailes jesuitas, ni dominicos u otros. En la vieja casa de un pueblo chileno, La Ligua, un niño vio caer discos metálicos del techo. Eran monedas de oro. Una gallina que escarbaba entre la paja y las vigas carcomidas había descubierto el tesoro enterrado lo menos siglo y medio atrás. En la calle Mouffetard, París, en 1937, los albañiles, mientras demolían murallas, encontraron un tesoro. En diversos barrios de Londres las bombas de los alemanes en la última guerra pusieron a luz esa clase de monedas de oro y de joyas que los ilusos salen a buscar en islas remotas o en el fondo de los mares.

La idea de buscar entierros en sitios determinados es una enfermedad mental. Proviene de la fiebre de invenciones fantásticas o mitomanía, más corriente en pueblos mineros y montañosos. En Colombia los entierros se llaman "santuarios"; en Perú, "tapados". En Coquimbo y La Serena es común encontrar viejos que pasan la vida haciendo planos imaginarios en el suelo con sus bastones. Sus casas, pobres y sucias, están cubiertas de planos geográficos y de cifras cabalísticas. Lo único que salió a luz de sus excursiones por la bahía de Guayacán ha sido guano. Estos fabricantes de fábulas terminan por creer lo que cuentan y comunican. En Oaxaca, México, un iluso consiguió permiso del Estado para buscar un tesoro en la catedral. En resultado consistió en la apertura de hoyos, el destrozo de antiquísimas tumbas, la

postura a la luz de calaveras casi pulverizadas y el debilitamiento de las murallas. En Santiago tuvimos el caso del gran poeta peruano Santos Chocano, empalicado por un loco delirante de entierros que poco más tarde le mató de un volapié por la espalda. Chocano soñaba con oro y sucumbió en la busca de fortunas repentinas. Acostarse pobre y despertarse rico, sin esfuerzo, por arte de birlibirloque, es la esperanza de muchos. Chocano, poeta, buscó el subterráneo de los jesuitas, piedra filosofal y cuadratura del círculo en las leyendas santiaguinas.

Según la obra de Ramón Pacheco, los jesuitas utilizaban el subterráneo con diversos objetos. Uno de ellos: enterrar en vida a los enemigos de la Orden. Los negocios de los jesuitas eran muchos y de varia índole, como vasta colmena. Para mayor discreción solían mantener emisarios bajo tierra. Eran dueños de ollerías, pulperías, carpinterías, despachos, bodegones, carnicerías, panaderías, velerías, curtidurías, boticas y ojoterías. Además de lo dicho, intervenían en los negocios públicos y en los domésticos de la gente principal. En último lugar el subterráneo hubiera debido servirles para esconder sus tesoros. El subterráneo, siempre según la fantasía de Pacheco, iba desde la Casa de Ejercicios de la Ollería hasta San Pablo, dando vueltas y curvas alrededor de la vieja iglesia de la Compañía. Contenía extensas bodegas, celdas, prisiones secretas, galerías de diversa categoría y puertas grandes o chicas. Las personas no enteradas del secreto para moverse dentro del subterráneo, se perdían irremediablemente. Fue lo que ocurrió a uno de los personajes del laberíntico libro: don Santiago Ruiz. Otro de los personajes se llama don Belisario de Miramar.

Sin un poco de fantasía la vida sería imposible. Por desgracia para los cultores de mitos y de irrealidades, el encuentro en Santiago de unos arcos y murallas de bodegas vineras, es en extremo decepcionante. Lindo hubiera sido encontrar, como en las portadas del folletín de Pacheco, una bóveda enorme, y en gancho de carnicero el esqueleto de un ajusticiado.

EL URANIO CHILENO PARA CHILE

Julio, 1959

El Quijote es la historia de un caballero andante cerebral, fuera del tiempo de tales caballeros, en la triste realidad de un mundo sin princesas encantadas ni gigantes espantosos.

En nuestro Chile hubo mineros cateadores de verdad; y un tiempo glorioso de Montecristos de carne y hueso. Los mineros o cateadores de ahora suelen ser cerebrales como Quijotes de riquezas soñadas. *Don Quijote* transformaba los molinos de viento en gigantes. Las maritornes, en princesas. Nuestros mineros suelen ver alcances fabulosos o vetas preciosas en pantanos o en el simple aire.

—¿Ve usted el color violeta de esos focos de luz? —me decía un caballero viejo, señalando los faroles de la estación del ferrocarril en Quilpué.

—Sí. Los veo.

—Eso indica que aquí hay plutonio y uranio. No lo dude. Como dicho Quijote de Quilpué, encontraríamos no pocos en Coquimbo, en Antofagasta... y en la calle Huérfanos...

Hay, además, en la fauna de mineros, cerca de los Quijotes, los sencillamente pillos, como Parraff y otros.

Veamos.

El año 1906, cerca de Las Animas, en Chañaral, un minero aseguró que había descubierto la más rica mina de turquesas del mundo.

En el primer número del diario *La Nación*, el año 1917, apareció una crónica referente al descubrimiento de plátino en el aire por el señor Sánchez Oteiza, más conocido por el nombre de "El Incandescente".

A fines de 1917 y comienzos de 1918, los señores Alberto Sinclair, norteamericano; John William, australiano, y Juan Segundo Rival, chileno, lanzaron un negocio petrolero llamado *Compañía Patagonia Consolidada*, por acciones. Estas acciones subieron desde dos pesos a diecisiete en pocos días. En aquellos tiempos el peso tenía valor respetable. Las acciones de la *Patagonia* dieron un salto hasta treinta y dos pesos. El "pozo", según los "sondeadores", se encontraba cerca de Punta Arenas, en el sitio llamado Leña Dura. Los lanzadores del negocio fueron apresados poco más tarde. El fraude había consistido en el hecho de vaciar latas de petróleo en el terreno, dando a suponer que el petróleo se encontraba a flor de tierra. Riqueza asombrosa. La llegada de las autoridades y de los periodistas hizo terminar el negocio. Las acciones bajaron a cero. Tengo a la vista la fotografía de los descubridores del fraude: gobernador, señor Contreras; juez letrado, señor Cerveró; secretario, señor Canalès; director del laboratorio, señor Davidson; director de *El Magallanes*, señor Cienfuegos; prefecto de Policía y señores Alejandro Tinsly y Alberto Daerswill.

Antes se había efectuado una estafa parecida en Pozo Amarillo.

El año 1938 el señor don Domingo Pedregoso denunció al Departamento de Minas la existencia de petróleo en el estero de Genón, cerca de Constitución. El ingeniero señor Wensel, de dicho departamento, examinó el lugar e informó: No hay petróleo.

En 1955, octubre, tras de otra denuncia de existencia de petróleo, en Constitución, por los señores Oscar Smith Rive-

ra y el regidor de la Municipalidad de Constitución señor Alvaro Santa María, el mismo experto señor Wensel declaró en informe técnico que, en suma, la materia espesa y negruzca que habían tomado por petróleo los quijotescos mineros era en realidad un prosaico y maloliente depósito de aguas estancadas con sus respectivos coros de sapitos.

El periódico norteamericano *Times*, en octubre de 1951, dio la noticia sensacional de encuentro de uranio en Chile. Uranium Find. La Corporación de Fomento (CORFO) habría contratado, en absoluto secreto, una comisión de geólogos norteamericanos. Dichos geólogos, después de explorar terrenos en el valle central, proclamaron el descubrimiento de dos depósitos de uranio en La Serena. El descubrimiento traería inesperada riqueza al país. El presidente pediría al Congreso la dictación de una ley basada en "el uranio chileno para Chile".

Me pregunto: ¿quién vio a los dichosos geólogos?, ¿quién vio el uranio?

En 1954 el periódico *América*, de Cuba, anunciaba: "En Coquimbo ha sido descubierto un rico yacimiento de uranio, oro, plata y cobre".

¿Qué se hizo? Humo, polvo y nada.

El año 1954 el Ministerio de Minería, o Balde de Agua Fría, declaró: "No existe mineral de selenio en Chile, ni existe, tampoco, la más remota posibilidad de que en el territorio nacional se descubra ese mineral".

MENTIRAS O MITOS PONDERATIVOS EN LAS PELÍCULAS

Abril, 1958

¿Qué gesto harían Moisés y sus judíos si pudieran resucitar para venir a ver, en este pobre mundo, la película *Los Diez Mandamientos*?

—¡Milagro! ¡Milagro! —gritarían, aterrados.

Con millones de dólares, en la Babel de Hollywood, los israelitas de hoy cambiaron el pasado, no solamente de su raza, sino de sus panoramas nativos. Y, digamos la verdad, exaltaron la historia, la hermosearon, la hicieron fascinante.

Los norteamericanos de Hollywood, en sus fábricas demoníacas, acapararon todo lo necesario para maravillarnos. Compraron lindos tipos, o estrellas de carne y hueso. Compraron paisajes, compraron vestimentas magníficas. ¡Ahí tienen ustedes! Vamos a ver a Cleopatra, a Friné, a Nerón, a César, a Napoleón, a Julián Sorel, a la Traviata, o al Juan Gallardo, de *Sangre y Arena*.

—¡Chico! ¡Me siento muy contento de ser español! —decía el poeta malagueño Souviron al salir de ver dicha película.

—¡Ya lo creo!

Toreros yanquis, atléticos, sanos. Nerón yanqui. Lesseps yanqui. Dama de las Camelias y Armando Duval yanquis. Napoleón de Massachusetts. He visto a Agripina con fuerte acento yanqui ofreciendo *porridge* a Nerón. *My dear, here is your porridge.*

Hace poco vi una película corta referente a la Antártida chilena, con estrellas nacionales como don Francisco Encina y el señor Gómez Millas, ilustre rector de la Universidad. La película muy buena. Un pero: aparece una entrevista de sus majestades los reyes de España con Pero Sancho de Hoz, socio de Pizarro, nombrado gobernador de las nuevas tierras que descubriera, "con excepción de Chile".

Los reyes de España nunca recibieron a los conquistadores, ni leyeron las Cartas de Indias. No recibió Carlos V a Hernán Cortés, ni Felipe II a Ercilla. Todo eso es fantasía.

Otros casos. Los franceses protestaron por los errores históricos de las películas en que aparecieron Lesseps, Pasteur y Luis XV. Lesseps no fue a Suez invitado por la emperatriz Eugenia, sino por el rey Luis Felipe. Ni se enamoró de Eugenia. Tenía sesenta y cuatro años y diecisiete hijos.

Con la película *La Guerra y la Paz*, de Tolstoi, ocurrió algo extraordinario. No gustó a todos. Esto proviene de que hay aquí, como en otras partes del mundo, fanáticos napoleónicos, o locos circunstanciales. Estos locos son cuerdos cuando no suena el nombre de Napoleón. Padecen la manía napoleónica por momentos o por temporadas. De otra manera irían al manicomio. Hay casos. El actor Coquelin, el viejo, después de encarnar a Napoleón en el teatro, sufrió la crisis total de *napoleonitis mental*. Terminó sus días en el manicomio.

Napoleón creyó que Rousseau había sido una maldición para Francia. Pero sin Rousseau no hubiera tenido lugar la Revolución, madre de Napoleón. Así yo me digo: Napoleón nos hizo mucho daño, pero sin él nuestra Independencia hubiera tardado un siglo. A veces me digo que Napoleón fue una encarnación de Santanás. El que menciona su nombre

sufre extrañas influencias. El que lee algo de él queda hipnotizado. Un jefe árabe, al verle en Alejandría, dijo: "¡No pelearé contra él, por Alá! Ese no es un hombre. Es un brujo. En todo se ve que es un brujo".

Hagan la experiencia de mencionar su nombre. Ya verán. En el acto los hombres cambian. Se ponen como beodos, parecen morfínomanos, o toros ante trapos rojos. Yo diría, parodiando el conocido refrán del *cochon*, que todo político tiene en su vientre un *Napoleón qui sommeille*. No solamente los políticos. Conozco cientos de napoleonoides. Lo curioso es que nunca están de acuerdo entre ellos. Hagan la prueba hoy mismo, en el club, en la plaza o en la oficina. Esperen a que se junten tres o cuatro conocidos, y dispáren.

—Batalla de Waterloo.

—Napoleón no era el mismo de antes. Las glándulas. Estaba gordo.

—Llevaba en su bolsillo el parte de la victoria. A las cuatro había ganado la batalla.

—Le traicionó Grouchy.

Hay uno que no habla. Mira a sus pies con aire superior. Es el sabelotodo. De pronto dice, como iluminado:

—Ustedes no saben nada. Han leído al tonto de Ludwig. Napoleón perdió porque su ejército había perdido la fe en él. Los soldados de la famosa Guardia huyeron como corceiros, dice Stendhal.

—No diga leseras.

—El tonto es usted.

Así suelen terminar las discusiones napoleónicas. Lo que ocurre es que cada uno se forjó un Napoleón a su gusto en la cabeza. Cada uno tiene su *Napoleón*. Los más graciosos son los Napoleones siúticos. Estos se manifiestan indignados con el Napoleón cinematográfico de *La Guerra y la Paz*. Según ellos es absurdo, sin virilidad ni elegancia. Dicen así:

—¡Hase visto insolencia igual! El mismo actor ordinario, calvo y chato, el judío Herbert Lom, hace los papeles de Napoleón, y poco después aparece, con la misma jeta, en papel

de gangster en el *Quinteto de la Muerte*. En las *Barreras del Terror* hace de bandido griego. ¡Absurdo!

Bueno, entre un bandido y un guerrero hay poca diferencia. Si un hombre mata con uniforme en una batalla es un héroe. Si mata de civil, en la paz, es un gangster. Un descendiente de sueco, Lindbergh, es héroe nacional norteamericano. En Suecia hubo un famoso bandido Lindbergh. En Inglaterra un hermano del explorador Shackleton fue ladrón de veras, no de películas.

Perón se creyó un Napoleón. Caballo blanco, entrecejo fruncido y guerra contra los ingleses. Sus arengas sonaban con tono imperial: "Cuando yo aparezco mis cien mil descamisados valen por cuatrocientos mil, como dijo Napoleón".

Cipriano Castro, el de Venezuela, se creyó Napoleón. Nuestro poeta Pezoa Véliz recordaba que don José Miguel Carrera, en la cubierta del barco que le traía a Chile, declaró que sería el Napoleón sudamericano.

¿Conocía Napoleón su poder oculto, de brujería? La duquesa de Abrantes conoció a doña Leticia Ramolino, la madre de Napoleón. Tenía, según ella, tipo de adivina, de *tireuse de cartes*. Algo bruja, de nariz afilada y ojos sibilinos.

No supo Napoleón los estragos que haría su brujería en esta América española, o *gigot* colonial de la vieja España. Buena presa este continente con forma de jugosa chuleta de cordero, según el brujo.

ORO, MANGANESO, ONIX Y MARMOL, EN QUILICURA

Enero, 1955

En el primer número de *La Nación*, cuyo aniversario celebramos, apareció la noticia del descubrimiento de platino en el aire por el señor Sánchez Oteiza.

Lo del platino del aire quedó, como se indica, en el aire. Conservo el recuerdo del hecho por cuanto es un síntoma. Somos descendientes de españoles del siglo XVI. Esos españoles leían libros de caballería, o de encantamiento. Ercilla se sabía de memoria el Ariosto. No sé si algún erudito haya notado la influencia del *Orlando Furioso* en *La Araucana*. Ercilla empieza como excusándose de no poder cantar a las damas. Ariosto empieza así el Canto Primero: "Canto las damas y los caballeros y los amores y la galantería..." Ercilla empieza su Canto Primero así: "No las damas, no amor, no gentilezas de caballeros canto enamorados..."

¿Habían notado esto antes? No lo sé. Un diario no es lugar para un tema de esta grandeza por sus derivaciones y miles de modos de explicación.

Ahora voy a referirme aquí a los herederos de los ilusos

que salían en busca de El Dorado, hasta en los últimos días del siglo XVIII. Se trata de sedicentes mineros, o Quijotes cateadores que de pronto, a la luz de un amanecer, ven cerros transformados en plata pura y guijarros con reflejos de oro. No pasa día sin que oigamos de descubrimientos fabulosos. La revista *América*, de la Asociación de Escritores y de Artistas Americanos, editada en La Habana, con ancha circulación, publicó en septiembre de 1954 la siguiente noticia de Chile: "En Coquimbo ha sido descubierto un rico yacimiento de uranio, oro, plata y cobre". En junio del mismo año, el Ministerio de Minería acusó recibo de un informe de la Caja de Crédito Minero en el que desmentía la existencia de selenio en Chile. En octubre de 1951 el *Times* publicó la noticia del descubrimiento de dos depósitos de uranio en La Serena y en Vallenar.

El 3 de enero de este año *Las Ultimas Noticias* anunció que un viejo cateador había inscrito enormes pertenencias mineras en las puertas de Santiago, dentro de las haciendas Lo Echevers, Lo Boza y Lo Campino. El cateador pidió la expropiación de los tres fundos mencionados, después de señalar en ellos la existencia de grandes yacimientos de manganeso, oro, ónix y mármol.

¡Y un loro!, exclamé, sin poderlo remediar, parodiando el cuento del cazador jactancioso y de su mozo.

Vamos a ver. Quilicura en mapuche significa piedra roja. El pueblo está situado a diez kilómetros de Santiago. Hace más de treinta años solía ir con Aquiles Vergara a Lo Campino, inolvidable mansión que heredó de su padre, el general Vergara. Era éste un gran señor, de aspecto marcial y noble. Corrían por sus venas sangres vasca, castellana y portuguesa de Viana do Castelo. La misteriosa casa de la hacienda revelaba algo de la vida novelesca del general. Yo no le conocí, pero vi pasar su sombra en dicha casa. El general vivió como un castellano de la Edad Media. Escarbaba el suelo sin cesar. Demolía cerros y edificaba desde el amanecer. Hacía emplazamientos para cañones, torreones, casamatas, puentes y cuar-

teles subterráneos. Todo de piedra de sus canteras. Los generales planean siempre guerras. Creo que el general Vergara preparaba la defensa de Santiago contra una quimérica invasión argentina. El espectro de este varón extraño, despótico y fuerte vagaba por esa casa, por esos jardines, por los aposentos y las fortalezas. Docenas de retratos del general le mostraban en posturas guerreras, ora francesas, ora germanas, ora británicas. Siempre un poco *fidalgo*.

El general era buen mozo, arrogante y con una expresión cruel, de orgullo y desafío. Se había retratado en toda clase de poses y con uniformes variados: ingleses, franceses, alemanes y españoles. En uno de estos retratos aparecía con el torero *Mazantini*, en Granada. Llevaba bigote entero y tupido. Ahora suelo meditar en el misterio de dicho gran señor. Esa casa tenía bodegones, cepos, carruajes y enormes caballerizas. Vagaba por ella un bufón de cuento de Hoffmann, vestido de soldado, que balaba como una oveja. Andaba encorvado y no parecía ser humano. Me parece ver a esos fantasmas en la decoración de otros tiempos. El general edificó cerca de la casa un pabellón separado para su amada. Nadie la vio. Cuando murió el general, el día del entierro de don Germán Riesco, la dama partió sin que la vieran a Río de Janeiro. Me parece ver el fantástico retrete o excusado, del general, en forma de trono, con cortinajes, al que se accedía subiendo cuatro gradas, alfombradas. Sentado en él me creí no pocas veces un califa en Consejo de Ministros. El general dictaba órdenes como un país. Grande y déspota. Grande hasta para regalar. Regalaba cañones del Perú, espadas con cazoleta de oro y caballos *pur sang*. Pagaba pensiones personales a los veteranos del 79 y de 91. Regaló Las Salinas a la Marina de Chile. Era dueño, con su hermana Blanca, de la Población Vergara, en Viña del Mar. Hizo arrasar sus viñas de Quilicura para mitigar las borracheras. Era un capítulo vivo de historia del viejo Chile victorioso. Mezcla de general y de sultán. La noche del terremoto de 1906 se fue a la caballeriza, hizo ensillar el potro más ligero, se vino de un

galope a Santiago; tomó a su esposa y se la llevó a su casti-
llo, abrazada y segura, al anca.

Otro detalle de su quinta. En un decorado del acto del
cementerio sevillano de *Don Juan Tenorio* se había construi-
do un enorme pedestal de piedra, alto, de diez metros. En
noche de luna pregunté a Aquiles, su heredero:

—Y esto. ¿Qué es?

—Para que pongamos su estatua —me respondió Aquiles,
riendo.

No creo que a un hombre con el ojo del general Vergara,
veterano de Marruecos, de Concón y La Placilla, ex ministro
de Riesco, de una actividad cesárea, se le pudieran escapar
los tesoros de Quilicura.

Corre mucha fantasía por ahí. Es como la patraña de las
barras de oro de *Lo Aguila*. Creer que pudieran quedar ba-
rras de oro enterradas en una casa que habitó don Domingo
Toro, padre, es para soltar la risa. Creer que puedan quedar
señales de barras de oro en un sitio que ocupa don Domingo
Toro Astaburuaga, es no conocer a este filántropo.

DEL BOXEO

Julio, 1946

Después de darse a conocer en la capital los resultados del match de boxeo Louis-Godoy comenzaron a funcionar los teléfonos de los diarios a propósito de un rumor, o "copucha", referente a dicho match. El hecho es que circuló en la capital la noticia de que Louis estaba preso, junto con su manager, "por habérsele encontrado una manopla de aluminio dentro del guante derecho". El rumor absurdo, producto de un cerebro infantil, se enseñoreaba de ciertos círculos. Por fortuna, el criterio de los periodistas es formal y experimentado. La copucha pueril no pasó de las aceras y cantinas. Los diarios no le dieron ni un minuto de crédito, y de esta manera nos libramos del ridículo. Pero conviene ponernos en guardia. No pasa día sin que circulen copuchas, ya sean políticas, sociales, literarias, teatrales o deportivas. Algunas sobrepasan los límites de la broma y se vuelven ultrajantes o contrarias al orden. Después del primer match de Louis y Godoy circuló otra, para no perder la costumbre. Se dijo que ese match fue un arreglo, vulgo "tongo". Si el público pensara un poco, no tardaría en comprender lo absurdo de tales rumores. ¿A qué persona, mediana en conocimientos pugilísticos, podría

ocurrírsele la idea de que el boxeador Louis, campeón del mundo, dueño de regular fortuna en dólares y de enorme porvenir, sería tan estúpido como para comprometer su situación y encanallarse en una jornada que para él no pasa de ser detalle en su carrera?

En la misma época, otras personas echaron a correr la bola de la pérdida de excursionistas en la cordillera, precisamente en los días más crudos del mes pasado. El Club Andino, los carabineros de los retenes rurales, los arrieros y otras personas de buena voluntad se movilizaron para buscar a los deportistas extraviados. ¿Y qué? Nada. Pocos días más tarde se supo que se trataba simplemente de invenciones "copuchentas".

En mi pequeño archivo guardo colección de mitos locales, los que, a veces, me incitan a meditar en la busca de una explicación de fondo. Cada fenómeno social, cada carácter debe tener su origen o explicación. El conocido aforismo de que no hay efecto sin causa se impone en todos los órdenes de la vida. En Santiago, en Chile por extensión, el mito y el mitómano son institución social. A veces me ha ocurrido encontrarme delante de personas mentirosas y no he tenido más remedio que dejarlas expandir su manía, sin proferir una sola palabra. En efecto, si un mentiroso comienza a hablar de París, de Moscú, de Madrid, y cuenta sus relaciones con la zarina, sus amores con la Otero y su duelo con Boni de Castellane, entonces uno se dice que si contara cualquier hecho curioso, real, de su vida, nadie le creería. En un cenáculo de mentirosos por el estilo de un cazador de fieras de Bengala, el hombre verídico se queda cohibido, a menos que salga con una más grande y lo eche todo a la broma.

En nuestra tierra vivimos envueltos en el mito; en mucha parte la historia misma se envuelve en polvaredas de mitos, a veces doradas y otras veces piadosas. A menudo he pedido a mis amigos escritores que lean en detalle ciertos capítulos de historia, "como si por primera vez los conocieran", para reflexionar en los detalles y dar a cada cosa, a cada persona-

je, su justa proporción, después de podar la floresta, lo frondoso, lo hiperbólico. Entonces nos encontraremos con batallas gigantes que sólo fueron bochinches y con gigantones políticos que sólo fueron pequeños intrigantes.

¡Oh, cuánto mito! El platino del aire; la campana de oro de Arica; el petróleo "tapado" de Magallanes; el entierro de Guayacán; el héroe Paz, de Talcahuano; el doctor que encontró en la calle una niña, y resultó que la estaban velando; el señor que se topó con el hombre que acababa de morir.

¿Y qué decir del mito del genio político? No pasa mucho tiempo sin que las derechas descubran un genio, un Napoleón. Generalmente, el Napoleón nacional es un hombre misterioso; ha vivido en el extranjero y se revela de repente. Unos dicen que Schacht le tiene por el primer financista del mundo; otro asegura que vio, en su casa, una carta en que Mussolini le llamaba "mi maestro". De otro político dirán que la obra de Kemal Pachá, en Turquía, fue inspirada por él. Del de más allá vendrán a decirnos que Roosevelt no hace otra cosa que imitarle. Hace pocos días dijeron de un político chileno viajero que se encontraba anclado en Nueva York a causa de cierta misión secreta que le encomendara el gobierno de monsieur Lebrun. Nadie desmintió la paparrucha. La verdad es que dicho señor no piensa en otra cosa que en regresar. ¡Pobre Francia! No quiere servirla.

EL AVION DE VIRACOCHA

Abril, 1955

José María Viracocha. Hace poco escribí: El indígena americano experimenta la necesidad imperiosa de lo falso: para él la realidad es solamente un bastidor para tejer lo que le sugiere su deseo.

No se crea que hay derroche de fantasía en estas historias inventadas. Se trata de cuentos vulgares, casi infantiles, basados en la realidad de los hechos incontestables. El criollo, como el indígena, no crea el tema, sino que lo adorna.

La historia de los aviones que venían de Estados Unidos a nuestra tierra pone de actualidad a los mentirosos y mitómanos. Uno de los aviones se ha perdido. La U.P. anunció que el indio ecuatoriano José María Viracocha vio los restos del avión en los arenales de inhóspita playa. Las noticias siguieron llegando igualmente desoladoras. Las autoridades habrían encontrado en unos cerros los cuerpos de los pilotos chilenos; éstos habrían sido embalsamados en el pueblo más cercano. El gobierno ecuatoriano daba su pésame al chileno.

Dos días más tarde llegó de Ecuador el desmentido. Todo mentira; ni restos de avión ni cuerpos de pilotos ni embalsamadores.

Viracocha había batido el record de la mitomanía. Viracocha se había revelado superior a los inventores de la campaña de oro de Arica, del platino del aire, del héroe de Taichuano y del teniente Peña en el asunto del *Baltimore*.

Todo mentira. Todo falsedad. Después de considerar hechos tan extraordinarios nos da por pensar en la conveniencia de estudiar seriamente el asunto y divagar por lo menos acerca de las diversas clases y matices de las mentiras propias del género humano, a saber:

¿Cuál es la diferencia entre el mentiroso y el mitómano?

¿Era mentiroso Tartarín de Tarascón?

¿Es mentiroso el que escribe un cuento para niños?

¿Es mentiroso el orador de masas?

¿Era mentiroso Cervantes?

¿Por qué es mentiroso Viracocha y no lo fue Andersen?

¿Hay mentiras útiles?

¿Existe un arte de la mentira?

¿Puede haber belleza y fuente de progreso en la mentira premeditada?

¿Es mitómano el inventor del túnel de Matucana?

¿Cuál es la diferencia entre contar cosas fantásticas a un niño para dormirle, y contar noticias fantásticas a la United Press, para el público?

¿Es mentiroso el director de Estadística?

¿Es mentiroso el que propone el negocito de las motonaves?

NAPOLEON EN CHILE

Mayo, 1957

Alguna vez alguien suele acercarse con aire misterioso y nos dice:

—¿No sabe usted? Estuvimos a punto de recibir a Napoleón en Chile.

—¿Para qué?

—¿Le parece poco? ¡Figúrese usted! ¡Cómo hubiera cambiado todo! ¡Napoleón en Chile!

—¿Cambiar qué? Suponiendo que fuera verdad todo eso...

—Pero, sí, es verdad. Lord Cochrane estuvo a punto de ir a buscarlo en Santa Elena para traerlo a Chile.

—Ya ve usted cómo es un mito. Lord Cochrane no habló jamás de eso. Era inglés. En cierta ocasión dijo que de buena gana hubiera llevado a los malos gobernantes de su patria a hacerle compañía al tirano ilustre (Napoleón), en Santa Elena. Lord Cochrane luchó invariablemente por la libertad contra la tiranía. El mito de la traída de Napoleón a Chile es reflejo de la idea del marino francés Hipólito Bouchard, al servicio de los argentinos. Este marino, según contaron don Pastor Obligado y el general Garmendia, salió en julio de 1817 en un barco de guerra llamado *Argentina* con la inten-

ción de libertar al emperador. Contaba el *Argentina* seiscientas toneladas y cuarenta y dos cañones. Llegó frente a Santa Elena el 19 de septiembre de 1817. Un fortísimo temporal, y la presencia de dos fragatas inglesas, dieron fin a la tentativa del marino Bouchard, o Buchardo. De otra parte, suponíamos que Napoleón hubiera sido libertado, embarcado por Cochrane y traído a Santiago. ¿Cree usted que un genio es semilla que germina y da frutos en cualquier terreno? De ninguna manera. Napoleón fue un hijo de la Revolución Francesa, nieto de los generales de Luis XIV. La experiencia, la disciplina, la tradición de un pueblo no se improvisan, y el más grande general sería impotente si no contara con una masa obediente y leal. Sin el entusiasmo de la Revolución, el general Bonaparte no habría significado nada. Napoleón es el pueblo francés de 1800. Supongamos a Napoleón en Santiago. Un huaso se quedaría mirándolo, incrédulo. Luego, socarrón, diría: "¿Y este guatoncito es el tan mentado Napoleón?" Un general de la frontera hubiera comentado a su vez: "Bueno sería este gallo por allá en Francia; lo que es en Chile no lo veo ganando batallas. ¡Venirnos con Napoleones aquí, donde tuvimos al genio de la guerra, al general más grande de todos los tiempos, Lautaro, el invencible Lautaro, más genial que Alejandro, que César y que Aníbal!" No. Napoleón no era hombre para Chile. La gramática parda le hubiera destrozado en ciernes: la neumática, la tramitación, la capillita adversa, en una palabra, la envidia. Aquí no hubiera pasado de ser *On Napo, el amargao*. Al fin se hubiera dicho: ¡Esto es peor que Waterlò!

EL AMIGO DE CHURCHILL

La Nación, enero, 1965

(Un Reportaje de Joaquín Aurelio Guzmán)

Chileno es uno de los mejores amigos que tuvo en su juventud Winston Churchill. Santiaguino, bombero, futbolista y corredor de la Bolsa, el millonario Arturo Izquierdo de la Cerda tiene en la actualidad, al igual que el ilustre agónico, noventa años de edad, los que celebra mañana con una fiesta en la cual el principal invitado será su yerno Fernando Alessandri Rodríguez.

—Winston Leonard era gordito... Era bajito y tenía una palidez de enfermizo...

Arturo Izquierdo hilvana recuerdos y pide que no lo interrumpen, "de lo contrario no puedo recordarlo todo". Y continúa hablando desde su lecho, al cual se ha recogido temprano, no por enfermedad, sino "porque me duele una vieja lesión de cuando jugaba al fútbol".

—A mi amigo Winston le gustaba mucho el fútbol, pero no lo practicaba porque el médico se lo prohibía. Había sufrido de pulmonía peligrosa a los trece años; y a los diecise-

te, cuando lo conocí, todavía estaba muy débil, a pesar de ser gordito.

Para Winston Churchill, Chile no fue nunca desconocido, gracias a la amistad que cultivó con el hijo de Luis Izquierdo Urmeneta y Virginia de la Cerda Eyzaguirre.

—Pero déjeme contarle. No me intrerumpa... Lo conocí cuando yo estaba en Londres. Un día le dije a mi amigo Luis Izquierdo Fredes, a cargo de la Legación chilena, que quería conocer el Parlamento británico. Fuimos, y cuando conversábamos en un pasillo con Lord Chamberlain y otros políticos, apareció por el pasillo corriendo desahogado un joven gordito... Casi se cayó cuando nos topamos. Como era un "gentleman" me pidió disculpas, y al darse cuenta de que yo era extranjero, se detuvo a conversar. Parece que era un personaje conocido en el Parlamento, porque todos lo saludaron y Lord Chamberlain le sonrió amable... Después nos vimos varias veces en la Cámara de los Comunes. Yo iba a mirar y a conocer las celebridades y Winston también, aun cuando ya intervenía en discusiones sobre temas que yo captaba muy poco.

Esa amistad duró hasta el día en que Churchill se aisló del mundo, en noviembre último, luego de cumplir los noventa años.

—Era mayorcito que yo... Y estaba enfermo porque fumaba mucho... Parece que esa caída que tuvo en Niza, el 60, lo dejó muy mal parado. De ahí le vinieron todos los achaques al pobre Winston Leonard...

CHURCHILL Y LOS COPIHUES

A Winston Churchill le gustaban mucho los "puros" y los copihues chilenos. En una vieja Biblia guardaba hasta hace algunos años un copihue ya marchito, pero intacto, sacado del ramo que...

—...le envié hace unos veinte años cuando se casó su hija Sarah. Le había hablado a Winston Leonard de la flor

chilena y él quería conocerla. Con mi amigo Bernardo Sutton, también inglés, le enviamos desde Valparaíso un ramo de copihues por medio de la Embajada británica. Eran para Sarah, su hija...

"ERA MAL ALUMNO"

Arturo Izquierdo tiene "pedigree" deportivo y bomberil: es fundador del Club Santiago National; único bombero que ha cumplido en Chile sesenta y cinco años de servicio activo y el único chileno que ha capitaneado una selección inglesa de fútbol (1892, encuentro contra Suiza en Londres, ganando dos por uno los dueños de casa). Ayudó a popularizar el fútbol en Chile.

—En Londres jugué por el "team" de la localidad de Eaton. Churchill nunca pudo ir a verme jugar, porque tenía que cuidar sus estudios. Parece que era muy mal alumno y en la casa lo controlaban mucho...

CONSTRUYÓ SU CASA

Sir Winston Churchill construyó parte de la casa en la que hoy agoniza. Lo confirma el chileno que fue uno de sus mejores amigos:

—Un día lo fui a dejar a Hyde Park. Yo iba a misa de once de la mañana a una iglesia católica que estaba cerca de la casa de Winston. Lo dejé en la puerta de calle, en el número 28, y cuando me despedía me dijo sonriente, orgulloso: "Ven a verme esta tarde... Mi casa es la tuya. Esta casa ayudé yo a construirla. Estos ladrillos que están en este lado los puse yo. No quedaron muy bien, pero ahí están parados todavía..."

Y hoy, setenta años después, la casa sigue en pie, y frente a ella una muchedumbre espera de un momento a otro la noticia fatal.

AMISTAD POR SOBRE TODO

Desde 1891, año que se conocieron el joven y enfermizo británico Churchill y el soñador y aventurero hijo de millonarios chilenos Izquierdo, hubo correspondencia, hubo telegramas de felicitaciones y recuerdos. Cada 29 de noviembre, desde Valparaíso, desde Santiago o desde París, de donde estuviera, Arturo Izquierdo de la Cerda le enviaba a Churchill un cable de felicitaciones por cumplir un año más. Y Churchill le contestaba con una tarjeta de agradecimiento, con otro cable... o simplemente con alguna sonrisa que Izquierdo la imaginaba por sobre "el gran charco", por sobre los largos años de lucha, de sangre, sudor y lágrimas que fueron los de las dos Grandes Guerras. Esa amistad fue imperecedera a través de la Conferencia de Teherán, de Yalta, de los ataques de las V-2 alemanas y de las derrotas posteriores del "bulldog" en la Cámara de los Comunes.

CHURCHILL PERIODISTA

—Yo regresé a Chile cuando Churchill peleaba en la Guerra de los Bóers. El me había dicho que quería ser soldado, periodista y político. Yo creía siempre que pudo serlo. Pese a la cara de enfermizo que tenía... Después me escribió y me contó que estaba redactando memorias de la campaña de los bóers para un diario londinense...

Izquierdo no lo recuerda muy bien, pero ese diario era el *Morning Post*, cuyos archivos hoy constituyen piezas históricas con los dramáticos relatos de este corresponsal de guerra, uno de los más caros de la época.

UNA BUENA FRASE

En Santiago, Izquierdo se dedicó a seguirle los pasos a su padre y llegó a ser uno de los más importantes corredores de la Bolsa de Comercio y de la Feria El Tattersall Mientras

tanto, Churchill ganaba su primera elección política en 1900 e ingresaba al Parlamento. Cuando Izquierdo fundaba el Club Santiago National y le daba impulso al fútbol chileno, Churchill, su amigo, era nombrado subsecretario de Colonias. Y el matrimonio de ambos casi coincidió. Churchill contrajo enlace en 1908 con Clementine Hozier... y seguía adelante su carrera política que le dio gloria.

—Y nos seguimos escribiendo... Yo no sé cómo se preocupaba tanto de esta amistad que para él, aparentemente, no tenía gran importancia. Pero tenía cariño por Chile a través de lo que yo le había contado cuando éramos jóvenes. Yo le decía que Chile era lindo y él más de una vez dijo que si alguna vez pudiera venir a Sudamérica, sería directamente a Chile... Le gustó mucho una frase que le dije yo como respuesta: "Anda por allá, porque nos hacen falta más ingleses..."

"QUISIERA ESTAR CON ÉL"

Y los recuerdos siguen mal hilvanados, con fechas poco claras, pero con certeras frases sobre los gustos, los paseos, las anécdotas. Churchill gustaba del fútbol y del cricket. Pero sólo practicaba este último juego. Churchill fumaba desde joven. Churchill gustaba del brandy. Churchill gustaba invitar a sus amigos a "tomar un trago" al mediodía. Churchill era un gran pintor y un gran amigo.

Izquierdo está cansado de hablar. Lo dejamos con sus recuerdos y creemos interpretar su último pensamiento:

—Quisiera estar junto a mi amigo Churchill, invitarle a un brandy y hablarle de Chile, de fútbol y de los copihues...

EL RELOJ MAS GRANDE DEL MUNDO

"El Averiguador Universal", abril, 1944

¿Está en Santiago el reloj más grande del mundo?— El tomo 5, páginas 857-858, del *The New General Encyclopedia*, 1939, dice que el reloj más grande del mundo, que tiene un diámetro de ciento cincuenta pies, se encuentra en Santiago, Chile. Está situado en un cerro que se eleva sobre la ciudad a mil pies de altura. Quedaría muy agradecida si me informase dónde se encuentra este reloj, si lo hay.—Jo Ricci.

R.—No es esta la primera vez que en una enciclopedia se acoge un dato pintoresco, sin verificarlo previamente. Tampoco sería nuevo el juego de una chuscada, hecho por un chileno. Hace años, los amantes del San Cristóbal soñaron con la colocación de un gigantesco reloj en la cumbre de este cerro. Pues bien, con el ensueño de unos santiaguinos, el espíritu travieso de algún chileno y la cándida credulidad de ciertos editores resultan posibles tales maravillas. Mande usted esta respuesta de El A. U. a la firma que editó esa enciclopedia. Perderemos en celebridad; pero ganaremos en honradez.

EL CERRO ENCANTADO

Noviembre, 1953

Los desmoronamientos en el Cerro de Santa Lucía, con peligro de los paseantes, provienen de las lluvias, de la sustracción de piedras y del tiempo.

Si pudieran juntarse los mitos mapuches y santiaguinos engendrados alrededor de nuestro cerro, podríamos forjar un volumen. En 1905 denunciaron una mina de oro en dicho cerro. El número de visitantes aumentó y el volumen del cerro disminuyó. El celebrado dibujante *Monstache* publicó poco más tarde una caricatura, en *Zig-Zag*, con el título: *El Cerro desaparece*. Se trataba de santiaguinos que arrancaban piedras y regresaban a la ciudad cargados con lo que creyeron tesoros, por poco tiempo. No pocas de las piedras que arrancaron formaban parte de la base de los peñascos eminentes de dicho paseo, los mismos que son actualmente peligrosos. Innumerables chilenos vivimos obsesionados por ideas de entierros de tesoros y de encuentros de metales prodigiosos.

El Cerro de Santa Lucía, cita nupcial de estudiantes, aviva el seso y engendra lo sobrenatural. La alegría de amar y de ser amados se prolonga en mágicos divisaderos de riquezas. Algún enamorado de verano vio platino. El otro creyó haber

descubierto señales auríferas en las deyecciones de los volátiles. El de más allá sintió cosquilleos radiactivos, después de besar a la novia en la gruta de la Cimarra Encantada. En todo esto hay encantamiento. El señor don Pedro de Valdivia, en su carta de piedra del cerro, nos dejó para el invierno una calefacción imaginaria. Y la verdad es que el cerro contiene un tesoro, uno solo: el de la salud. El santiaguino que se diera a la tarea metódica de subirlo por las mañanas, no "echaría guata", ni conocería las picaduras de la insulina, a veces más nocivas que la diabetes.

El acto de robar piedras del cerro podría justificar el título de la caricatura de *Moustache*, de hace cuarenta años: *El Cerro desaparece*. Un periodista francés en Berchtesgaden, el nido de Hitler, dijo: No había razón en gastar dinero para demoler estas rocas históricas. Los turistas y los patriotas alemanes lo habrían demolido en pocos años, a causa de la pasión de llevarse *souvenirs*.

EL FRIO

Junio, 1960

La calefacción es costumbre nueva en algunas casas nuevas. Antiguamente no se conocía o se rechazaba. Los chilenos viejos creían que la llamada calefacción central es nociva. Se arropaban hasta la boca y a lo más se ponían cerca de un brasero. No hay calefacción en los colegios ni en las iglesias. A un extranjero le llama la atención ver personas que no se quitan los abrigos en los restaurantes ni en los teatros. Recuerdo haber visto personas comiendo en el comedor de un hotel sin quitarse abrigos ni guantes.

El invierno nos pilla de sorpresa, como la lluvia. En cuanto cae la primera lluvia, se oye decir: ¿Dónde quedaría el paraguas? Caen goteras en todas las piezas. No estamos preparados para el invierno.

Ha dicho humorísticamente un escritor que podemos calentarnos con la carta de don Pedro de Valdivia a Carlos V. En esta carta, escrita por el secretario, le dice al rey que aquí gozamos de eterna primavera. Es posible que en el momento de escribir así el secretario tiritara de frío, como tiritó yo al escribir esto. Según algunos historiadores, la palabra Chile, o Chili, quiere decir frío, en lengua de indios.

De todas maneras tenemos más días con sol y calientes que nublados y fríos en las zonas más habitadas. En Francia nos cuentan entre los *pays chauds*. ¡Si nos vieran ahora! Un ciudadano francés, de París, me aseguró que sintió frío de veras, por primera vez en un invierno, en Argelia, *pays chaud*, esto es, país caliente. Lo que ocurre es que los países llamados calientes tienen veranos largos y no toman precauciones contra el frío del invierno.

Confieso que he pasado un tiempo largo en Madrid y en Pozuelo de Alarcón, a un paso de Madrid. Este último tiene fama de ser un ventisquero en invierno. Pues bien, nunca he sentido más frío en Pozuelo que aquí, en Santiago. En Madrid y en sus alrededores la gente se defendía con las mesas camillas, los chubesquis y el burlete. Son expresiones estas de gente modesta, en viejas casas sin calefacción. Ni he sentido tanto frío como aquí, en Inglaterra ni en Francia. La explicación está en que allá hay defensas contra el frío en todas partes, obligatoria a veces. En los colegios, en los cuarteles y aun en las prisiones, se exigen dieciocho grados de calor.

El frío no existe. Hay más o menos calor. Este es indispensable para nuestro organismo. El calor equilibra la circulación de la sangre y es una forma de alimento indispensable. La capacidad vital del alimento se calcula en calorías. La calefacción en casa nos acoraza el cuerpo con reservas de calor. La gente desprovista de dichas reservas suele perecer de frío en estas noches de junio. No solamente las personas, sino, asimismo, los pobres huéspedes de regiones cálidas encerrados en el zoológico.

¿Cómo defendernos del frío? ¿Con la estufa eléctrica? ¡Nunca! La Compañía nos castigará con una multa.

Hay gente feliz que capea el frío con elegancia. Cuando termina el verano de aquí, vuelan a gozar del verano de Europa. Son las golondrinas del dólar. Dios las bendiga.

SAN JUAN FRIO

Junio, 1953

San Juan no tiene que hacer aquí con los sortilegios de su día; esto es, del 24 de junio, por cuanto se trata de fuerzas coincidentes en el otro hemisferio y dependen de la posición de otras estrellas. No podemos usar de la magia de esta fecha aquí como la usan en Europa, y el caso proviene de que heredamos un calendario que no corresponde con nuestro cielo ni con nuestro clima. Nuestros Santos Patronos, o abogados, tienen sus especialidades y costumbres, a veces tan antiguas, como que remontan a la mitología y al paganismo. Cada santo define su poderío y su influencia sobre nosotros en períodos o estaciones propicios. El error nuestro consiste en creer que los períodos propicios atribuidos a los santos en determinadas fechas en el Viejo Mundo, coinciden con las mismas fechas en nuestro Mundo Nuevo. ¡Salve América inocente! He repetido que el día del San Juan de los europeos es una festividad derivada de la antigua Roma. Es la celebración del solsticio de verano. Antes solíamos gozar de los llamados veranitos de San Juan. No obstante, las noches eran siempre heladas. En cambio, en las naciones europeas celebran el calor con mayores calores. Hay rondas nocturnas alrededor de hogueras. Se suscitan encantamientos. Antes de la puesta del

sol, los mozos se declaran a las novias y les ofrecen flores de la estación. Se celebra la danza del sol, en tanto aquí, hoy 25 de junio, llueve y hiela. ¿No tenemos acaso por aquí otro mes cálido, equivalente al junio español? ¿Por qué pretendemos ser como eran nuestros antepasados españoles, hasta en lo imposible?

Supongamos que Suramérica fuera una niña que heredó de España, su abuela, una capa de pieles y un abanico. Esta niña, respetuosa de las cosas de la abuela, dio en la costumbre de usar el abrigo de pieles en los meses que lo usaba su abuela, esto es, en diciembre, enero y febrero. De la misma manera dio en la costumbre de usar el abanico en junio, julio y agosto, porque así lo hacía su abuela.

A veces me pregunto si no habrá algo más hondo de lo que parece en esta disparidad de climas, que desquicia los refranes y que trastorna el sentido termométrico de los acaeceres. Así es imposible de ser originales, y a veces hacemos el ridículo, como en diciembre, con flores y con simulación infantil de una Navidad para yanaconas, con nieve de algodón y ácido bórico. Todavía nuestros escritores dicen canícula, ponen golondrinas, que no existen, en sus cielos falsos y elogian a la niña de *quinde abril*. Yo repito cada año esto mismo, y seguiré, mientras todo sea lo mismo. *Je dis toujours la même chose parce que c'est toujours la même chose* (Tardieu).

Abril, mis queridos lectores, es en Europa el precursor del sol. Los latinos lo dedicaron a Venus, a la Venus naciente, por cuanto abril, de *aperire*, o abrir, indica la apertura del seno de la madre tierra para dar a luz los frutos de la primavera y del amor. Es absurdo repetir aquí los refranes europeos relacionados con santos y meses, como: "Mayo es loro cubierto de oro". El español Eugenio Montes dijo de agosto: "Dulce infierno".

Asimismo, no digamos que a cada cerdo le llega su San Martín, sino que a cada chancho le llega su hora. ¿Se podría intentar un reajuste de fechas, o un nuevo calendario para el Nuevo Mundo?

VERDULERAS DE LIMA Y PAPEL MONEDA EN 1887

"El Averiguador Universal", marzo, 1942

Verduleras de Lima, billete y papel moneda.—En una de las respuestas de El A. U. sobre el repudio del billete, se remite al libro del señor Guillermo Subercaseaux sobre el papel moneda. En este libro se dice sólo que las verduleras en el mercado, si mal no recuerdo, no quisieron recibir el papel moneda. Oí a mi padre, que estuvo muchos años en el Perú, después de la guerra, que las cosas habían pasado de muy distinta manera. Un día sábado, en la mañana, el presidente del Perú habría decretado la desvalorización del papel moneda. Sabido esto por el comercio y los bancos, se apersonaron al presidente y le hicieron ver lo inconveniente del decreto, por lo cual el decreto se retuvo en la tarde del sábado. La existencia de este inconsulto decreto se extendió con gran rapidez y el domingo por la mañana en el mercado, las primeras en transar, las verduleras, sabedoras de la existencia de este decreto, no quisieron recibir el papel moneda, y la autoridad, no estando segura de que el decreto hubiera sido retenido, no tuvo suficiente seguridad y no hizo respetar forzosamente la validez de este billete. Después he buscado en diferentes publicaciones la comprobación de esto: y lo único

que he encontrado, que no es exactamente igual a lo arriba expresado, es lo que dice el señor Alejandro Garland en un opúsculo publicado en Lima en 1908, por la imprenta La Industrial, y que fue reproducido en Chile entre los trabajos presentados al Cuarto Congreso Científico (tomo IX segundo de Ciencias Económicas y Sociales), donde el solicitante puede encontrar, entre otros datos, la frase siguiente (pág. 31): "El billete fiscal no llegó a convalecer de la herida que le infirió la declaración oficial de que su curso no era forzoso y que por lo tanto su recepción era facultativa por parte del público. Esa herida fue mortal, pues a partir de aquella fecha el repudio de los billetes se hizo general".

Sobre el hecho de que las verduleras del mercado no quisieron recibir el billete, se ha hecho una especie de doctrina económica de repudio del curso forzoso: cuando la realidad es que ello se basó en un decreto gubernativo que dejó facultativo el recibir o no el billete, lo cual significaba en realidad el repudio por el Estado de su propio billete.—José López y López.

R.—1) Agradecemos este alcance a la preg. y resp. 46975, de 20 de marzo, sobre papel moneda repudiado. No hemos dicho que el señor Subercaseaux en su *Ensayo sobre la naturaleza del papel-moneda bajo su aspecto histórico y económico-monetario*, haya hecho referencia a las verduleras. Dice en la pág. 45: "En 1875 se inicia un nuevo período con la inconversión de los billetes de los bancos de emisión existentes. En 1879 sobreviene la Guerra del Pacífico y el papel cae en la depreciación, hasta terminar su circulación en 1887, en medio del rechazo público. El gobierno procedió entonces a retirar el billete y dio curso legal a la libra esterlina, por cuyo modelo se creó posteriormente la nueva libra peruana".

2) El señor Garland, en la obra citada por usted, dice en otra parte, refiriéndose a la intervención de la autoridad con motivo de la resistencia al nuevo circulante: "...para obligar a los comerciantes, y de manera especial a los *vendedores*

de comestibles, a que recibieran por su valor nominal los billetes..." En la misma pág. 31 habla de "negativa de los vendedores de artículos de primera necesidad".

Estas citas que tomamos de la obra del señor Garland permiten suponer que las verduleras debieron provocar en el mercado de Lima incidencias que la tradición aún recuerda. Una mención expresa a las verduleras quizás se puede encontrar en escritos costumbristas sobre aquella época de Lima.

Nota.—Los trabajos del IV Congreso Científico (1º Panamericano) se dividen en secciones, de las cuales la VII corresponde a Ciencia Económicas y Sociales. La impresión de los trabajos de esta Sección, dirigida por don Julio Philippi, ocupa el volumen VIII, que consta de dos tomos. El trabajo del señor Garland figura en primer término del Tomo II. Su referencia al Tomo IX segundo sólo obedece a número serie según encuadernación, que a veces se dispone caprichosamente.

No vemos por qué la vuelta a la convertibilidad deba calificarse de "repudio por el Estado de su propio billete", como dice su carta.

TRES MILLONES CUESTA LA COLECCION DE MARIPOSAS QUE EXHIBE EL MUSEO NACIONAL

La Nación, abril, 1949

PRESENTA EL EJEMPLAR MÁS GRANDE DEL MUNDO; MIDE
TREINTA Y CINCO CENTÍMETROS.

La mariposa más grande del mundo se encuentra en Chile entre la más completa y valiosa colección de especies exóticas y afines que existen en el continente y que se exhiben en la Sección de Entomología del Museo Nacional de Historia Natural de Quinta Normal. Así lo reveló a *La Nación* el profesor e investigador entomólogo y jefe de esa sección, doctor Emilio Ureta Rojas.

Esta bella especie, denominada "Thysonia agripina" y que habita en el trópico americano, mide de punta a punta treinta y cinco centímetros, mientras la Cabeza de Víbora del género "Saturdidan actias", australiana, mide quince centímetros.

VALIOSA COLECCIÓN CIENTÍFICA

—Entre este valioso material que la sección posee —nos dijo el doctor Ureta— se destacan, por su interés científico y

belleza, la colección Germain y Droste, colección de coleópteros exóticos, de mariposas chilenas y numerosas otras.

En la colección Germain, compuesta de más de cincuenta mil ejemplares, se encuentran representadas todas las especies chilenas de este orden. Esta colección fue formada por el sabio entomólogo don Filiberto Germain, y últimamente ha sido incrementada por el doctor Ureta Rojas con nuevas especies descubiertas de coleópteros, destacándose hermosos ejemplares de brillantes colores metálicos, verde y azul, que han sido traídos de la alta cordillera de Coquimbo y otros puntos del país. En las colecciones en general se nota una ordenación que se va haciendo conforme a los últimos adelantos de la Sistemática.

Entre estas colecciones de mariposas se destaca la de langostas chilenas, que fueron estudiadas por el acridólogo argentino doctor José Libermann.

—La colección más espectacular —nos dice el doctor Ureta—, por la maravillosa belleza que ella encierra, es la Kallinas de Ceylán, cuyo mimetismo las identifica con las hojas secas en tal forma, que vista la caja por su faz inferior más semeja una colección botánica que una colección de mariposas.

Nos dice más adelante el eminente investigador chileno que las Ortitópteras, o mariposas de alas de pájaros, son verdaderamente deslumbrantes en sus colores verde y negro de terciopelo y oro. Además, estas mariposas son de un valor muy elevado, habiendo una caja con cuatro ejemplares que valen aproximadamente ochocientos mil pesos.

RODEO A LA CHILENA

Octubre, 1943.

"Señor Edwards:

"Un amigo del Sur me convenció de la necesidad que tenía yo como santiaguino burócrata, de saborear las delicias de la vida campestre, por lo menos en uno de sus aspectos alegóricos, cual es el rodeo a la chilena.

"Yo no conocía un rodeo; lo confieso con cierto rubor. Salimos en dirección a la Quinta Normal, por la parte donde se encuentra la Exposición de Animales. Recuerdo que un niño que iba en el tranvía preguntó a su papá:

"—¿Por qué hacen la Exposición de Animales, junto con la Semana del Niño?

"El papá no supo qué contestar.

"Para llegar a la parte de la Exposición hay que andar como cinco cuadras. Llegamos. La entrada cuesta dieciocho pesos, con derecho a ver el rodeo. No me voy a referir a los animales expuestos, sino al rodeo, que se celebraba en la llamada "medialuna". Las graderías estaban llenas de público y se notaba en las caras bastante entusiasmo. Algunos espectadores compraban cerveza.

"El rodeo en sí mismo como espectáculo me defraudó. Ha-

ce tiempo que no veía huasos bien vestidos y montados; he leído en una revista que el traje completo de huaso, con sus arreos de montar, sale costando más de diez mil pesos. El rodeo —y basta de rodeos— consiste en el juego de largar unos terneros por una puerta para que los huasos los persigan y los atajen. Si no los pueden atajar, entonces vuelven a largarlos. Esto se repite hasta el cansancio y de manera monótona. Le confieso que he visto pocas veces en mi vida un espectáculo más pesado y sin color.

"Uno de los huasos se equivocó y se le fue encima a un ternero, quebrándole un cuerno. El jurado le dio cinco puntos. No sé cuántos puntos le hubiera dado en caso de que matara al pobre animalito. Desearía que usted, señor cronista, me indicara su opinión. ¿Ha decaído la fiesta o siempre fue así? ¿De qué proviene mi desilusión?

F. Nicolls B."

Respuesta:

No ha decaído la fiesta del rodeo. Lo que ocurre es otra cosa: el cine, con sus emocionantes novedades de selección universal, cambió nuestras facultades críticas. Las aguzó y las estilizó, por haberlas habituado paulatinamente a lo óptimo. Las muchedumbres que acuden a los cines constituyen un mundo nuevo, excesivamente saturado de celebridades y de records de todo orden. Esta nueva permeabilidad de las muchedumbres para lo selecto y lo quintaesenciado hace difícil la presentación de lo criollo no evolucionado, ni acomodado a la mayor vibración nerviosa y la curiosidad hiperestesiada.

El cine, en sucesivos records, nos ha mostrado rodeos californianos, partidas de billar, exhibiciones de tiro al blanco, escenas de doma, juegos de malabaristas y de cuanto pueda imaginar el más exigente en proezas por el estilo.

Actualmente nos llegan impresiones del progreso que hacen los espectáculos nativos de lejanos países apenas civilizados. Ahora bien, lo nativo chileno ha permanecido estático y for-

zosamente desentona, cansa o molesta. No creo que ganamos mucho con exhibir delante de visitantes extranjeros escenas de vida nacional, antes de haberlas perfeccionado y estilizado. La cueca, el rodeo y las danzas araucanas están buenas como gérmenes de algo superior, aventajado por la imaginación y por el arte.

Ninguna manifestación de vida popular es estática; así, por ejemplo, los famosos ballets rusos, como las danzas hawaianas y las tahitianas, contienen apenas un porcentaje mínimo de originalidad histórica.

Pruebas de vigor y de resistencia, con más belleza, son las carreras de saltos, la Parada Militar de septiembre y el Cuadro Verde de Carabineros.

ISLAS DE MARES DEL SUR

Diciembre, 1941

—La guerra se acerca. Ya está en Australia. Cuando leí *Kanguro*, la novela de D. Herbert Lawrence, quedé transido de pensamientos difíciles de explicar. Ya el prólogo de Victoria Ocampo, una de las mejores páginas de esta escritora argentina, predispuso mi ánimo para la meditación en el misterio de nuestra vida. No digo origen, sino vida.

—¿Por qué?

—Porque el origen no cambia la vida, y la vida, o clima sí cambia el origen. No hay razas, sino climas. Nuestra raza, que Keyserling llamó volcánico-sísmica, es raza de Islas de Mares del Sur, raza paradisíaca. Nuestro pueblo se parece bastante al hawaiano y al australiano. Eso es lo que nos penetra en lo más recóndito del espíritu después de leer *Kanguro*, el libro maravilloso de Lawrence. Chile, sobre todo, pertenece al radio de las Islas de Mares del Sur.

—Mares del Sur —murmuró Stepton, pensativo.

—Sensualidad, ukelele, noches de luna, flores de capitosos perfumes, paseos en las noches claras, temblores, cabalgatas a las orillas del mar. Ostras, camarones, langostas. Una dama de padre italiano, que regresaba de Monte Catini, me decía

en una piscina: ¿Ha notado que los hombres de aquí no son velludos en el cuerpo? En Italia los hombres son muy velludos.

—¿Y eso qué?

—El chileno definitivo, el producto conseguido, genuino, del clima, se parece al nativo de las Islas de Mares del Sur. Es cobrizo, imberbe, de musculatura fuerte, membrudo, dijo Ercilla. Lo europeo se diluye en estas latitudes. En la primera generación descendiente del europeo se produce el trauma nervioso..., poco a poco el europeo se transforma. A la cuarta generación ya está patente el nativo de Islas de Mares del Sur. Han triunfado en él las virtudes naturales: vista de lince, resistencia de zorro, para caminar, puntería magnífica, cabellera de alambre y ojos de esclerótica fortísima.

—No entiendo mucho en razas —dijo Stepton—, pero ¡ine han dado unos deseos feroces de comer langostas. ¿Existe todavía ese bicho que se llama langosta?

—Es el piel roja del mar. Pertenece a la familia de... Espérate..., se llama *Palinura Frontalis*.

—Basta que sepas eso para que pueda apostarte cualquier cosa a que no comes langosta. Los ex alumnos del liceo no comen langosta.

—Ni el delicioso producto de la familia de las lamelibranquias: la ostra —dijo Dax.

—¡Claro! ¿Tú crees que esos acaparadores de ostras y langostas saben cómo se llaman en latín?

—No, y si lo hubieran sabido, serían incapaces de hacer el monopolio.

—Langosta de Juan Fernández —suspiró Stepton.

—Juan Fernández, archipiélago compuesto de tres islas principales: Más a Tierra, Santa Clara y Más Afuera. Descubiertas en 1574 por el portugués Joao Fernández, quien las llamó Santa Cecilia, el santo del día. Condenado por el Tribunal de la Santa Inquisición de Lima, el que le acusó de brujería por navegar con demasiada rapidez. Situación: 33° 42'. Lat. S. 79° 00'. Productos: las cabras monteses, pesca fernandeciana y langosta. Ayer llegaron a Valparaíso tres gole-

tas: Liliana, María y Yolanda, tres chiquillas a la vela, portadoras de miles de langostas vivas.

—Por muy de Mares del Sur que te creas..., ni comerás langostas ni sabrás quiénes se las comen... Seguramente son gentes de muy lejos..., posiblemente velludas... Todo eso de los Mares del Sur es puro intelectualismo, y los intelectuales no comen langosta.

RAZA DEL PACIFICO

1946

Refugiado en Chile durante las persecuciones del tirano Rosas, don Bartolomé Mitre inició el turismo obligatorio. Se volvió amigo y conocedor de nuestros asuntos. Por eso cuando Vicuña Mackenna le regaló su *Historia de Valparaíso*, Mitre le escribió: "Su obra podría ser la historia del Pacífico, de la navegación, de la piratería y de lo que usted quiera, menos historia de Valparaíso, suponiendo que Valparaíso tuviera historia".

Empezaba entonces nuestra inflación histórica impulsada en las velas del temperamento patriótico regional y de la tendencia al mito grandioso. Hemos bautizado a la guerra del 79 con el nombre de *Guerra del Pacífico*, pretendiendo encasillar la llave de esta inmensidad en Arica.

Este océano, el mayor de todos, con sus escondrijos, con sus islas, sus granizadas de rocas volcánicas, con sus ensenadas de piratas y sus historias de entierros, tentará sin cesar la curiosidad de científicos, poetas y exploradores. Solamente la historia de las Filipinas, en su comercio con Macao y Acapulco, esto es, con China y México, daría para miles de páginas. De Macao llegaban a España los llamados mantones

de Manila; de Macao llegaban a Valparaíso los mantos de espumilla con que nuestras madres nos llevaron a la Primera Comunión.

La cabalgata del Pacífico trae los nombres de Balboa, el primero; de Torres, de Magallanes, de Drake, de Morgan, de Hawkins, de Cook, de Bligh, de Sandwich, de Darwin, de Bougainville, de Churrúca y otros.

El capitán británico James Cook, cuyo nombre quiere decir cocinero, descubrió secretos respecto a Nueva Zelandia y Australia. Antes de él los navegantes no estaban bien seguros respecto a la forma de las islas, ni a la calidad continental de Australia. Cook descubrió asimismo la importancia del jugo de limón para evitar el escorbuto, plaga de las tripulaciones. Lo descubrió para Inglaterra, por cuanto ya los españoles eran duchos en abastecimientos navales.

Finalmente, el célebre Cook pereció en manos de los naturales de las islas que él mismo denominó Sandwich. Los caníbales, después de despresarle delante de una hoguera, se regalaron comiendo sus carnes. Fatal destino.

Según el reciente libro del historiador Van Loon, los marinos británicos que habían permanecido a bordo vieron desde la cubierta la fogata y sólo al día siguiente pudieron ir a tierra para rescatar algunos huesos de su capitán.

El objeto de estas líneas consiste en atraer la atención de los lectores a las recientes expediciones de científicos chilenos en la Tierra del Fuego y otras regiones australes con fines de estudio.

No hemos sacado gran cosa en limpio.

En los informes respecto al origen de los naturales de esas regiones quedamos como los doctores del *Rey que Rabió*. *El perro bien puede estar hidrófobo y bien puede no lo estar*. Una expedición dirigida por don Benjamín Subercaseaux y por don Oliver Schneider, después de recorrer el archipiélago de Chonos y la región de Taitao, concluyó lo siguiente:

No todas las unidades étnicas que viven y vivieron en la región de Chiloé y canales patagónicos son de origen poliné-

sico, pero podemos decir, sin temores a desmentidos, que tres de estas unidades lo son en forma evidente.

La expedición, dirigida por el señor Lipschutz, exploró diversos puertos del canal de Beagle y de la Isla Grande de Tierra del Fuego. Las conclusiones son: *tipología facial mongoloide y no australoide*.

Como un simple detalle para ilustrar estas notas, voy a recordar lo siguiente: En diciembre 24 de 1941 escribí en esta sección una crónica titulada *Islas de Mares del Sur*.

Llevado en alas de simples intuiciones, decía que el chileno más definido, el de ciertas capas populares arraigadas, y no mal alimentadas, se parece al nativo de las Islas de Mares del Sur, las que los norteamericanos transforman en pequeños paraísos para lunas de miel millonarias. Estos tipos nacionales en las mujeres, si les ponen collares de flores en los cuellos y otros en las cabezas, además de las faldillas de flecos, se parecen de manera notable a las hawaianas de los carteles para atraer turistas a Honolulu. La chilena popular bien cuidada, de exuberante cabellera y ojos fortísimos, además de bellos, es más polinésica que española. Desde luego, sus pómulos no pertenecen a la tipología europea, sino a la del Pacífico.

Es fácil encontrar en nuestro pueblo todos los tipos de razas de color, no negros africanos, sino orientales y del Pacífico. En nuestras calles no llamarían la atención las hawaianas, ni las tahitianas de Gauguin; tampoco producirían sensación las hindúes de Ceylán, ni las indochinas, ni las pekinesas.

De otra parte, desde mi enorme ignorancia en asuntos étnicos, voy a proponer lo siguiente: el clima y los alimentos influyen de manera decisiva en las personas. El fenómeno de la aclimatación es esencial. A veces una degeneración larvada, por ausencia de tal o cual vitamina, puede determinar cambios en la piel, en el cráneo, en la cabellera, en el aspecto general de las personas y en el carácter. Los científicos aseguran que la alimentación basada en arroz, de manera exclusiva,

podría producir el tipo asiático. Así ha ocurrido en cierta región de Rumania.

La fauna del Altiplano es parecida, por su estatura y por sus lanas espesas, a la fauna del Tibet.

En Japón las mujeres por coquetería y los hombres por necesidades bélicas, se hacían operar los párpados excesivos, o *manta manchuriana*, que da a los ojos un aspecto pesado de almendras. No es raro encontrar ojos así entre nosotros con el nombre de *capotudos*. El chileno se conoce imperfectamente a sí mismo, y muchas veces el tipo más orgulloso de su aspecto europeo, en Chile, descubriría su origen americano de seguida ante los ojos de un extranjero... , y a mucho honor.

El hecho de que un europeo pueda transformarse en americano *de Mares del Sur* podría ser tan agradable en cierto sentido como la transmutación del viejo Fausto en el drama de Goethe, no por pacto con espíritus infernales, sino por trasplante del cuerpo en la naturaleza virginal del Nuevo Mundo.

LA MADRE CHINA

1927

Para ver mejor el problema americano es preciso recordar el origen asiático de los indígenas. La recitadora Berta Singerman nos mostró a un grupo de sus amigos de Santiago un Buda tallado en piedra, proveniente de no recuerdo qué ruinas mexicanas. El *Times*, de Londres, hará cosa de un año, publicó dibujo de elefantes provenientes del artista y explorador francés que, hace casi un siglo, investigó en las famosas ruinas de Palenque, Mr. Frédéric de Waldeck.

Notemos la importancia de los trabajos de M. Waldeck. Desde luego, en 1832, época en que copió los dibujos, tallados y relieves de Palenque, no tenía la importancia que ahora el comercio de los anticuarios, de manera que es preciso descartar la idea de fraude por ese lado. Se trata de unos doscientos dibujos hechos a la acuarela y al óleo, en Palenque y otras localidades, que fueron descubiertos por Mr. J. Eric Thompson en la colección de la biblioteca Newberry, de Chicago.

El diario *El Sol*, de Madrid, comentando estos descubrimientos, recordaba que Mr. Balfour Gourlay, botánico de

Cambridge, encontró un elefante tallado en piedra frente al Museo de San Salvador. El señor Thomas Gann encontró en Yallock, Guatemala, un vaso antiguo que mostraba dos elefantes. Por último, el mismo importante diario madrileño recordaba que Mr. Elliot Smith está convencido de que los relieves mayas con elefantes se han hecho con influencia de arte chino, influido por el indio.

Es sabido que el elefante es propio del Asia meridional, o sea, de la India. De esta manera una nueva conjetura se abre para nosotros: ¿los aborígenes de nuestras repúblicas serán originarios de la China, del Japón o de la India? . . . Difícil es responder categóricamente a la pregunta. Me decía Gabriela Mistral que en México se encuentran indígenas de todas clases, desde el muy artista y fino, hasta el astuto, solapado, o simplemente fuerte y guerrero como nuestro ataucano. Muchas regiones en ese país extenso muestran tipos de indígenas perfectamente caracterizados y diversos de aquellos de otras regiones.

Si no me equivoco, fue en la Constitución del año 1920, bajo el presidente don Venustiano Carranza, cuando se usó por primera vez, oficialmente, el dictado de pueblo indo-latino, que hasta ahora usan allá.

Me parece oportuno recordar que en *La Cuna de Esmeraldo* (enero 1918), yo usé la denominación de repúblicas indomediterráneas, sujetándome a la escuela germana, o sea a la definición científica de los países europeos que nos originaron, conocida por mí a través de una obra de Ortega y Gasset, que cité entonces. Para los científicos alemanes no existe, con muy justa razón, la raza latina, sino la mediterránea, que forma países tales como Francia, España, Italia, Portugal, Rumania, etc., y que consiste en una mezcla de cartagineses, iberos, celtas, godos, griegos, romanos, bereberes, negros, mios, judíos. Este verdadero guirigay étnico nos comprueba cuánta ilusión encierran las afirmaciones que solemos hacer sobre nuestro origen. Más tarde he visto que amigos o lectores de mis obras emplean la denominación *indo-mediterránea*

en Perú y otras repúblicas. Yo insisto en que es la única verdadera, y si empleo casi siempre la de "ibero-americana" es por hacerme entender periodísticamente mejor y con la conciencia de que, al decir americano, se entiende al indígena.

El gobierno mexicano emplea oficialmente el dictado de país indo-latino, lo cual equivale a reconocer categóricamente el origen asiático. En los últimos capítulos de *El Roto*, uno de los personajes debate el asunto de si nuestra madre patria es España o el Asia. Seguramente: las dos. La cosa está en saber de qué regiones de Asia y en qué partes de nuestro continente se radicaron. Porque tanto el piel roja de Estados Unidos y Canadá, como el araucano y el patagón, carecen de esa fineza artística que se perpetuó en pirámides, vasos policromos, huacos, fortalezas y templos de piedra. En los extremos norte y sur del continente floreció un indio guerrero e indómito; los norteamericanos lo exterminaron, o poco más o menos; en cambio, nosotros, que creemos haberlo asimilado, estamos en vías de ser asimilados por él. La política misma se explica como una tendencia al autóctono.

¿De qué parte de Asia serán? Es posible que haya un poco de todas las regiones. A las sirvientas en Chile y a las mujeres del pueblo en Argentina se les dio el nombre de chinas, por sus semblanzas asiáticas.

En París, en compañía de chilenos, visité un campamento de indios de la India inglesa, y quedamos maravillados de ver cómo aquello nos recordaba exactamente un pequeño pueblo chileno. Nos venían deseos de interrogar a esas gentes en español. Lo mismo me ocurrió en la Sociedad de Naciones con las mujeres del maharajá de Patiala.

En los trabajos el indígena americano es el único que puede competir con la paciencia china. La prueba en México es la tendencia a las miniaturas, virtud característica de Asia. En los mercados populares mexicanos puede ver el turista toda clase de admirables trabajos de paciencia, hasta pulgas amaestradas. En Chile, tenemos las canastitas de Panimávida, *tour de force* de paciencia.

Junto con el calendario azteca, parecido al chino, el hallazgo de elefantes y Budas nos desvía un poco la mirada hacia el Lejano Oriente, donde quién sabe si nosotros que nos creemos más cerca del tipo europeo, tenemos una antepasada en tumba de porcelana con dragones protectores.

LA MADRE PATRIA

1934

El Excmo. señor Soriano, embajador de España, emplea gustosamente, al tratar de la metrópoli, la expresión americana "madre patria". Hace poco, en la feliz repartición de premios literarios de la Academia Romana (feliz y justa), el embajador Pedrazzi usó la expresión "Roma madre". Este danunziano llamado a la eterna latinidad nos pone en el aprieto de escoger madre, o de aceptar muchas. El representante de Francia —y sobrándole razones— podría invocar la maternidad de ideas y tesis de la Revolución Francesa, cuyos hijos fueron Napoleón, allá, y Bolívar, acá.

Pero hay otra madre enorme y formidable, cuyo pigmento no destiñe, en virtud de ese "enorme poder de resistencia y absorción indígena" de que tratamos en el capítulo *Heterogeneidad de la Raza*. Se trata de la madre asiática, o *mama*, usando la expresión china y criolla.

Al respecto podría citar cantidad de anécdotas relativas al parecido del pueblo chileno (parecido físico) y el japonés. Y eso que nuestro pueblo, por las saludables condiciones de la costa, ha variado más que ninguno en el Pacífico. Sin embargo, queda lo asiático; aun los que se mezclaron con eu-

ropeos adquirieron del aire indio una contextura no europea, donde prevalece y triunfa lo indígena: pelos, ojos, color y esa enigmática sonrisa de orden cósmico.

No está bien dicho: japonés; debemos decir: asiático. En nuestro pueblo se encuentran, de manera maravillosa, todos los tipos de Asia: el hindú, el chino, el japonés, el javanés, el filipino.

Vamos, balzacionamente, a los detalles exactos:

1º Un buque de nuestra escuadra fondeó en Gravesend. Los marineros fueron a Londres para colocar una corona en la tumba de Lord Cochrane. La gente, en las calles, los tomó por japoneses.

2º Un caballero inglés, recién llegado, almorzaba en uno de los mejores restaurantes de la capital. Preguntó si los camareros eran japoneses.

3º Don Carlos Becerra, ex cónsul en Shanghai, dice que los chinos no odian al hispanoamericano: lo consideran pariente. En las calles creía encontrar a cada instante gente conocida de Santiago.

4º En Quilpué, un caballero francés, señalando a un jardinero, que era de Parral, preguntó si se trataba de un japonés.

5º Los retratos de generales chinos y japoneses se parecen de manera notable a los militares sudamericanos.

6º El calendario azteca se parece al chino.

7º En una exposición hindú del Bosque de Bolonia, don Félix Nieto y yo quedamos asombrados notando el parecido de los hindúes con nuestros campesinos. Tuvimos deseos de hablarles castellano.

8º En algunas ruinas mexicanas se han encontrado piedras grabadas con cabezas de elefantes. Es sabido que el elefante es oriundo de Asia.

¿Para qué seguir? En nuestra América el europeo es dominado por la naturaleza india. Antes de leer las magníficas observaciones de Keyserling, y en nuestro defectuoso lenguaje periodístico, habíamos hecho notar que no hay vascos, ni italianos, ni ingleses, ni franceses, a la tercera generación:

hay chilenos. América destruye al europeo, mientras más europeo con mayor fuerza. Por eso los alemanes del sur pierden las cualidades de raza aria a la tercera generación.

A veces, un chileno demuestra un genio endemoniado. Estas actitudes corrientes, de cascarrabias, provienen de la irritación interna producida por la defensa de un resto de razas arias o celtas, o iberas, contra la naturaleza india, que, al fin, mata y triunfa. Son los Tucapeles del espíritu. La selección se opera por destrucción de los sensibles.

Y no sería raro que una tarde el ilustre ministro de China nos hable de esa madre patria. Nadie le negaría el derecho.

CLIMA MONGOLICO

1960

En la *Historia de Santiago*, por Vicuña Mackenna, apareció, en el capítulo XVII, el primer censo, formado en Santiago en 1613 por el oidor en visita de Hernando de Machado. Existían en la jurisdicción de la ciudad mil setecientos diecisiete blancos o españoles, ocho mil seiscientos indios y trescientos negros. En 1778, bajo el gobierno de Jáuregui, se realizó el primer censo general, cuyos resultados fueron:

Ciento noventa mil novecientos diecinueve blancos.

Veinte mil seiscientos cincuenta y cinco mestizos.

Veintidós mil quinientos sesenta y ocho indios.

Veinticinco mil quinientos cuatro negros.

Total: doscientos cincuenta y nueve mil seiscientos cuarenta y seis habitantes. Este censo, según el señor Baettig, abarcó solamente el Obispado de Santiago, esto es, el territorio situado al norte del río Maule, que incluía la provincia de Cuyo, con sesenta mil habitantes, descontables para un cálculo chileno de actualidad. La población de Chile en 1835 era de un millón diez mil trescientos ochenta y dos habitantes. La de 1940, de cinco millones veintitrés mil quinientos treinta y nueve. Se han realizado doce censos desde 1778, sin con-

tar el de Santiago de 1613. Los viajeros o científicos extranjeros suelen dar juicios respecto de la composición étnica de la población de Chile, que no siempre están de acuerdo con los juicios comunes. El caso proviene de la diferencia de las escalas comparativas que usamos. Para el chileno que no salió de Chile, y que se sirve para comparar de los países vecinos, en los que el porcentaje de indígenas o de negroides es considerable, nuestro país es blanco. El europeo no nos ve así. Para ellos, en el momento de dar el juicio mejor, el de la llegada, somos un país "tostado", de apariencia oriental, esto es, de Extremo Oriente. Así me dijo Antonio Romera, cuyo talento se desarrolla de manera notable en actividades diversas. Donald D. Brand, el año 1941, en *The People and Languages of Chile*, al referirse a la composición étnica de nuestro país, consideró como indios o blancos a aquellos que lo son en la proporción de tres cuartos. Los tipos intermedios son mestizos (Lipschutz). De acuerdo con esta clasificación, el sesenta y cinco por ciento de la población chilena sería mestiza; el diez por ciento india, y el veinticinco por ciento, blanca. Debo recordar que tanto aquí como en toda nuestra América existe el fenómeno del repunte indio en la población, a causa de las nuevas condiciones de la tierra, del aire, del alimento y del clima, en general, lo cual quiere decir que familias de europeos puros, sin mezclas ni mestizajes, después de algunas generaciones exteriorizan caracteres que les hacen parecerse a los indígenas. Si estas personas regresaran a Europa, no las tomarían ya por europeas. En la *Enciclopedia Británica*, cuya guía prepararon expertos de gran calidad, dirigidos por Walter Yust, aparecen datos referentes a Chile, cuya población era, para 1945, de cinco millones trescientos ochenta y nueve mil quinientos cincuenta y cuatro habitantes, un treinta por ciento blancos; mestizos, sesenta y cinco por ciento; indios, cinco por ciento. Densidad por milla cuadrada: 18,6.

No podría escribir de asunto tan serio si no me ayudara un sistema acumulativo de apuntes. Mis deducciones, las pocas

que me atrevo a publicar, están basadas en un pequeño fichero, en detalles ordenados y en las obras de diversos sabios: los Amunátegui, Barros Arana, Vicuña Mackenna, Encina, Latcham, Alberto Edwards, Keller, Ebert, Battig, La Serna, Lipschütz, Greve, Drapkin, Thayer Ojeda, además de las crónicas históricas esenciales de la Conquista, que sirven en forma constante y que aparecen acumuladas en el *Cuadro Histórico de las Indias*, por Salvador de Madariaga. Tienen, indudablemente, un valor considerable las observaciones de las personas que de pronto, sorprendentemente, se encuentran en el paisaje chileno frente al chileno, que no es solamente el habitante del "centro" de Santiago, del hotel central, de las tiendas, del barrio de Los Leones y del "plan", en Valparaíso. En un cuarto de hora de marcha, desde el Hotel Carrera hasta el Mapocho y la Chimba, se verá que el paisaje cambia; se vuelve progresivamente más áspero y desierto; las caras son más oscuras y preocupadas, y el total se muestra más agresivo, como solapado. Chimba es palabra expresiva: *al otro confín*.

En los chilenos viejos, de cuarta o quinta generación, aunque no hayan tenido abuela india, se observan detalles del tipo mongólico en los ojos, en los cabellos y en los pómulos. Lo que en Oriente llaman *mancha manchuriana* da a los ojos un aspecto pesado, de almendras. Es lo que aquí llamamos "ojos capotudos". El tipo japonés es corriente en las diversas escalas de nuestra sociedad. El cine japonés lo puso de relieve. De ahí la creciente simpatía sísmica japono-chilena.

Parecida a la versión de Antonio Romera es la de Siegfried, cuando dice de nosotros: "Estos mongoloides dan a este lejano hemisferio no sé qué aspecto de Extremo Oriente". No se quiera ver intenciones peyorativas. Keyserling celebró la belleza de nuestras geishas *centreras*. A poco de evolucionar en el clima, todos tomamos un aire ajaponesado. En mi retrato al óleo por Boris Grigorieff, actualmente en el Museo de Valparaíso, soy un japonés americanizado, si no un europeo ajaponesado. La impresión de japoneses que damos

en Europa algunos chilenos que aquí pasamos por blancos puros, es sorprendente. Esto mismo me decía Darío Risopatrón en París, a quien sus *petites amies* llamaban el samurai. Claro que en Madrid, en Sevilla o en Granada, pasaremos por españoles; es que los españoles, no góticos, ni vascos, ni vándalos, ni gallegos, tampoco serían tenidos por blancos en la Europa septentrional o en los Estados Unidos.

Refiriéndose a Chile, escribió Siegfried: "Sólo por error ha podido considerarse a este húmedo y romántico país como de raza blanca".

La densa roca fundamental de la raza es mongoloide. El regalo amistoso de los inteligentes peluqueros del barrio de Omori, en Tokio, es significativo. Es un homenaje al pelo chileno, negro y liso como el japonés. Pelo volcano-sísmico.

El año 1904, en Londres, mi tío Domingo Gana, ministro de Chile, era confundido en público con el ministro de Japón, barón Hayashi. Cuando conté esto a un pariente de don Domingo, me dijo, en tono de disgusto:

—¡Don Domingo Gana tenía muy buena figura!

—Conforme. El barón Hayashi también era un viejo buen mozo.

Generales, ministros, personas chilenas de diferentes clases, niñas bonitas y, sobre todo, gente popular, suelen parecer asiáticos, de Japón, de China, de India o de Indochina. Todo, menos europeos. Chile está frente a la China, de espaldas a Europa. Rayén Quitral es una geisha. El ex ministro don Enrique Barbosa parece un gran señor japonés. En Londres, a la vista de un desfile de marineros chilenos, se oían exclamaciones en el público: *Japs!*

EL DESMENTIDO POR RICARDO PALMA:

"Hasta en escritores serio hemos visto consignada la especie de que, al emprender la famosa acometida sobre los españoles, Córdova se apeó de su corcel de batalla, desnudó la espada, atravesó con ella el pecho del caballo, y a guisa de

bandera enarboló el tricornio en la punta de su acero, pronunciando a la vez sus inmortales palabras de mando. Varios pintores lo exhiben así en sus cuadros.

"Ello quizá sea poético, y duélenos despoetizar la pintura; pero la verdad histórica nos obliga a decir que Córdova no lució ese día sombrero apuntado, sino un blanco jipijapa, y que estuvo muy lejos de herir al noble corcel que lo sustentara en varios combates, acción que habría revestido caracteres de crueldad y de ingratitud".

Robinson: El autor de la novela no conoció al marinero Selkirk, el náufrago de Juan Fernández, sino que tomó los datos del capitán Woodes Roger, el que rescató al marinero.

Santander: General colombiano y héroe del liberalismo, no fue liberal, según el historiador Guillermo Camacho Montoro.

Washington: La historia del niño con el hacha y la confesión a su padre de la verdad, o mutilación del cerezo, fue inventada por el Reverendo Weems en 1800.

Las naves de Hernán Cortés. Las naves de Cortés no fueron quemadas ni barrenadas. Era Cortés un conquistador culto e inteligente. Aprovechó para sus fines cuanto elemento se le presentó. No era hombre para desperdiciar materias útiles. Sus naves eran parte esencial de sus conquistas. El uso y abuso de ellas, o el tiempo, que todo lo vence, produjeron el desgaste. Cuando el conquistador y organizador comprobó que sus naves estaban inservibles dispuso el desguace y aprovechamiento de cuanta pulgada de material se pudiera salvar. Los marineros y carpinteros sacaron los mástiles, las iarcias, las tablas, las vigas, las cadenas y cañones que llevaron a tierra en presencia de Cortés, que sólo se reservó un buque, el menos deteriorado, para despacharlo a España. Esto ocurrió el año 1520.

EL MITO DEL REPOSO

Agosto, 1951

—¿Cómo evadirnos de la tiranía cotidiana? ¿Cómo salir del aburrimiento a nuestros años?

Así decía uno de los cincuentones... pasados.

El otro respondió:

—Para evadirme juego al cacho.

—Siempre habrá un importuno que te recuerde quién eres y qué haces.

—Es entretenido y varía las ideas.

—En otros países nadie juega al cacho como aquí. Eso de gritar: "¡Por abajo! ¡Pichanga!", ¿no te parece una vulgaridad? Estuve en Buenos Aires, entré en el bar del Jockey Club, sentí ruido de cacho, miré, ¡y eran chilenos!

—¿Y qué prueba?

—Que allá no juegan al cacho.

—Es que todo el dinero lo gastan en vestirse y se aburren más que las polillas. Eso de huir del mundo y esconderse para olvidar es una ingenuidad. Los pensamientos nos persiguen y nada olvidamos del mundo. Rodé bastante como para no asombrarme de nada, y a eso debo que no me matan las

desilusiones. No creo que encuentres la tranquilidad y el olvido en parte alguna.

—Sin embargo, Fray Luis de León...

—Fray Luis de León no encontró la tranquilidad sino en la muerte. Lo otro es poesía y música.

—¿Leíste: "¡Qué descansada vida la del que huye del mundanal ruido y sigue la escondida senda...?"

—Lo sé de memoria y no creo. Don Miguel de Unamuno, que era medio loco, mal que pese a los falsos vascos chilenos, dijo: "¡El que huye del mundanal ruido es un cochino!"

—¡Cuántos se retiran del mundo y son felices! Horacio, Virgilio, en el pasado. D'Annunzio, la Duse, el mexicano Mojica, en el presente.

—¡No creas paparruchas! ¡Mojica está aburrido de ser fraile hasta la coronilla!

—¿Y el general San Martín? Hace poco leí la carta que escribió a O'Higgins, desde su destierro en el Grand-Bourg, cerca de París. Le dice: "Vivo en este desierto muy contento de no tener la menor relación con ninguna persona, excepto con mi protector, el banquero Aguado". Le recordaba el tedio a toda sociedad que los malos amigos y los enemigos habían labrado en su corazón. Vivía feliz en su destierro.

—Eso es lo que él pretendió. La carta que escribió a O'Higgins prueba que no era feliz ni había olvidado nada; antes al contrario.

—¿Por qué razones un Washington parece ser siempre más tranquilo y feliz en su retiro final que un San Martín o un O'Higgins?

—Cuestión de raza o de clima. En la historia de Antonio Pérez, por el doctor Marañón, subrayé varias veces la palabra envidia. Habla de la envidia del español. Se ha dicho que el amarillo de la bandera española corresponde a la envidia. Defecto máximo de España. Envidiosos somos todos, pero hay matices. Se trata de un sentimiento universal derivado del instinto de adquirir.

—Don Andrés Bello buscaba el olvido en Peñalolén.

—Le había mordido la envidia nativa, en su tierra, cuando era mozo. Le acusaron de traidor. Bello perteneció a la clase media y no a la clase depredadora. No pudo sentir la guerra de independencia como los señores esclavistas. Las revoluciones son fraguadas por gente rica, de clase alta. Había sido secretario de Vasconcellos y de Emparán. Los *grandes cacicos* no le ocuparon jamás. La mordedura de la envidia persiguió los pasos de Bello como el ritornello de la calumnia en *El Barbero de Sevilla*. Ni los diecinueve años de Londres ni su adaptación a Chile borrarón esa baba de la estupidez. Después los generales venezolanos y sus propios acusadores sufrieron iguales acusaciones de traición, sólo que más creíbles. El huracán venezolano de 1810 a 1830 arrasó con todo.

No busquemos olvido de nuestros errores o desastres. Recordemos el cuento árabe del joven Alí el Hermoso, en Bagdad. El día de su boda, este joven, al inclinar su cuerpo ante la resplandeciente prometida, dejó escapar un ruido hediondo que le llenó de vergüenza y de horror. Ante el estupor de los presentes, huyó. Se expatrió, pasando ríos, cerros, pueblos, en el camino del olvido. Tras de algunos años creyó que podría regresar sin temor a la tierra natal. En el mercado topó con el alza inevitable de los precios.

—En otros tiempos esto valía la tercera parte —dijo a la vendedora.

Esta replicó:

—¡Eso sería cuando a Alí el Hermoso se le soltó un viento ante la novia!

OBRAS DEL AUTOR

- El Inútil*. Novela. 1910.
Tres Meses en Río de Janeiro. Crónicas. 1911.
El Monstruo. Novela. 1912.
La Tragedia del Titanic. Narración. 1912.
Cuentos de Todos Colores. 1912.
La Cuna de Esmeraldo. Preludio de una novela chilena. 1918.
El Roto. Novela. 1920.
Metamorfosis. Prosa y verso. 1921.
Crónicas. Valparaíso-Madrid. 1924.
El Nacionalismo Continental. Crónicas. 1925.
Tacna y Arica. Cap. Polonio. 1926.
El Bolchevique. Novela breve. 1927.
El Chileno en Madrid. Novela. 1928.
Valparaíso, la ciudad del viento. Novela. 1931.
Criollos en París. Novela. 1933.
El bombardeo de Valparaíso y su época. Crónicas. 1934.
Don Eliodoro Yáñez, La Nación y Otros Ensayos. Crónicas.
1934.
Don Juan Lusitano. Crónicas. 1934.
La Chica del Crillón. Novela. 1935.
Crónicas. 1964
Recuerdos de un cuarto de siglo. 1966.

- Nuevas Crónicas.* 1966.
Hotel Oddó. 1966.
El Subterráneo de los Jesuitas y Otros Mitos. 1966.
Crónicas del Centenario. 1968.
Memorias de Valparaíso. 1969.
La Quintrala, Portales y Algo Más. 1969.
En torno al Periodismo y otros asuntos. 1969.
Andando por Madrid y otras páginas. 1969.
Francisco Miranda y otros personajes. 1970 (*).

(*) Los diez últimos volúmenes signados en la bibliografía corresponden a tomos de crónicas.

INDICE

	Págs.
Explicación	7
Mitos	17
Mitos persistentes	18
Mentirosos y mitómanos	23
El mito en la política	28
Mitos en <i>La Araucana</i>	32
El misterio de Caupolicán	34
Mito del colocolo	37
El invunche	39
Imbunche o invunche	42
Los conquistadores y los reyes de España	45
Estatuas de conquistadores y otras	50
Ropas de los conquistadores	54
Las mujeres de los conquistadores	57
Vascos y ejecutorias de nobleza	63
La belleza de la Quintrala	69
Origen de la palabra Quintrala	75
El coipo	78
El mito de Manuel Rodríguez y la batalla de Maipo	81

Mitos de San Bruno, de Marcó del Pont y de los Taveras	88
El soldado bajo el caballo de O'Higgins	93
Calavera de don José Miguel Carrera	100
Andrés Bello, Diego Portales y algunos mitos de la Independencia	102
Mito de la casa histórica	105
La casa de Bello en Caracas	108
O'Higgins y Miranda en Londres	111
Chile en el Pacífico	114
Herederos de Pepe Botellas en Santiago	117
Los millones de Mr. Thompson	121
Mitos de herencias	124
Las herencias fabulosas	126
Hechos fabulosos en Valparaíso	129
Chistes de don Ramón Barros Luco	134
Mitos de Barros Luco	138
Barras de oro en Lo Aguila	141
Chistes viejos	143
El tesoro de Valparaíso	146
Un buscador de tesoros murió en actos del servicio	149
Santos Chocano y el entierro	152
Paraíso de Pascua	156
El maestro de Bolívar	159
Stradivarius en Coyhaique	161
Los gringos y el fútbol	164
Retratos	167
Robinson Crusoe de Juan Fernández o de Tobago	170
El bandido Joaquín Murieta	173
El marinero electricista	175
Monumentos de Valparaíso	176
Mito de la estatua de la Justicia en Valparaíso	179
Monumento a Prat	182
Estatua del Roto Chileno	185

Enterrado vivo	188
El mito de don Federico Santa María	191
Cachiporra, Osuna y Pedro León Gallo	194
El <i>Baltimore</i> y el Banco Edwards	197
La Marina norteamericana y Chile	201
Lo del <i>Baltimore</i>	205
Ilusión y turismo	208
El subterráneo de los jesuitas	212
El uranio chileno para Chile	216
Mentiras o mitos ponderativos en las películas	219
Oro, manganeso, ónix y mármol en Quilicura	223
Del boxeo	227
El avión de Viracocha	230
Napoleón en Chile	232
El amigo de Churchill	234
El reloj más grande del mundo	239
El cerro encantado	240
El frío	242
San Juan frío	244
Verduleras de Lima y papel moneda en 1887	246
Tres millones cuesta la colección de mariposas que exhibe Museo Nacional	249
Rodeo a la chilena	251
Islas de Mares del Sur	254
Raza del Pacífico	257
La Madre China	261
La Madre Patria	265
Clíma mongólico	268
El mito del reposo	273
Obras del autor	276